
LOS SUEGROS
UN THRILLER PSICOLÓGICO
JAMES CAINE

LOS SUEGROS

Un Thriller Psicológico

James Caine

Copyright © 2026 James Caine

Todos los derechos reservados

Los personajes y los acontecimientos descritos en este libro son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia y no ha sido intencionada por el autor.

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio —electrónico, mecánico, de fotocopiado, de grabación o de cualquier otro tipo— sin la autorización expresa y por escrito del editor.

CONTENTS

Title Page
Copyright
Capítulo uno
Capítulo 2
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno

CAPÍTULO UNO

Martha Jameson echó un último vistazo a la habitación de Henry, satisfecha de que todo estuviera perfecto para el regreso de su *hijo*. Por fin volvía a casa después de tanto tiempo. Todo tenía que estar impecable cuando viniera de visita.

Martha sonrió. Lo echaba de menos. Apenas venía a verlos ahora que era mayor. Y las visitas habían menguado todavía más desde que ella había entrado en escena.

Junto a la cama, en la mesita de noche, había una foto de ella. Chelsea. Su esposa. Tenía el pelo largo y rubio y unos grandes ojos azules. En la foto llevaba una camiseta blanca de manga larga. Solo tiene veintiún años y rebosa belleza. Es preciosa y, por lo que dice Henry, su alma lo es aún más. Eso solo enfureció más a Martha, que puso el marco boca abajo.

Martha miró hacia el otro lado de la habitación, a un portafotos distinto que había sobre la cómoda. Lo cogió y se quedó mirándolo. Martha estaba en la treintena cuando se hizo la foto, y Henry era mucho más joven. Ella le pasaba el brazo por el hombro. Ambos sonreían.

Eran otros tiempos, sin embargo. Ahora las cosas son distintas.

Movió el portafotos y lo puso en la mesita de noche, sustituyendo la foto de la nuera. Cogió el otro marco con la imagen de Chelsea y lo dejó sobre la cómoda.

—¡Martha! —Oyó que su voz ronca la llamaba, pero no respondió. Estaba absorta pensando en cómo solían ser las cosas—. ¡Martha! ¿Dónde estás?

—¡En la habitación de Henry! —le gritó a su marido. Arthur entró en el cuarto cojeando. Hizo una mueca de dolor al detenerse junto a ella—. ¿Te vuelve a doler la pierna? —le preguntó.

—Es la humedad de esta casa vieja —dijo Arthur, sentándose en la cama de Henry. Al hacerlo, soltó un suspiro de alivio—. Las mañanas se están volviendo cada vez más duras.

Martha resopló.

—¡Acabo de hacer la cama, quítate de ahí!

Él asintió y se puso en pie, haciendo otra mueca. Arthur tosió contra la manga de su camisa de franela.

—¿A qué hora llegan?

—Deberían de estar aquí para la cena.

Arthur se aclaró la garganta.

—Bien. Necesito más tiempo para prepararme.

—Termina primero en el jardín —dijo Martha con severidad. Al no obtener respuesta de Arthur, se giró hacia él con una mirada gélida. Su marido tenía la vista perdida en la habitación. Le chasqueó los dedos—. ¿Vas a estar *listo* para Henry? ¿Para… su mujer? No lo estropees.

Arthur se aclaró la garganta y se apartó el desgreñado pelo cano.

—No lo haré.

—Tenemos que mantener la misma versión, ¿entendido?

—Entendido, Martha. Por supuesto. —Arrugó la nariz y volvió a quedarse mirando al vacío, para consternación de Martha.

Martha suspiró. —¿Cómo se llama? ¿Te acuerdas siquiera?

Arthur se aclaró la garganta. —Chelsea.

Martha no parecía convencida. —Vas a arruinárnoslo. Lo sé. —Antes de que su marido pudiera responder, le ladró otra orden—: Ve. Termina tu trabajo en el patio. Yo limpiaré un poco más la casa y prepararé una ensalada de la huerta para ellos.

Arthur no reaccionó mientras salía de la habitación. Ella observó a su marido cojear de la pierna izquierda conforme avanzaba por el pasillo. El tiempo no había sido amable con él. Solo tenía sesenta y cinco años, pero su cuerpo era el de un hombre de setenta y cinco.

Martha fue por el pasillo y se quedó mirando por la ventana delantera. ¿Cuánto tiempo más podría aguantar Arthur aquí? Había vivido aislada del mundo desde siempre. Tenían su propio huerto,

fosa séptica y paneles solares. Había reparaciones que hacer, tareas de mantenimiento que no podían descuidarse. ¿Podría Arthur soportar este estilo de vida mucho más tiempo? Cuando llegara Henry, hablaría más con él sobre el tema.

Martha divisó un bulto blanco y mullido rodeado de hierba verde en el exterior. Le costaba distinguir aquella mancha blanca, pero parecía moverse. Se sacó las gafas del bolsillo del vestido para ver mejor.

—Maldita sea —dijo—. Otra vez no. —Apretó el labio inferior mientras contemplaba a la gallina moribunda sobre el césped. Salió de la cabaña. La hierba que rodeaba al ave estaba manchada de sangre y plumas. La gallina movía las alas con lentitud. Martha la agarró por el pescuezo y acabó con su sufrimiento de un giro.

Siguió el camino hacia el granero, donde Arthur ya estaba echando tierra vegetal sobre un parterre de plantas pequeñas.

Él miró a Martha y se secó el sudor de la frente. —¿Cenaremos pollo esta noche? —Se rio entre dientes.

A Martha no le hizo ninguna gracia. Le levantó el cadáver hasta la cara, balanceándolo con fuerza. —¡Ese lobo ha vuelto! Pon algunas trampas cuando acabes aquí.

Él asintió. —Claro. —Clavó la pala en la carretilla llena de tierra y la esparció sobre las pequeñas plantas—. Los tomates van a salir muy bien, creo yo.

—Ese lobo lo va a arruinar todo —dijo Martha, ignorando su comentario.

—Ya casi he acabado —dijo él—. Pondré unas cuantas trampas. Han pasado semanas desde la última vez que lo vimos. Se marchará de nuevo.

Martha bajó la vista hacia las tomateras. Estaban brotando bien, como él decía. Entonces se fijó en un dedo sucio que asomaba del suelo junto a una planta frondosa. Sacudió la cabeza al ver otros cuantos dedos de la mano brotando de la tierra.

—No me extraña que el lobo haya vuelto —ladró ella, señalando los dedos. Observó de cerca uno de ellos. Un anillo de esmeralda era claramente visible en uno de los apéndices de tono azulado. Martha se inclinó y lo arrancó con esfuerzo. Limpió el barro

de la alianza con los dedos y saliva. —Tienes que hacerlo mejor, Arthur —dijo con severidad—. Henry viene con su mujer. Todo tiene que estar perfecto.

Arthur asintió, clavó la pala en la carretilla y cubrió la mano con tierra hasta que quedó totalmente oculta.

Martha sonrió levemente. «Si todo está perfecto, Henry no querrá volver a marcharse nunca».

CAPÍTULO 2

Chelsea miró por la ventanilla del copiloto, contemplando los bosques y las montañas que los rodeaban mientras Henry salía de la autopista para entrar en una gasolinera.

—Todavía tienes medio depósito —le dijo Chelsea a su marido con una sonrisa—. ¿No estamos ya cerca de casa de tus padres? Ya llevaban más de dos horas de trayecto desde su apartamento en Calgary.

Henry sonrió con suficiencia. —Primera regla: cuando vives en mitad de la nada, reposta siempre que puedas porque puede que no seas capaz de hacerlo hasta que sea demasiado tarde. Aprendí la lección por las malas unas cuantas veces cuando era más joven.

Henry aparcó su camioneta frente al surtidor de gasolina. Apagó el motor y volvió a sonreírle a Chelsea. —¿Qué tal si yo echo gasolina y tú entras a comprar unos aperitivos para el resto del viaje? Coge también unos cuantos de esos brownies guarrindongos de gasolinera que me encantan. Y quizá algunos para mis padres.

—Pensaba que tus padres vivían de lo que daba la tierra. ¿Para qué quieren brownies industriales de gasolinera?

—Saben deliciosos, eso es lo único que importa. Por favor, te lo pido, cariño. —Abrió la puerta del conductor y se bajó, agarrando la manguera de gasolina.

Chelsea bajó de la camioneta y estiró las piernas. Miró a su alrededor, a la solitaria gasolinera en la carretera desierta. Realmente estaban en mitad de la nada.

—¿Cuánto falta para llegar a casa de tus padres? —preguntó.

Henry abrió la tapa del depósito, pero suspiró para sus adentros mientras volvía a colocar la manguera en el soporte. —Ya me estoy acostumbrando a la ciudad. Aquí fuera no tienen la opción

de pagar en el surtidor. Cuando entres, ¿puedes pedirles también treinta dólares para el surtidor?

—Claro —dijo ella.

—Ah, y sobre tu pregunta, falta otra hora y media o dos —le respondió con una sonrisa.

Chelsea se dio la vuelta para caminar hacia la tienda, pero Henry le dio un silbido. Ella se volvió y él levantó su cartera. —Puede que necesites esto —dijo. Chelsea extendió la mano, pero él le hizo señas para que se acercara, sonriendo.

—Deja de jugar conmigo, Henry —dijo ella con una risa—. Me duele la espalda y quiero ositos de goma de gasolinera tanto como tú quieres los brownies. —Él no respondió, pero siguió haciéndole señas para que se acercara.

Cuando estuvo lo bastante cerca, él la agarró y la empujó contra el lateral de la camioneta. La besó suavemente y se apoyó contra su cuerpo. Ella pudo sentir lo excitado que estaba ya.

—Estar en mitad de la nada contigo tiene algo que me hace querer arrancarte la ropa —dijo él, mordiéndose el labio.

—Para —dijo Chelsea tímidamente—. Vamos a echar gasolina primero. —Le dio un beso.

Él dio un paso atrás, le levantó la mano izquierda y besó su alianza de boda. —Como desees. No me hagas esperar demasiado. Tengo hambre... de brownies.

Chelsea le dio un empujón. —Eres un caso. —Se inclinó y volvió a besarlo. Sentía mariposas en el estómago cada vez que besaba a su apuesto marido.

La fase de luna de miel, lo llaman algunos. Solo llevaban casados unos meses y apenas podían quitarse las manos de encima. Aunque Henry tenía treinta y cuatro años, cuidaba mucho su cuerpo y era un hombre de éxito, encantador y divertido. A veces Chelsea no entendía qué veía él en ella. Ella era casi todo lo contrario.

—¿Necesitan gasolina? —les gritó un hombre mayor y corpulento desde la entrada de la tienda de la gasolinera—. Tienen que pagar dentro.

—¡Perdón! —respondió Chelsea—. Ahora mismo vamos.

—¿Por qué te disculpas? —susurró Henry, levantando más la cartera.

—Para ya —replicó Chelsea—. Dame la cartera. —Miró hacia atrás y el hombre seguía observándolos—. Nos está mirando.

—¿Y qué? —dijo Henry soltando una carcajada.

—Por favor..., ¿me das la cartera?

Henry bajó la mano. —Está bien, ya he terminado de bromear.

Chelsea se la arrebató de la mano y, cuando se dio la vuelta para caminar hacia la tienda, Henry le dio un azote en el culo. Chelsea se volvió hacia él con cara de irritación. Odiaba las muestras de afecto en público de ese tipo. Lo que más le molestaba era lo que pudieran pensar los demás. Sin embargo, en cuanto vio la cara de Henry, no sintió más que su amor.

—¡Pues por eso —dijo ella— voy a comprar también unas patatas fritas! —Caminó hacia la tienda y el anciano volvió a entrar para situarse tras el mostrador.

Le asombró lo rústico que era todo en la estación. Vio una cabina telefónica al lado del edificio y soltó una risita. No recordaba la última vez que había visto una cabina telefónica que funcionara. Pensó en entrar en la cabina y llamar a Henry desde allí para tomarle el pelo, pero decidió que el anciano de la gasolinera ya había esperado bastante a sus únicos clientes del día.

Cuando entró, saludó al hombre que estaba tras la caja, pero él no respondió. Fue al pasillo de las patatas fritas y cogió un par de bolsas. Se tomó su tiempo recorriendo el resto del pasillo de la comida basura y vio unos ositos de goma. Encima de ellos estaban los infames brownies que Henry tanto anhelaba. Cogió un par de paquetes y lo llevó todo al mostrador.

—¿Me pone treinta de gasolina también, por favor? —preguntó.

El anciano marcó unas teclas en su caja y la miró. —Cuarenta y cinco —dijo con tono desagradable. Era como si el hecho de que ella comprara en su tienda, sin otros clientes, le resultara molesto.

Su brusquedad la molestó aún más. «¿Cuántos clientes habrá tenido hoy, estando en mitad de la nada? ¿No puede sonreír ni

saludar a sus clientes? ¿Darles las gracias por salvar su negocio?», pensó. En lugar de eso, pagó la cuenta y le dio las gracias.

Pensó en lo que Henry había dicho sobre que el viaje podría durar otras dos horas. Miró a su alrededor en la pequeña tienda, buscando un aseo.

—¿Algo más? —preguntó el hombre.

—¿Hay algún aseo por aquí?

En lugar de responder, señaló un cartel. —La letrina es solo para clientes. —Debajo del cartel había un gancho con una llave colgando.

—Cuando termine de usarla, cierre la puerta con llave —dijo.

—No importa —dijo Chelsea con una sonrisa—. Gracias. —Se dio la vuelta para salir y vio un tablón de anuncios junto a la puerta de salida. Aunque el tablón era pequeño, estaba atestado de carteles de personas desaparecidas. Algunos estaban amontonados unos encima de otros.

Chelsea echó un vistazo a unos cuantos carteles. Le asombraba pensar que todas las personas de las fotos de ese tablón estaban desaparecidas. Alguien por ahí las estaba buscando y no se las podía hallar. ¿Cuántas de ellas estarían vivas? ¿Cuántas serían solo fugitivos que querían permanecer desaparecidos por sus propios motivos? Esperaba que para la mayoría de esas personas fuera lo segundo.

Se fijó en un cartel desgastado por el tiempo clavado debajo de otros dos. Caroline Sanders. Llevaba desaparecida más de dos años. Vista por última vez haciendo senderismo en la ruta de Grassi Lakes, en Kananaskis Country. Al final de la página había un número de caso y un número de teléfono al que llamar para aportar cualquier información.

Chelsea se tomó su tiempo para mirar el resto del tablón, todos esos rostros desaparecidos que le devolvían la mirada. La mayoría eran hombres y mujeres mayores, con algunas excepciones.

—¿Quiere comprar boletos de lotería? —preguntó el anciano.

—¿Qué? —dijo Chelsea.

El anciano señaló con la cabeza el puesto de lotería que había debajo del tablón de las personas desaparecidas. —Solo tiene que

rellenar sus números de la suerte y tal vez sea usted la próxima en ganar. ¿Ha visto ese boleto premiado en el tablón?

Chelsea volvió a mirar el tablón. Debajo de los carteles de unas cuantas mujeres había una foto de un boleto de lotería. Escritas a mano, con mala letra, estaban las palabras: «Ganador de 25 000 $».

—Esa podría ser usted —dijo el anciano con una mirada lasciva y desagradable.

Chelsea estaba indignada. Aquel tablón de personas desaparecidas estaba profanado por la codicia de aquel hombre. No era de extrañar que los desaparecidos siguieran sin aparecer.

—No tengo tanta suerte —dijo Chelsea. Salió de la tienda sin despedirse del cajero. Para ella, aquello era lo peor que podía hacerle a alguien: irse sin reconocer su presencia. Al anciano, sin embargo, le importaba un bledo si volvía a verla o si su rostro terminaba algún día en aquel tablón de anuncios.

—Perdone, señorita. —Chelsea se dio la vuelta para ver a un niño con mejillas regordetas en una bicicleta roja. Chelsea calculó que tendría unos diez años. Tenía la cara encendida. Otro niño que parecía más joven estaba sentado en una bicicleta azul cerca de allí.

—¿Sí? —dijo Chelsea con una sonrisa.

—Bueno, creo que nos hemos perdido un poco —dijo él, bajando la cabeza—. Mi madre me dijo que no fuera muy lejos, pero no le hicimos caso. ¿Tiene un teléfono? ¿Podría llamarla para que venga a buscarnos?

—Por supuesto. —Sacó su móvil del bolsillo de los vaqueros y miró la pantalla, al advertir un nuevo mensaje de su amigo Neil. Lo leyó rápidamente.

—«¿Tus suegros te están volviendo loca ya?», decía. Chelsea puso los ojos en blanco.

Le tendió el teléfono al niño. —Toma.

El niño la miró. —Pero la pantalla está bloqueada.

Chelsea le hizo un gesto con la mano. —No tiene contraseña. Solo deslice para abrirlo. ¿Quiere que le enseñe cómo llamar a alguien?

El niño se guardó el teléfono en el bolsillo. Giró su bicicleta hacia la carretera y se puso a pedalear con fuerza. Su amigo de la bicicleta azul ya empezaba a alejarse a toda velocidad.

—¡Eh! —le gritó Chelsea al niño—. ¡Para!

El niño de la bicicleta roja se reía mientras pedaleaba, hasta que Henry se plantó delante de él y lo tiró de la bicicleta. Henry agarró rápidamente al niño y lo levantó del suelo con suavidad, pero con firmeza. Henry le sacudió el polvo de la ropa por la caída. Metió la mano en el bolsillo del chaval, agarró el teléfono móvil y soltó al niño.

—Lárgate, chaval —dijo con mirada severa. Observó cómo el niño recogía su bicicleta y empezaba a pedalear despacio hacia su amigo en la carretera.

—¡Mike! —gritó el niño—. ¡Espérame!

Henry volvió a mirar a Chelsea y caminó lentamente hacia ella, con la mano extendida y el teléfono en ella. —Creo que esto es tuyo.

—No me puedo creer lo que acaba de pasar —dijo ella con semblante preocupado—. Eran unos, bueno, chicos malos. ¿Quién hace algo así? —Tomó el teléfono de su mano y lo abrió para asegurarse de que no estuviera roto. Se sintió aliviada al ver que estaba bien.

Henry sonrió. —Cuando nos mudemos a Toronto, más vale que no seas tan ingenua. Esa ciudad te destrozará.

—¿Quizá deberíamos llamar a la policía? —dijo Chelsea, ignorando su comentario.

—No, he vivido en pueblos pequeños toda mi vida. Estos chicos solo están aburridos. Han pensado que era un blanco fácil.

—¡No soy ingenua! —dijo ella—. El niño dijo que estaba perdido. Necesitaba mi teléfono. No quería que acabara en un cartel de personas desaparecidas.

Henry sonrió con suficiencia. —Ingenua —repitió. Miró hacia abajo, a la comida basura que había en el suelo. Se agachó y recogió un brownie aplastado—. Vaya, esto sí que es una tragedia.

Chelsea negó con la cabeza. —¡No pienso volver a entrar en esa gasolinera a comprar otro! Ese viejo de dentro es lo peor, y esos niños también.

Henry le agarró la mano y besó su alianza. —Ingenua y demasiado buena para tu propio bien. Si ese viejo ha sido grosero contigo, deberías decírselo.

—No es que haya sido grosero. Simplemente… no ha sido amable. No soy el tipo de chica que le dice a la gente lo que piensa, ya lo sabes —dijo Chelsea, dándole un empujón juguetón—. Por eso me casé contigo.

CAPÍTULO TRES

Chelsea terminó sus últimos aperitivos mientras Henry se desviaba de la autopista por un camino de tierra.

—Unos veinte minutos más —dijo él, dando un sorbo a su refresco de cola tibio. Giró la cabeza para mirar a Chelsea y, con una mano firme al volante, le acarició un lado de la cara con la otra.

Chelsea agradeció el gesto, aunque odiaba el tacto áspero de sus dedos de lija. Para ser alguien con mucho éxito, tenía las manos de un hombre que hubiera realizado trabajos físicos cada día de su vida.

Antes de ser el próspero dueño de un negocio, Henry sí que había tenido una vida dura. Por lo que él había estado dispuesto a contarle sobre su infancia, sabía que había sido difícil. Su padre construyó la cabaña en Kananaskis Country, en medio de la nada, trasladando toda su vida al bosque y arrastrando a Henry con él. Henry se vio obligado a dejar el instituto y su madre le dio clase en casa. No tuvo baile de graduación, ni mejores amigos; solo a sus padres.

No fue hasta que tuvo edad suficiente para exigirle más a la vida cuando sus padres le permitieron marcharse. Henry decía que cuando cumplió los diecisiete y se fue para vivir su propia vida, fue casi como si hubiera entrado en un mundo diferente al salir del bosque.

También fue difícil encontrar trabajo sin el título de secundaria. Encontró un empleo estable como guardia de seguridad y ascendió hasta ser el gerente de la empresa en cinco años. Pronto surgió la oportunidad de comprar la misma compañía y la aprovechó. Ahora era el dueño y director de Secure Surveillance, una de las empresas de seguridad local más grandes de la provincia.

Chelsea siempre había admirado eso de él: su determinación. Había pasado de ser un niño salvaje en el bosque a ser el jefe de la empresa y dueño del negocio en cuestión de pocos años.

Chelsea tenía veintiún años y todavía andaba encontrando su lugar en la vida. Era una pintora con dificultades que intentaba dejar huella con sus pinceles. Cuando su amigo Neil le dijo que iba a cursar un prestigioso programa de artes en la Universidad de Toronto y le pidió que se uniera a él, supo que esta era su oportunidad y, al igual que Henry, planeaba aprovecharla.

Sin embargo, a Henry no le hacía ninguna gracia.

El coche empezó a frenar mientras Henry pasaba por delante de una valla metálica. Un gran poste de madera estaba cortado por la mitad, con la otra parte boca abajo sobre la hierba. Pronto entraron en un aparcamiento de tierra amplio y vacío.

Henry aparcó el coche.

—Ya hemos llegado.

Chelsea sonrió con sorna, esperando a que dijera algo que tuviera sentido. En lugar de eso, apagó el motor y salió del asiento del conductor. Estiró los brazos y soltó un quejido.

—¿De qué estás hablando, Henry? —gritó Chelsea—. Estamos en medio de la nada.

Henry fue a la parte trasera de la camioneta, bajó el portón y sacó la mochila de Chelsea.

—Te dije que viven ahí, en medio de la nada —señaló hacia un grupo de árboles—. Tenemos que caminar unas cuatro horas en esa dirección. —Miró a Chelsea con una sonrisa, pero ella no se la devolvió—. ¿Qué? —dijo él—. ¡No te estoy tomando el pelo, es verdad!

Chelsea suspiró.

—¿En qué lío me he metido?

—¡En todo un fin de semana de diversión! —respondió Henry con entusiasmo.

—Parece que hayamos tardado todo el fin de semana solo en llegar hasta aquí.

—Y solo quedan cuatro horas más. —Henry le entregó su mochila y Chelsea se la colgó a los hombros. Henry se puso la suya

y cerró el maletero, bloqueando el vehículo con el mando de la llave.

Caminaron durante una hora por el bosque. Chelsea intentó mantener un tono alegre, pero estaba molesta con Henry. Normalmente, cuando se frustraba con alguien, esa persona nunca se enteraba de que Chelsea se sentía herida, pero Henry era la única persona a la que era capaz de decirle lo que pensaba. Fue la razón por la que se enamoró de él tan rápido. Se sentía segura a su lado. Podía abrirse con él sobre su vida, sobre todo por lo que había pasado.

Perdió a su madre cuando era joven y, durante el último año, también a su padre por un ataque al corazón. Henry estuvo con ella todo el tiempo. Veía y comprendía sus emociones, a veces mejor que ella misma.

—¿Me lo vas a decir? —preguntó él. Henry se agachó bajo la rama baja de un árbol y la miró. Cuando Chelsea llegó a la rama, él la sujetó en alto hasta que ella pasó—. Estás disgustada. ¿Es porque te he arrastrado a mitad de la nada para conocer a mis padres?

—No —dijo Chelsea, bajando la cabeza—. En realidad no tienes una mala imagen de mí, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—¿De que si soy ingenua? Quiero decir, no crees que sea tonta, ¿no?

Henry dejó de caminar y le cogió la mano con suavidad.

—No, no lo creo. Para mí eres lo más importante. Ingenua fue la palabra equivocada. Simplemente eres una buena persona. Algunos intentan aprovecharse de eso.

Chelsea asintió.

—Esos chicos podrían haber necesitado ayuda.

—Supongo que, cuando saliste de la tienda, ¿no viste que el de la bicicleta roja se metió el móvil en el otro bolsillo?

Chelsea frunció el ceño. No lo había visto. «¿A cuánta gente habrán engañado esos chavales?», pensó para sus adentros. Se acordó de las personas desaparecidas en el tablón de la gasolinera.

—Bueno, eso no importa —dijo—. Quizá se les acabó la batería y necesitaban ayuda. A veces la gente necesita ayuda y necesita a buenas personas, como yo.

—Tienes razón. Quizá pienso demasiado mal de la gente. Lo siento, ¿vale? —le rodeó la cintura con el brazo y atrajo a Chelsea hacia él, besándola con dulzura—. Lo digo de verdad.

Chelsea sonrió. —Por eso te quiero, Henry. Eres capaz de admitir las cosas. Por favor, no cambies nunca.

Chelsea le apretó la mano con fuerza. Recordó algo que le dijo su padre en sus últimos meses, mientras estaba en el hospital recuperándose de otro ataque al corazón. —Ese hombre es especial, Sea —le dijo. Sea era el apodo que le tenía desde que tenía uso de razón. Su padre le había dicho a Chelsea que sus ojos eran como los de su madre y tan azules como el Atlántico. Su padre no lo dijo explícitamente, pero ella sabía que quería verla casada. Era su única hija. Ella había soñado con que él la acompañara al altar, pero, con su salud deteriorándose, sabía que no sucedería.

Una noche, en una cita cualquiera, Henry la sorprendió con una fiesta en su restaurante favorito con sus amigos y su padre esperando. Esa noche, le pidió matrimonio.

Ella se tapó la boca por la sorpresa cuando Henry hincó la rodilla. Aunque solo llevaban seis meses juntos, ya estaba locamente enamorada de él. Después de que le pidiera matrimonio, Chelsea miró rápidamente a su padre, quien asintió conforme. Poco después, la salud de su padre empezó a empeorar aún más. Chelsea y Henry planearon inicialmente celebrar la boda en una iglesia con una gran fiesta después, pero nada de eso le importaba ya. Como todas las chicas, Chelsea había soñado con cómo sería el día de su boda y tenía grandes planes, pero si su padre no estaba allí, nada tendría importancia.

Henry aceptó celebrar la boda en un plazo de dos meses y pudieron ponerlo todo en orden rápidamente. El padre de Chelsea sí llegó a acompañarla al altar. Al final tuvo la boda que quería, porque las personas que más le importaban estaban con ella.

Lamentablemente, los padres de Henry no pudieron asistir. Chelsea ni siquiera había conocido a sus suegros hasta este fin de semana. Cuando Chelsea preguntó por qué no podían venir, Henry puso los ojos en blanco y le dijo lo tiquismiquis que eran. Llevaban

años sin salir de su cabaña en el bosque. Henry les llevaba cualquier cosa que le pidieran si necesitaban algo, lo cual era poco frecuente.

Un mes después de la boda, el padre de Chelsea falleció.

Ahora ya habían pasado casi cuatro meses desde su muerte. Lloraba a su padre, pero empezaba a ver el otro lado de su desconsuelo.

Henry estuvo con ella todo el tiempo y ella le quería aún más por ello. Se sentía mal por no ser la esposa recién casada con la que él había soñado. En lugar de eso, era un mar de lágrimas. Sin embargo, estaba recomponiendo su vida. Ahora quería ir a la escuela de arte en Toronto y, después, centrarse en su vida con su marido, y quizá incluso tener algunos hijos por el camino.

A Chelsea se le quedó el pie atascado en el barro un momento y lo sacó con un giro. Miró a su alrededor, al denso bosque que los rodeaba. ¿Cómo demonios sabía Henry por dónde ir? No había ningún sendero discernible. Cuando le preguntó, él dijo que conocía estos bosques como la palma de su mano. Ella solo veía árboles y arbustos, pero para Henry eran como señales de tráfico.

—¿Pensaba que estabas acostumbrada a ir de acampada de niña? —dijo él.

—Mi padre siempre me llevaba —dijo ella—, pero nada parecido a esto. Íbamos a campamentos conocidos y, cuando él se hizo mayor, alquilábamos caravanas. Nada fuera de la civilización, como hacéis tú o tus padres.

—Asegúrate de decirles eso a mis padres —dijo él—. La última chica que les traje no tenía ni idea de lo que era estar en el bosque.

Chelsea se rio. —Y yo que pensaba que era la única chica que habías traído a mitad de la nada.

—Solo he traído a casa para ver a mis padres a unas pocas —dijo Henry. Miró a Chelsea y sonrió—. Les vas a encantar.

Henry ya lo había dicho un par de veces en el viaje. Cuanto más lo repetía, más presión sentía ella. ¿Y si la odiaban?

Había asumido que sus padres eran del tipo de personas que no quieren estar rodeadas de gente, dado el estilo de vida que habían elegido. Había pedido conocerlos varias veces, pero solo ahora Henry había podido hacerlo realidad.

—Me alegro de que por fin vaya a conocerlos —respondió ella.

—Y es el fin de semana perfecto para ello —dijo Henry—. Tengo un proyecto enorme que empieza pronto. Voy a estar superocupado. Tú tienes la escuela de arte que empieza potencialmente en una semana. Antes de que ocurran todas estas cosas frenéticas, podemos pasar un tiempo de calidad con mis padres.

Chelsea sintió amargura cuando dijo «potencialmente» ir a la escuela de arte. No estaba segura de qué odiaba él más: la idea de que ella dejara la provincia o que fuera a la escuela con Neil. Habían hablado y discutido sobre ello muchas veces durante el último mes. Henry sentía que ella se estaba precipitando en algo, pero Chelsea sabía que estaba lista para empezar su vida de nuevo. Neil no era una amenaza sexual para Henry. Desde la primera vez que se besaron, Chelsea solo tenía ojos para su marido. Con su físico y su encanto, no era muy difícil de mantener. Neil, por otro lado, era solo Neil*;* nada más que un buen amigo.

Chelsea pensó en decir algo, pero no quería discutir.

—¿Falta mucho? —preguntó ella.

Henry asintió—. Queda una hora más o menos.

—¡Uf! ¡Tengo que mear!

Henry miró el bosque a su alrededor—. Elige tu baño.

—¿Una hora? —repitió ella—. ¡Vale!

—¿Qué? —Henry se rio—. Cuando estabas en los Castores de pequeña, ¿no hacías pis fuera?

—Los Castores eran para los niños pequeños. Las Guías eran para las niñas —corrigió ella.

Chelsea encontró un árbol grande y se ocultó de la vista de Henry. Se bajó los vaqueros y las bragas y miró cautelosamente a su alrededor antes de aliviarse. Se acuclilló sobre un montón de hojas y sintió una salpicadura de orina en un lado de las piernas, lo que la hizo estremecerse. El sonido de hojas crujiendo cada vez más cerca casi la hizo saltar.

—¡Henry! —gritó ella—. ¿Puede una chica tener algo de intimidad por aquí?

El crujido se detuvo.

Desde la distancia, Henry empezó a gritar: —¡Eh, oso! ¡Fuera, oso! ¡Vete!

Chelsea se quedó helada. Oyó movimiento en un arbusto cercano a ella y el sonido de algo que salía disparado hacia el bosque.

Henry corrió hacia ella—. ¿Estás bien?

—¿Era un oso? —alcanzó a decir Chelsea entre respiraciones profundas.

—No estoy seguro —dijo Henry—. Era algo grande. Ya se ha ido.

—¡Madre mía! —dijo Chelsea respirando hondo.

—¿No te enseñaron en las Guías que la mayoría de los animales del bosque te tienen más miedo ellos a ti que tú a ellos? —Le tendió la mano y Chelsea la cogió—. Date prisa. Llegaremos pronto.

A Chelsea le costó un poco quitarse de encima lo sucedido, pero, cuando recuperó el ritmo, llegaron a su destino. Pronto alcanzaron una zona libre de arbustos y árboles. Divisó el tejado de un establo de madera.

—Oh, menos mal —exclamó Chelsea. Henry se rio.

Una cerca hecha de madera y clavos rodeaba un gran claro. Siguieron un camino de tierra que iba hasta la puerta. Henry levantó el pestillo para abrirla y Chelsea se fijó en un gran cartel clavado en la valla que decía «Prohibido el paso» y otro debajo que decía «Propiedad bajo videovigilancia».

Caminaron por el sendero que llevaba a una gran cabaña de una sola planta. Al padre de Chelsea le habría encantado un lugar así. Habría disfrutado reservando unas vacaciones en una cabaña en el bosque. Sin embargo, ella no podía imaginarse viviendo aquí todo el año.

—Tendrías que ver el gran jardín que hay detrás —dijo Henry —. Seguro que mis padres te lo enseñan. Están muy orgullosos de él.

A Chelsea sí que le gustaba la jardinería. Había tenido una pequeña tomatera en su apartamento de Calgary, pero por algún motivo se le murió en pocos días.

Henry subió los escalones de madera hacia la puerta principal, con Chelsea siguiéndole sin prisas. Llamó y esperó.

Chelsea se fijó en una cámara en el porche que los enfocaba. Henry le respondió antes de que pudiera preguntar.

—Funciona con un generador —dijo—. Yo les instalé todo el sistema. Es increíble lo que se puede hacer hoy en día.

Chelsea asintió y esperó ansiosa a que se abriera la puerta. No oyó ningún movimiento dentro de la casa. Echó un vistazo por una ventana y vio tres sillas de tela junto a una chimenea metálica. No había luces encendidas dentro ni movimiento.

Henry volvió a llamar a la puerta, con más fuerza—. ¡Mamá! ¡Papá! —gritó. Tras otro minuto de espera, miró a Chelsea—. Supongo que no están en casa. ¿Quizá deberíamos volver a la camioneta y regresar en otro momento? —Cuando Chelsea no reaccionó a su broma, él se rio para sus adentros—. Podrían estar en el jardín. —Henry hizo un gesto a Chelsea para que le siguiera bajando los escalones del porche, pero entonces oyó un crujido en la puerta principal.

Se abrió lentamente y salió una mujer que vestía un vestido negro hasta las rodillas. Henry le había dicho a Chelsea que su madre tenía poco más de cincuenta años, pero que fácilmente podría pasar por una mujer de cuarenta. Sus cejas oscuras y pobladas se elevaron al ver a Henry.

—¡Henry! —Le rodeó con los brazos con fuerza—. Por favor, entra. ¡Tu padre y yo hemos estado esperando todo el día! —Le agarró con fuerza y lo guio hacia el interior.

Henry gritó: —¡Papá!

Chelsea sonrió para sí misma, disfrutando del momento de ver a Henry reunirse con su familia.

Su madre se fijó en ella. Inmediatamente su rostro, antes radiante de felicidad, decayó hacia un gesto más neutro.

—Usted debe de ser Chelsea —le dijo a su nuera. Antes de que Chelsea pudiera responder, la madre de Henry se apartó de ella y le hizo una señal para que la siguiera—. ¡Entre! —le gritó a Chelsea.

CAPÍTULO CUATRO

Martha cerró la puerta tras Chelsea y miró por encima del hombro de esta hacia su hijo.

Henry le dio un fuerte abrazo de oso a su padre. Su rostro resplandecía de una forma que Chelsea no había visto nunca. Por un momento, Henry casi parecía un niño pequeño al abrazarlo.

—Te he echado de menos —le dijo a su padre al soltarlo. Su padre asintió y se giró hacia su madre.

—¡Mamá! —exclamó, dándole un apretón aún más fuerte al rodearle la cintura con los brazos—. No me puedo creer cuánto tiempo ha pasado.

Su madre le acarició la cara con las manos y sonrió. Chelsea podía sentir el cálido amor que Henry sentía por sus padres y, por un momento, la asaltó la envidia. No pudo evitar pensar en su padre.

—Solo tienes que visitarnos más, Henry —dijo su madre.

Henry señaló a Chelsea.

—Mamá, papá, os presento a mi mujer, Chelsea.

Su padre le dedicó una leve sonrisa. La expresión cálida de Martha hacia su hijo desapareció rápidamente en cuanto miró a Chelsea.

—Debéis de estar cansados del viaje —les dijo su padre.

Chelsea asintió.

—Nos ha llevado un tiempo.

Arthur amplió su sonrisa.

—¿A que Henry no te ha contado lo de la caminata de cuatro horas para llegar a la cabaña?

Chelsea le devolvió la sonrisa.

—No, la verdad es que no, pero me alegra poder conoceros por fin a los dos.

—A nosotros también —dijo Martha—. Henry nos ha hablado mucho de usted cuando viene de visita. —Miró a su hijo—. Lo cual...

—Sí, sí, lo sé, mamá —dijo Henry con un suspiro—. Tenemos que venir más.

Su madre arqueó una ceja.

—Bueno, incluso sin su guapa esposa, Henry, puede visitarnos cuando quiera.

Chelsea pudo notar la tensión en las palabras de su suegra. ¿Insinuaba que Henry no los visitaba tan a menudo por su culpa? ¿Es que no sabían que incluso Chelsea, a veces, tenía que pelear por el tiempo y el afecto de Henry? ¿Era esto, de alguna manera, culpa de Chelsea?

—Me hace mucha ilusión estar aquí. Henry me ha contado mucho sobre vuestra cabaña y vuestro estilo de vida. Tengo muchas ganas de experimentarlo.

—Espera a ver cómo se va al baño por aquí —dijo Arthur con una risita.

Martha le dio un golpe en el hombro.

—Qué vulgar, basta ya. Así es como vivimos.

Chelsea sintió de nuevo una punzada de pesadumbre. ¿Había logrado ofender a su suegra otra vez?

—No pretendía ofenderla con mi comentario sobre su estilo de vida, señora Jameson. Me refería a que me interesa conocerlo durante mi estancia. La primera, espero, de muchas visitas. También me encantaría ver más de su huerto. Mi padre tenía uno pequeño en el patio, pero nada parecido a este.

—Bueno —dijo Martha con una sonrisa forzada—, la mayoría de la gente no depende de su huerto para vivir como nosotros.

Henry pasó el brazo por el hombro de Chelsea.

—Chelsea tiene algo de experiencia en el bosque, pero nada comparado con nuestra familia. Tendremos que enseñarle cómo funcionan las cosas.

Arthur sacó una pipa del bolsillo de su chaqueta y una bolsa llena de tabaco del otro. Abrió la bolsa y puso un poco en la pipa.

—Claro que podemos enseñárselo. ¿Empezamos el gran recorrido?

Martha lo miró con severidad.

—La cena está casi lista, Arthur. El recorrido puede esperar hasta después. —Arthur sacó una cerilla del bolsillo y la encendió, asintiendo a su esposa—. Esta noche tenemos estofado de pollo.

—¡Qué ganas, mamá! —dijo Henry.

—¿Por qué no vas a tu habitación y te instalas? —dijo Martha.

—Supongo que el recorrido empieza por mi cuarto —dijo él. Su padre se rio, pero Martha mantuvo su mueca de seriedad.

—La cena estará lista en quince minutos.

Por un momento, Chelsea se sintió como una adolescente y se preguntó si Martha le diría a Henry que, si traía a una chica a su habitación, debía mantener la puerta abierta.

Chelsea echó un vistazo a la casa y a las sillas de tela antigua junto a una gran chimenea en el salón. La cabeza de un lobo colgaba sobre la repisa. La cabeza de un ciervo y unos cuantos peces grandes decoraban otras partes de las paredes. Aunque no era así como Chelsea decoraría un salón, el ambiente resultaba auténtico. Las paredes paneladas de madera hacían que la gran cabaña pareciera más pequeña, casi acogedora.

Henry la cogió de la mano. —Por aquí, cariño.

Chelsea se detuvo y miró a Martha. —Tiene una casa preciosa, Sra. Jameson.

Martha miró a Henry y luego a ella. —Vaya, gracias.

Arthur estaba de pie junto a su esposa, soltando una bocanada de espeso humo blanco por la boca. —Y, por favor, deja de llamarnos por nuestros apellidos. Ahora somos familia. Arthur y Martha estará bien de ahora en adelante.

Al estar uno al lado del otro, era mucho más fácil ver el contraste entre el marido y la mujer. Arthur, visiblemente mucho mayor, parecía más frágil, curtido. Sus manos estaban arrugadas, pero parecían fuertes para su edad mientras sujetaba la pipa entre los dedos. Su canoso y desgreñado cabello estaba un tono por encima del salpimentado.

Martha era más joven y tenía un físico esbelto. Aunque parecía más pequeña y débil que Arthur, Chelsea podía sentir el poder que emanaba de su aura.

Henry cogió la mano de Chelsea y la guio por el pasillo. A medida que se alejaban de sus padres, pudo oírlos hablar entre ellos. Casi parecía que estuvieran discutiendo. Arthur mandó callar a su mujer en voz alta.

Henry abrió una puerta en el pasillo y señaló hacia el interior de la estancia. —Te presento mi dormitorio. —Sonrió mientras Chelsea entraba con paso pausado.

Chelsea se tomó su tiempo para mirar el interior. Estaba ordenado y pulcro, igual que Henry. Eso era algo que siempre la había sorprendido de él. La mayoría de los hombres que conocía odiaban limpiar y apenas podían cuidar de sí mismos, pero Henry no.

Su cuarto estaba inmaculado, como si lo hubieran limpiado ese mismo día. Al conocer a su madre, Chelsea supo que Henry debía de haber heredado ese rasgo de ella, y no le habría extrañado que Martha le hubiera limpiado la habitación.

Se fijó en los libros sobre supervivencia y horticultura que había en la estantería. Lo único fuera de lugar era un póster de una Pamela Anderson semidesnuda.

Henry notó que Chelsea no le quitaba el ojo de encima. —Era un gran fan de *Los vigilantes de la playa*. Debería haberlo quitado hace años. No te pongas celosa.

Había una foto de ella sobre la cómoda. Era una foto que Henry tomó en su primera cita. Recordaba el momento exacto en que la hizo. Tras una noche entera de risas y copas, Henry sacó su teléfono y le preguntó si podía hacerle una foto para recordar la mejor cita de su vida. Chelsea pensó que la frase era cursi, pero le encantó cómo la dijo y accedió.

—También soy un gran fan de esta —dijo señalando la foto de Chelsea.

Chelsea sonrió y se sentó en la cama. —Uf —dijo—. Un poco más dura de lo que pensaba.

—No hay muchos colchones Posturepedic por aquí —dijo Henry.

Chelsea giró la cabeza y vio otro portarretratos en la mesita de noche con un Henry mucho más joven y el brazo de una mujer

rodeándolo.

—¡Hala! —dijo en voz alta—. ¿Te has dejado una foto tuya y de tu ex en la mesita de noche? —Se rio Chelsea.

La sonrisa de Henry se desvaneció. Cogió el marco, lo miró un momento y luego miró hacia el pasillo. Henry negó con la cabeza.

Chelsea puso la mano sobre el marco y deslizó sus dedos sobre los de él. —Solo bromeaba. Sé que no vienes mucho por aquí. ¿Cómo se llamaba? ¿Tu ex?

—Carrie —dijo Henry—, pero esta no es ella. Somos mi madre y yo.

Chelsea cogió el portarretratos y volvió a mirar la foto. Martha rodeaba a Henry con el brazo y lucía una gran sonrisa en la cara. Quizá por eso Chelsea no se había dado cuenta al principio de que era ella.

—Era muy guapa de joven —dijo Henry.

—Tu madre sigue siendo una mujer atractiva.

—Me tuvo cuando tenía quince años —dijo Henry—. Chelsea conocía la historia. Henry se la había contado muchas veces. Adoraba a su madre de verdad. Hablaba de todo lo que ella había tenido que sacrificar por él. No terminó el instituto. Tuvo que criar a un hijo mientras Arthur trabajaba. La mujer endurecida que Chelsea conoció en la puerta no parecía tan aterradora cuando miraba la foto.

—Me odia, ¿verdad? —dijo Chelsea.

—¿Mi madre? No, claro que no. Ni siquiera te conoce todavía. Mis padres solo oyen las historias maravillosas que les cuento sobre ti.

—Pensé que me costaría más con tu padre. Pensé que sería más fácil llevarse bien con tu madre.

—Mamá es estupenda una vez que la conoces. Es como una leona que protege a su cachorro, aunque ese cachorro ya pase de los treinta. Ahora eres parte de esta familia. Pronto se sentirá igual respecto a ti.

—Por cómo hablabas de tu padre, pensaba que él sería el severo.

Henry bajó la cabeza un momento y volvió a mirar a Chelsea. —Mi madre es... dura por fuera, pero es todo corazón por dentro una vez que la descubres.

Desde el momento en que Martha abrió la puerta principal, Chelsea había sentido tensión. Era como si su suegra fuera capaz de comunicárselo sin palabras. *¿Conque esta es con la que se ha casado mi hijo? No es suficiente para él.*

Chelsea miró a Henry. —¿Dijiste que habías traído a otras chicas a conocer a tus padres aquí, verdad?

—Sí, pero no a muchas.

—¿Se llevaba bien tu madre con ellas? —preguntó Chelsea, volviendo a mirar el portarretratos—. ¿Les gustaba... Carrie?

—Sí, les gustaba. —Henry le quitó el portarretratos a Chelsea. Cruzó la habitación y colocó el marco sobre la cómoda, poniendo la foto de Chelsea en su mesita de noche. Se sentó en la cama junto a Chelsea y le dio una palmadita en la pierna.

—¿Sabes cuánto te quiero? —preguntó él. Chelsea asintió. Henry sonrió con suficiencia—. No..., necesito que lo digas.

—Mucho.

Henry se acercó y le besó la frente. —No tienes que preocuparte por nada. Mis padres, mi madre, van a ver lo increíble que eres. ¿Sabes por qué?

Chelsea miró los ojos marrones de Henry y pudo sentir el calor de su amor. —¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque eres genial. Increíble incluso. Cualquiera puede verlo y ellos también lo verán.

Desde el pasillo, Martha gritó: —¡La cena está lista!

Henry le sonrió a Chelsea. —No lo olvides: solo es un fin de semana.

CAPÍTULO CINCO

Martha

Mientras Henry guiaba a su mujer por el pasillo, Arthur le dedicó una sonrisa burlona a Martha.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Parece maja —dijo él—. Y muy guapa también —continuó Arthur.

Martha se mordió el labio. Sabía que Arthur estaba intentando provocarla y no pensaba morder el anzuelo. En su lugar, se acercó a los fogones y removió el estofado.

—Es una chica joven preciosa —logró decir Martha.

—He dicho que parece maja, Martha. Si quieres que Henry se quede aquí, tú también tendrás que serlo.

—¿Tú qué sabrás, viejo? —le espetó ella con desprecio—. Yo sé lo que me hago. ¿Y tú?

Sabía que eso le molestaría.

Arthur la mandó callar: —No tan alto.

Martha bajó la vista hacia la olla, aspirando el aroma de las patatas y las demás verduras. El olor de la carne cocinándose le hizo la boca agua.

—Como te he dicho, viejo, sé lo que me hago. Ya lo he hecho antes. Tú, por el contrario...

—Basta —alzó una mano Arthur—. Ni una palabra más. Es necesario que se queden, y ya se lo estás poniendo difícil.

Martha se volvió para mirar su estofado, removiéndolo despacio. Observó cómo estallaban las burbujas en la olla, salpicando salsa alrededor.

Henry tenía que quedarse, pero quizá había una forma de que su preciosa esposa no lo hiciera. Miró hacia fuera, a su jardín, y sonrió.

Arthur estaba de pie detrás de ella. Podía sentir su presencia, su enfado hacia ella. Eso hizo que su sonrisa se ensanchara.

—¿Cuándo se lo vas a decir? —preguntó Arthur en un susurro.

—Cuando sea el momento oportuno —respondió Martha, sin dejar de remover—. Sacó la cuchara y la golpeó contra el borde de la olla—. No te preocupes por eso. Limítate a mantener la misma historia, si es que eres capaz de recordarla. —Martha miró a su marido y gritó—: ¡La cena está lista!

CAPÍTULO SEIS

Chelsea se sentó a la mesa mientras Martha servía cuencos de estofado delante de cada uno de ellos. Chelsea se había ofrecido a ayudar, pero Martha se negó. Los tres se quedaron sentados en silencio mientras la madre de Henry se tomaba su tiempo para ir a la cocina y volver con la comida.

Martha le puso un cuenco primero a Arthur, que presidía la mesa. Él asintió con la cabeza en señal de agradecimiento.

Cuando Martha le puso un cuenco a Henry a continuación, este aspiró el aroma de su estofado. —Huele de maravilla. Hace que la larga caminata valga la pena.

Martha volvió a la cocina para coger otro cuenco y puso la comida delante de una silla vacía. Trajo el cuenco de Chelsea al final.

—Gracias, Martha —dijo Chelsea, pero Martha no respondió.

Martha se sentó al otro extremo de la mesa y sonrió a su familia. Chelsea le devolvió la sonrisa y cogió la cuchara.

—Bendigamos la mesa —dijo Martha. Chelsea bajó rápidamente la cuchara con la esperanza de que no se hubiese dado cuenta. Miró brevemente a Henry, que tenía una sonrisa burlona en el rostro—. Gracias, Dios, por el regreso de Henry a casa y por volver a estar unidos. —Hizo una pausa un momento antes de continuar—. Gracias por traer también a Chelsea a nuestro hogar.

Arthur alzó una copa. —Amén.

—Amén —repitió Martha.

Henry alargó la mano por debajo de la mesa y le dio unas palmaditas en la cintura a Chelsea. —Amén —susurró él.

Chelsea inclinó la cabeza. —Gracias. Amén. —Cuando los demás cogieron sus cucharas y las hundieron en el caldo amarillento, Chelsea hizo lo mismo.

Comieron en silencio durante lo que a ella le pareció una eternidad. Finalmente, Arthur entabló conversación. —¿Qué tal el trabajo, Henry?

Henry asintió y tragó lo que le quedaba en la boca. —Bien, bien. Hemos conseguido un contrato importante en la ciudad. Nos está quitando mucho tiempo, pero este contrato supondrá fácilmente el 35 % de nuestros ingresos este año. Podremos contratar a unos cuantos comerciales más, instaladores… Va a ser un buen año.

Arthur sonrió. —Has hecho un buen trabajo con tu empresa. Estoy orgulloso.

Henry le miró con afecto. —Gracias, papá. Significa mucho para mí.

—Pronto Superior Surveillance será la más grande de la provincia —dijo Arthur mientras recogía una cucharada de estofado.

Henry intercambió una mirada con su madre y volvió a mirar a Arthur. —Es Secure Surveillance, papá.

Arthur se encogió de hombros. —Sí, perdón.

—Aunque espero que crezcamos aún más —dijo Henry en voz baja. Le sonrió a Chelsea—. ¿Te puedes creer que incluso en una cabaña remota puedo instalar un sistema de seguridad? —Señaló el panel que había sobre la puerta—. Se enciende en rojo cuando el sistema está armado.

—¿Y para qué tener un sistema de seguridad aquí fuera?

Martha respondió: —Nunca se sabe lo que se les va a ocurrir a algunos de esos malhechores de la ciudad. Cuando vivíamos en la ciudad, tuvimos robos, incluso uno cuando no estábamos en casa. Nos destrozaron la puerta.

—No te olvides de la fauna salvaje —añadió Arthur—. Sobre todo de los osos. Son criaturas inteligentes. Hace un tiempo, un oso negro consiguió entrar en la cabaña —se rio para sus adentros—. Martha casi se caga encima cuando lo vio en nuestra cocina.

Martha frunció el ceño. —¡Modera ese lenguaje!

Arthur le restó importancia con un gesto. —Henry lo asustó con ollas y sartenes.

Chelsea miró a su marido. —¡No me digas!

Henry dejó la cuchara. —No es por presumir, pero asusto a los osos. Es lo que hago. Básicamente soy un superhéroe.

Martha hundió la cuchara en su estofado. —Como ahora él no está tanto por aquí, yo quería un sistema de seguridad. Además, todas las ventanas tienen cristales blindados.

Chelsea miró el gran ventanal del salón.

—Adelante, Chelsea —dijo Arthur—. Coja esa silla del salón y láncela contra la ventana. —Se rio—. No se romperá, se lo prometo.

Chelsea miró a Henry. —¿Pero cómo puedes instalar un sistema aquí fuera?

Henry señaló hacia la pared de la cabaña que tenía detrás. —Hay varios generadores fuera. Dan energía a la casa y al sistema. Incluso es compatible con el wifi, pero al estar la torre de telefonía tan lejos, solo nos llegan unas pocas rayas que no son estables. A veces se puede conseguir cobertura dentro. Pero lo normal es tener que irse al fondo del jardín para poder llamar a alguien.

—Henry —interrumpió Arthur—, eso me recuerda que estamos teniendo problemas con ese lobo otra vez. Estoy casi seguro de que es el mismo de la otra vez.

Chelsea miró en el bolsillo de sus vaqueros y sacó su móvil. Vio otro mensaje sin leer de Neil. Volvió a guardarse el móvil y, cuando levantó la vista, Martha la estaba mirando fijamente. Chelsea se giró rápidamente hacia Arthur.

—¿Podrás ayudarme con unas trampas luego? —continuó Arthur.

—Claro, papá —respondió él.

—Hoy el lobo también se ha llevado una de nuestras gallinas —dijo Martha.

Chelsea miró de reojo un trozo de pollo que tenía en la cuchara y volvió a mirar a Martha, que le sonreía.

—Yo me encargaré —dijo Henry—. Al fin y al cabo, puedo lidiar con osos; estoy seguro de que un lobo será pan comido. —Le lanzó una sonrisa burlona a Chelsea.

Chelsea dejó la cuchara y se aclaró la garganta.

—¿Estás bien? —preguntó Henry.

Chelsea asintió mientras cogía su vaso de agua y daba un sorbo.

—¿No le gusta mi estofado? —preguntó Martha.

Chelsea hizo un gesto con la mano. —No, está riquísimo. Es que... estoy llena, gracias.

Martha miró a Henry. —Tu mujer está en los huesos; necesita comer.

Arthur se rio. —Tampoco sé cómo aguantas con una camiseta de manga larga así. Aquí hace un calor de muerte. —Cogió su servilleta y se abanicó la cara con ella—. El sol pega fuerte en el tejado y, por cómo está construida la casa, básicamente absorbe el calor.

—Estoy bien —dijo Chelsea, bajando el puño de su manga blanca hasta la palma de la mano.

—Bueno, por la noche refresca a veces, así que quizá esté bien —dijo Arthur.

—Por cierto —dijo Henry, cambiando de tema—, ¿sabéis que Chelsea es una prometedora pintora, verdad? ¿Os he contado que va a entrar en el programa de arte de la Universidad de Toronto?

—No —dijo Arthur—. No lo había oído. Enhorabuena, Chelsea.

—Gracias.

—¿A Toronto? —repitió Martha—. ¿Y qué hay de Henry?

Chelsea se removió en su silla. —Bueno...

—Mamá —intervino Henry—. No pasa nada. Vendrá en vacaciones entre semestres. Yo también iré a visitarla.

—No me imagino estar lejos de mi marido durante tanto tiempo —dijo Martha, bajando la cabeza—. ¿Y tan sola? ¿En una ciudad tan terriblemente grande, plagada de criminales?

—Irá con una amistad —dijo Henry.

—Bueno —continuó Martha—, aunque se lleve a una amiga, dos chicas no pueden defenderse de los depredadores.

Chelsea inspiró profundamente. Pudo imaginar inmediatamente a Henry diciéndole a su madre que no era otra mujer, sino un hombre quien la acompañaba a Toronto. Su madre la pondría de vuelta y media por lo mal que estaba eso. Una mujer no viaja con un hombre que no sea su marido.

—Los tiempos han cambiado, mamá —dijo Henry. Afortunadamente, no mencionó el nombre de Neil. Realmente era un superhéroe.

—¿Cuándo se marcha? —preguntó Arthur.

—Las clases empiezan no la semana que viene, sino la otra, así que probablemente vuele pronto —respondió Chelsea.

—Eso es estupendo —dijo Arthur—. Sus padres también deben de estar orgullosos.

Chelsea bajó la cabeza y volvió a mirar a Arthur. —Han fallecido... Ninguno de los dos está ya con nosotros.

Henry intercambió otra mirada con Martha.

Arthur bajó la cuchara. —Claro, Chelsea, me refería a… —Señaló el techo—. Desde ahí arriba, ¿sabe?

Martha se levantó bruscamente. —¿Quién está listo para el postre?

CAPÍTULO SIETE

Cuando todos terminaron de cenar, Arthur insistió en empezar el recorrido por su cabaña.

Alzó las manos señalando el salón. —Podemos empezar por aquí —dijo con entusiasmo—. Lo siento, no solemos tener muchos invitados últimamente, así que es un placer presumir de lo que hemos hecho con este lugar. Es realmente especial.

Chelsea miró alrededor de la estancia. En cada rincón de la casa se percibía un olor a madera. De algún modo se sabía al instante que Arthur la había construido él mismo, sobre todo por su entusiasmo. —Es preciosa de verdad —le dijo ella. Se preguntó cómo demonios podía alguien construir una cabaña así en medio de la nada, pero decidió guardarse la pregunta para más tarde. Podría ser algo que preguntar cuando la conversación decayera o si se sentía atenazada por un silencio incómodo con sus suegros.

Arthur señaló la chimenea. —Suelo alimentar el fuego casi todo el día y eso mantiene caliente toda la casa. El invierno puede ser complicado, pero aislamos las paredes exteriores e instalamos bombas de calor para mantener el calor dentro y el frío fuera. Por eso hace un calor sofocante aquí. Espero que haya traído algo de ropa ligera, Chelsea.

Ella sonrió cortésmente, pero no respondió. Chelsea se fijó en la cabeza de un ciervo en la pared y la señaló. —¿Debe de ser usted cazador?

Arthur se giró y miró al animal. —Era cazador, más bien. —Se palmeó la pierna izquierda—. Una vieja herida que no curó muy bien. Ya no puedo moverme como antes. Ahora me dedico principalmente a la pesca o a poner trampas.

Henry se puso al lado de Chelsea y le cogió la mano. —Papá —dijo—, ve al plato principal. El jardín es tu orgullo y alegría, aparte de mí.

Arthur sonrió. —Me siento orgulloso, sí, pero Martha es la que le da todo el cariño. Sin ella, todo lo que hay ahí fuera se marchitaría y moriría a las pocas semanas de que yo me encargara. Yo pongo el trabajo y Martha hace que cobre vida.

Martha sacudió la cabeza. —Ya estamos otra vez. Arthur, yo también trabajo mucho ahí, igual que tú.

—Sí, querida, es verdad. —Se dirigió cojeando hacia la puerta principal y les hizo una señal para que todos lo siguieran—. Nos estamos quedando sin luz fuera, deprisa. —Chelsea sonrió al notar lo clara que estaba la tarde.

Los cuatro salieron por la puerta y bajaron por un sendero de tierra hacia el jardín. Arthur empezó a señalar diferentes zonas. —Por allí tienen el huerto de manzanos. —El área cubría unos diez metros—. Los viñedos y los arbustos de frambuesas están allá. —Señaló en otra dirección—. Especias y básicamente todo tipo de frutas y verduras están repartidas por el jardín desde aquí.

Continuaron por el camino mientras Arthur explicaba qué crecía en cada zona. Chelsea estaba realmente asombrada por el trabajo dedicado al jardín.

—¿Cómo sacáis tiempo para hacer todo esto? —preguntó ella.

—Nosotros… no salimos mucho. —Arthur se rio.

—Tenemos suficiente para alimentar a tres o cuatro bocas durante un par de meses solo con frutas y verduras —dijo Martha—. Por no hablar de lo que Arthur pesca o atrapa.

Chelsea asintió. —Es realmente impresionante. A mi padre le encantaba la jardinería. Solo tenía un cajón de cultivo lleno de verduras pequeñas. —Se fijó en un tallo corto que brotaba del suelo. Se acercó a él—. Esto es una tomatera, ¿verdad? A mi padre le encantaba cultivarlas en su cajoncito. Le habría encantado su jardín.

Martha le frunció el ceño un momento y Arthur le hizo un gesto para que se acercara a él. —Perdone —dijo—, estamos cultivando plantas nuevas ahí. Intente no pisar cerca si puede. Esas pequeñas necesitan mucho amor y atención para crecer bien.

Chelsea miró las plantas pequeñas y el montón de tierra suelta cerca de su pie. —¡Lo siento mucho! —Se incorporó y volvió deprisa junto a Henry, cogiéndole la mano.

—No es culpa suya —dijo Arthur—. Pondríamos carteles, pero nadie viene por aquí aparte de Henry. —Empezó a caminar despacio por el sendero de nuevo—. Por aquí está el granero.

Cerca del jardín se alzaba el granero grande y carcomido que Chelsea había visto antes. Las paredes de madera parecían dañadas y desgastadas por el clima. Daba la impresión de que una ráfaga de viento fuerte podría derribarlo en cualquier momento. Chelsea se preguntó si, empujando con todas sus fuerzas, podría tirarlo abajo.

Cuando Arthur les mostró el interior, señaló el banco de trabajo y los armarios. Bajo la encimera había una lona grande. Señaló sus cañas de pescar. Al otro lado del granero, en el suelo, había trampas oxidadas de diferentes tamaños.

Arthur hizo un gesto hacia una trampa grande con grandes dientes de metal. —¿Puedes ayudarme a cargar esa, Henry? —Arthur miró a Chelsea—. En realidad no son difíciles de cargar, es solo que moverlas me resulta complicado.

Chelsea asintió. Se quedó mirando una vieja foto en blanco y negro clavada en uno de los armarios. —¿Quiénes son? —preguntó.

Henry respondió: —Mis abuelos. Vinieron de Irlanda originalmente. En aquel entonces también construyeron sus propias casas. ¿Ves esa casita al fondo? —Chelsea entrecerró los ojos y miró la casa que había detrás de la joven pareja—. Bueno, pues la construyeron ellos mismos. Cuando mis padres se mudaron aquí al bosque, quisieron volver a sus raíces, igual que vivieron mis abuelos. Construyeron esta casa ellos mismos.

—Me asombra lo hermoso que es vuestro estilo de vida aquí fuera. —Miró a Martha, que por una vez le devolvió la sonrisa.

¿Cómo podían vivir aquí todo el año? Los inviernos debían de ser brutales. La fauna era peligrosa. Ella nunca querría venir si hubiera posibilidad de nevadas intensas. Podrían quedarse atrapados dentro de la cabaña durante días. Pensar en eso hizo que Chelsea se estremeciera por dentro.

De repente, una gallina cruzó el granero corriendo. —Debe de haber otro agujero en el gallinero —gritó Martha. Miró a Arthur con severidad—. Tenemos que arreglarlo si no queremos que el lobo ronde nuestra propiedad esta noche.

Arthur puso los ojos en blanco mirando a Chelsea. —Como he dicho, yo soy la mano de obra; ella pone el cariño.

Chelsea soltó una carcajada y, cuando notó la mueca de Martha, cerró la boca rápidamente.

Arthur señaló un lado del granero. —El gallinero está al otro lado del granero. Espero que sea madrugadora, porque nuestro gallo lo es. —Se rió para sí mismo—. Bueno, eso es todo lo de fuera. También hay un cobertizo por allí. Básicamente ya ha visto también todo el interior. —Se llevó un dedo a la boca—. ¡Ah, esperen! ¡Síganme! —Caminó hacia la cabaña—. Casi se me olvida.

Martha siguió a su marido, manteniendo su cara de pocos amigos mientras lo hacía. Henry agarró la mano de Chelsea.

—Desgraciadamente, ya sé lo que quiere enseñarte —dijo él—. Te pido perdón de antemano por este fin de semana.

Chelsea se rió. —No lo hagas. Tu padre es divertidísimo.

Martha la miró, luego se giró y continuó siguiendo a su marido.

Cuando estuvieron de nuevo dentro de la casa, Arthur pasó por delante de la cocina y el salón.

—Ya habéis visto el cuarto de Henry. —Señaló la puerta abierta —. Este es el dormitorio principal —dijo, señalando la puerta cerrada al lado de la de Henry. Arthur cruzó el pasillo y abrió otra puerta que estaba cerrada—. Y el aseo.

Chelsea arrugó la cara preparándose para lo que estaba a punto de oler, pero al principio se llevó una grata sorpresa. Enfrente tenía un lavabo de porcelana. Al otro lado había lo que parecía un banco blanco con dos tapas de inodoro encima y un cubo grande al lado.

—Debo decir que me esperaba algo peor —dijo Chelsea con una sonrisa—. Lo había pintado demasiado mal, Arthur.

—Espere un momento —dijo Henry.

—Usamos un sistema de cubos —dijo Arthur—. Nos turnamos para vaciar el cubo cada día. Ahora que somos cuatro, probablemente tendré que hacerlo un par de veces al día, pero nos turnaremos. —Chelsea intentó no reaccionar. Él señaló la tapa del inodoro de la izquierda—. Esta es solo para el número uno —dijo, y señaló la otra—. Seguro que ya sabe para qué es esa. Cuando llegue el momento, cojan los cubos y llévenlos al contenedor de compost exterior.

Chelsea seguía concentrada en la alusión a que ella cargara con sus cubos de orina y excrementos hasta que se dio cuenta de que él también había dicho la palabra *compost*. Se le mudó el gesto.

—¿Ha dicho contenedor de compost? —preguntó Chelsea impactada.

—Eso era lo que estaba esperando. —Arthur volvió a reírse—. Bueno, Chelsea, no se puede encontrar buen abono en medio de la nada. Nuestra tierra necesita buenos nutrientes.

Chelsea se sintió mareada por un momento. Había cenado comida llena de los nutrientes de sus suegros. Sintió ganas de vomitar, pero mantuvo la compostura.

—No es para tanto —dijo Martha—. Mejor que comer los pesticidas que lleven las frutas y verduras que compra en el mercado. ¡Eso provoca cáncer! No es que vaciemos el cubo directamente sobre el jardín.

Chelsea respiró hondo. No había querido molestarla con su reacción. —Lo siento, Mar…

—Mamá —intervino Henry—. No ha dicho nada malo. Todo esto es nuevo para ella, ¿vale?

Martha asintió. —Bueno, es casi de noche, y seguro que ambos estáis agotados.

—A lo mejor podemos trabajar en el jardín juntas mañana —dijo Chelsea—. Me encantaría ver cómo lo gestionan todo.

—Tendremos mucho tiempo para enseñárselo —dijo Martha con una sonrisa—. Buenas noches, Henry. —Se acercó y besó la mejilla de su hijo.

Henry se limpió la saliva de la cara. —Yo también te he echado de menos, mamá. Buenas noches.

—Buenas noches. —Chelsea se despidió con la mano. Pensó en darles un abrazo a sus suegros. La expresión de la cara de Arthur era acogedora y dio un paso hacia ellos.

—Buenas noches —respondió Martha. Cruzó el pasillo, sacó una llave del bolsillo de su vestido y abrió la puerta de su dormitorio.

—Ha sido un placer conocerla —dijo Arthur—. Buenas noches. —Siguió a su mujer al dormitorio y cerró la puerta tras ellos.

Chelsea entró en la habitación de Henry y miró por la ventana y, aunque el sol empezaba a ponerse, todavía quedaba mucha luz natural. Nunca había visitado a nadie cuyos anfitriones se retiraran tan bruscamente a sus dormitorios de esa manera.

—Y —dijo Henry con una sonrisa—, esos son mis padres. —Se acercó y la besó—. ¿Entiendes por qué no me gusta traer a todo el mundo?

Chelsea le puso un dedo en los labios. —Shhh. Estoy segura de que se oye todo en esta cabaña.

—Mis padres son madrugadores —dijo él—. No me sorprende que se acuesten a esta hora, solo me entristece. —Henry cerró la puerta de su habitación.

—Pensé que a lo mejor jugaríamos a juegos de mesa o algo así —dijo Chelsea.

—¿Mis padres? ¿Juegos? No lo creo. —Henry palmeó la cama y Chelsea se sentó a su lado.

—¿Qué hacen para divertirse aquí entonces?

Henry se rio. —Trabajar, cocinar, construir cosas..., discutir. Se les da muy bien eso, como puedes ver.

—Seguro que a todos los padres se les da bien eso —dijo Chelsea. Miró la puerta cerrada—. ¿Se va a enfadar tu madre porque tengas a una chica en tu habitación con la puerta cerrada? —se burló ella.

Henry se rio. —Le gusta demasiado cuidar de mí, lo sé. No me pediría que hiciera eso contigo; estamos casados.

—Entonces, ¿con aquella otra chica que trajiste, Carrie no sé qué, nunca pudiste cerrar la puerta?

—Exacto —dijo Henry—. Y eso fue solo hace dos años.

—¡Henry! ¡Tienes treinta años! No me lo puedo creer.

Henry se encogió de hombros. —Su casa, sus reglas.

—Bueno, ahora me siento especial —dijo ella con una sonrisa.

Henry le besó el cuello con suavidad y le acarició la parte interna del muslo. —Queda mucho día por delante —dijo—. ¿Cómo podríamos pasar el tiempo?

—Henry —dijo ella en un susurro—, no puedo. No puedo.

—¿Qué? ¿Por qué *no*?

—Es tu madre, pero ¿es que no te das cuenta...?

—¿De qué? —dijo Henry, esperando.

—Digo que da miedo..., intimida. No puedo tener sexo contigo aquí. No puedo. Para. —Le cogió la mano y la apartó de su regazo—. Podemos esperar. —Henry la miró boquiabierto—. Para —repitió Chelsea—. Sabes que lo haría, pero lo último que quiero es que entre aquí.

—No lo hará —dijo Henry. Empezó a besarle el cuello de nuevo, de la forma que a ella le gustaba. Sintió una descarga eléctrica por todo el cuerpo. Solo hicieron falta unos pocos besos más allí para que ella cediera.

Chelsea soltó un suave gemido y cerró los ojos con frustración. —Está bien, pero que sea rápido y en silencio. —Se levantó para cerrar la puerta con llave, pero para su horror descubrió que la puerta no tenía cierre. Volvió a mirar a Henry, con la boca abierta—. ¿No tienes cerradura en el dormitorio? —Henry volvió a sonreír—. Vale, ni hablar. Lo siento. De ninguna manera.

—Vale, vale, vale. —Él la miró desde el colchón y palmeó a su lado—. Prometo que no te molestaré.

Chelsea se sentó a su lado. —Es solo un fin de semana, Henry —dijo burlona. Ella se rio y Henry sonrió con sorna. Su sonrisa desapareció de repente—. Vale, no he podido preguntar esto antes, pero el estofado que hizo tu madre, ¿estaba hecho con la gallina que mató el lobo?

Henry se rio. —¿Qué?

—El pollo que comimos en la cena. Tu madre dijo que un lobo había matado a una gallina hoy. ¿Era esa la que comimos?

Henry lo pensó un momento y sacudió la cabeza. —Sé que mis padres son diferentes, con su compost y sus cosas, pero no nos

comeríamos una gallina a medio comer. Mis padres no están tan locos.

—Vale. No sé por qué pensaba que...

—Para —dijo él—. Mañana, tú y yo iremos de excursión por la propiedad, solos. Para tener algo de tiempo para nosotros. Sé que mis padres pueden ser agotadores, lo sé, y agradezco que estés aquí.

Henry miró por la ventana. Chelsea hizo lo mismo y contempló la belleza del sol empezando a ponerse sobre los altos árboles.

—Tengo que decirte algo —dijo Henry—. Quería que conocieras a mis padres, por supuesto, pero hay otra razón por la que teníamos que venir.

Chelsea esperó un momento a que dijera algo más, pero él no continuó. Se quedó mirando por la ventana; sus labios se movían, pero parecía no encontrar las palabras. Chelsea puso la mano sobre la suya y guio su cabeza lentamente hacia ella. Lo besó con ternura.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Puedes decírmelo.

Henry volvió a besarle los labios y bajó la cabeza. —Es por mi *padre*.

CAPÍTULO OCHO

Martha

Martha le dijo a Arthur que cerrara la puerta tras ellos al entrar en su dormitorio.

—¿Un poco temprano para irte a la cama, no? —dijo Arthur, poco impresionado, mientras echaba la llave.

Martha lo ignoró y se plantó frente al espejo del tocador, observándose. Su rostro había envejecido notablemente, pero seguía siendo guapa. Su figura se mantenía esbelta, pero la gravedad tenía una forma de hacer que todo estuviera más... caído de lo que recordaba.

«¿Cómo ha pasado el tiempo tan rápido?», pensó para sí. «¿Cuánto tiempo lleva Henry fuera de nuestra casa, viviendo en esa ciudad sucia? ¿Cuánto tiempo lleva atrapado en el mundo de ellos, con ella?».

Abrió el cajón de la cómoda y se cambió rápidamente para ponerse la camisa de dormir. Se giró para ver si Arthur estaba mirando mientras lo hacía, pero no era así. Él ya había cogido un libro de la mesilla de noche y estaba tumbado en la cama, leyendo por donde se había quedado.

Esa era su vida ahora.

No tenía nada a menos que Henry estuviera aquí, con ella.

¿Cómo lo llamaba la gente de la ciudad? ¿El síndrome del nido vacío? Sonrió para sus adentros.

Metió la mano en el cajón de la cómoda y sacó un sobre amarillo. Se tomó su tiempo para extraer las fotos de su interior.

Se detuvo al oír risas procedentes de la habitación de Henry. Míralos, riéndose por lo bajo como niños pequeños, pensó. Sacó una

fotografía. Se quedó mirando la foto de Chelsea de antes de que se casara con Henry. Era una toma espontánea de ella cruzando la calle. No tenía ni idea de que le estuvieran haciendo la foto, pero, aun así, parecía una modelo posando de la forma adecuada para conseguir la imagen perfecta.

Realmente era guapa, pensó Martha. Incluso íntegra. Tímida, pero con un carácter redimible. Podía entender por qué Henry le pidió matrimonio. Pero él no lo sabía todo. Martha ya había visto a chicas como ella antes.

Sacó otra foto del sobre. Se tomó su tiempo observando el bonito rostro que le devolvía la mirada. Era otra toma espontánea, pero esta vez de Carrie Sanders.

Ella también era guapa... en su día.

Martha cogió otra foto. Esta vez no era espontánea, sino una de Henry con el brazo pasado por encima de los hombros de Carrie. Carrie levantaba los dedos, mostrando orgullosa un anillo de esmeralda. La foto se tomó en la cabaña la noche en que se prometieron. Martha sonrió para sus adentros al ver lo feliz que era Carrie.

La felicidad nunca dura. Carrie lo había descubierto de la peor manera posible.

Carrie era una buena chica, y Chelsea también lo era. Carrie fue feliz una vez, pero ya no. La felicidad nunca dura. Se preguntó cuándo aprendería Chelsea esta lección y no le importaba acelerar su aprendizaje.

Martha volvió a mirar a su marido, tumbado en la cama, ajeno a su presencia. Todo el mundo acaba aprendiendo esa lección en la vida. Aunque algunos solo lo descubren años después. Chelsea lo descubriría mucho antes.

Martha sintió que se le formaba una lágrima. Se la secó rápidamente.

—Deja de ser tan dramática —dijo Arthur entre dientes mientras pasaba la página—. Y guarda eso.

Martha no le hizo caso de inmediato. Volvió a mirar las fotos de Carrie y de Chelsea antes de meterlas de nuevo en el sobre y

guardarlo en el cajón de la cómoda. Se deslizó entre las sábanas y se quedó mirando el techo. Su mente bullía de ideas.

—¿Cuándo crees que se dará cuenta? —le preguntó a su marido—.

Arthur se encogió de hombros, con los ojos todavía pegados a las páginas de su libro. Martha sabía que su novela de suspense probablemente era entretenida, pero empezaba a estar molesta con él.

—Eso ya no importa —respondió finalmente Arthur—. Miró a Martha y se bajó las gafas de lectura—. Pero aún no se lo has dicho a Henry, ¿verdad?

Martha sonrió.

—A su debido tiempo.

CAPÍTULO NUEVE

—¿Que está enfermo?—repitió Chelsea.

Henry bajó la cabeza. —Me preocupa que sea un principio de alzhéimer. Solo tiene sesenta y cinco años, pero últimamente está... distinto. También olvida cosas, muchas cosas últimamente.

Chelsea le puso la mano en la barbilla y le acarició el lado de la cara. Sintió una lágrima de él en su mano y la secó. Henry rara vez lloraba. Él siempre era la roca mientras ella sollozaba. Resultaba extraño verle tan... vulnerable. Aunque se sentía triste por él, no pudo evitar sentirse más conectada en ese momento.

—¿Qué tipo de cosas olvida?—preguntó Chelsea.

—Bueno..., parecen pequeñeces, pero no se sabe el nombre de mi empresa. Por un momento me ha preocupado que se hubiera olvidado de tus padres también en la cena. Mamá dice que la ha estado llamando por nombres de mujeres que ella ni siquiera conoce. Una noche, lo pilló en el salón con una pistola en el regazo, mirando fijamente la puerta principal. Ahora mamá guarda las armas bajo llave, y la mayoría de los cuchillos grandes después de usarlos.

Chelsea se sintió inquieta por un momento al pensar en un hombre corpulento y tímido como Arthur haciendo algo así. Le costaba imaginar al hombre jovial que había conocido hoy actuando de esa manera.

—¿Ha ido ya a algún médico?—preguntó ella.

Henry sonrió para sí. —¿De verdad crees que mis padres son del tipo de persona que va a uno? Ni siquiera tienen coche. —Hizo un gesto señalando la cabaña—. Esto es su vida. Esto es todo lo que siempre han querido. No quieren dejarlo. Él nunca lo dejaría. ¿Sabes cuánto han intentado mis padres impedir que yo me fuera de aquí? Cada vez que vengo, se inventan motivos para que me quede. Tengo

que despegármelos de encima antes de marcharme. Espera y verás, ya te darás cuenta tú misma pronto. —Henry levantó la cabeza—. Él no irá a un médico, pero parte de la razón por la que estoy aquí este fin de semana es esa. Quería ver por mí mismo cómo estaba y, si realmente es tan grave como dice mamá, intentar convencerle de que se venga con nosotros cuando regresemos a la ciudad. Podríamos intentar que le viera un médico en un hospital o algo así.

Chelsea le besó en la mejilla. —Mi abuela tuvo alzhéimer. Tenía setenta y pocos años cuando se lo diagnosticaron. Fue terrible. Pudieron darle una medicación que retrasó la enfermedad, y... —Chelsea no terminó el pensamiento a propósito. Veía el dolor en el rostro de Henry y no quería contarle la verdad. Destruyó lo que era su abuela hasta que finalmente falleció y descansó en paz—. Tu padre parece una buena persona. Quizá juntos podamos intentar convencerle.

Henry volvió a bajar la mirada. Chelsea esperó a que respondiera, pero se tomó su tiempo. —¿Sabes qué es lo peor? Que me cae mejor ahora. —Henry se secó una lágrima del ojo y giró la cara—. No dejas de decir lo amable que es, y por cómo está ahora, estoy de acuerdo. No siempre fue así. Antes, bueno, lo odiaba. Odié a mi propio padre durante mucho tiempo.

Chelsea apoyó la cabeza en su hombro. Se dio cuenta de que Henry tenía mucho que decir y quería hacerle saber que estaba ahí para él, dispuesta a escuchar cada palabra que pronunciara.

Henry alargó el brazo y jugueteó con el pelo de ella. —Me pegaba..., a nosotros. A mamá también. Una vez, le planté cara cuando era adolescente. Eso fue... una mala idea. —Henry soltó una risa amarga—. Ahora que puede que esté enfermo, es distinto. Más agradable.

Chelsea recordó a su abuela hacia el final. Cuando su memoria se deterioró, se volvió más volátil. Tenía el temperamento muy corto e incluso le había dado un puñetazo en la boca a su abuelo fruto de la confusión. Chelsea decidió guardarse ese comentario para sí. Ya habría tiempo de ayudar a Henry a entender por lo que estaba pasando Arthur, una vez que los médicos confirmaran el diagnóstico.

Henry se giró y la miró. —O sea, ¿está mal? Me gusta más mi padre ahora que está... enfermo.

Chelsea volvió a besarle la mejilla con suavidad. —No, no eres malo por pensar así. No sabía nada de esto, de tu padre. Lo siento.

Henry esbozó una media sonrisa. —¿Cómo lo haces?

Chelsea le devolvió una sonrisa sutil. —¿El qué?

—¿Cómo haces que sienta que somos las dos únicas personas en el mundo ahora mismo? De verdad te quiero.

—Yo también te quiero —le besó en la frente.

Él le cogió el brazo y le besó la muñeca. Al hacerlo, la manga de ella se subió y él pudo ver una de las muchas marcas de su piel. Ella se bajó la manga rápidamente.

—¿Estás bien? —preguntó Henry.

—Solo... cohibida por ello, ya sabes, por estar en casa de tus padres.

Henry asintió. —Lo entiendo, pero esa ya no eres tú. Ahora eres fuerte, estás mejor.

Aunque no se había vuelto a cortar en mucho tiempo —básicamente desde que conoció a Henry—, sus palabras le sonaron falsas. Fuerte sería la última palabra que usaría para describirse a sí misma. Débil, lamentable, tímida. Esas palabras encajaban mejor.

Se besaron de nuevo antes de meterse entre las sábanas. Henry la abrazó por detrás en la posición de la cuchara durante menos de diez minutos antes de quedarse frito. Ella siempre odiaba eso de él. ¿Cómo demonios podía dormirse con tanta facilidad? Era como si alguien le disparara un dardo tranquilizante cada noche en cuanto posaba la cabeza en la almohada.

Chelsea era diferente. Algunas noches podía tardar horas en conciliar el sueño. Le encantaba el cariño que le daba Henry, incluso por la noche. Le daba una sensación de seguridad, pero en cuanto él se dormía, siempre tenía ganas de apartarlo de encima. Necesitaba su espacio para dar vueltas y encontrar la postura adecuada. A veces, en su apartamento, se ponía una aplicación de sueño en el móvil para ayudarse a evadirse. A veces funcionaba, pero muchas otras no.

Sabía que iba a tener dificultades para dormir antes de llegar a casa de sus suegros y deseó haber pensado en más formas de ayudarse a sí misma.

Henry empezó a respirar con más pesadez. No era exactamente un ronquido, pero tampoco una respiración normal. Estaba en un punto intermedio.

Chelsea intentó cerrar los ojos y obligarse a dormir durante lo que le pareció una eternidad. Finalmente los abrió de nuevo, sintiéndose irritada por cada respiración que Henry soltaba sobre su hombro. Miró alrededor de la habitación, casi en penumbra. La única luz procedía de la luna a través de la rendija de las cortinas. La tenue luz resaltaba su brazo desnudo estirado sobre la cama. Incluso en la oscuridad, podía ver una de las marcas de su muñeca.

Una sensación de vergüenza la golpeó como un mazazo. Imaginó lo que diría su suegra si viera esa marca y las otras que Chelsea se había hecho a sí misma. A Chelsea no le asustaba tanto lo que Martha pudiera decirle a la cara, sino más bien lo que pudiera decirle a Henry.

—¿Esta es la mujer que has elegido? —podía oír decir a su suegra.

Chelsea casi puso los ojos en blanco al darse cuenta de que se estaba rascando la muñeca otra vez. Sabía que era algo que hacía cuando estaba estresada. Era mejor que cortarse, pero a veces se rascaba demasiado fuerte.

Chelsea se desenredó lentamente de Henry y salió de la cama en silencio. Cogió el móvil de la mesilla e intentó salir del dormitorio sin hacer ruido, pero los viejos suelos de madera lo hacían casi imposible. Cada paso que daba provocaba un crujido distinto.

Al salir del dormitorio, dejó la puerta entornada. El pasillo estaba totalmente a oscuras. Tocó el móvil y apuntó hacia la puerta de los padres de Henry. Por suerte, seguía cerrada. Giró el móvil hacia el otro lado y encendió la linterna. Se dirigió hacia la puerta principal.

En su apartamento, algunas noches, cuando a Chelsea le costaba dormir, se sentaba fuera en el balcón a escuchar los sonidos de la ciudad. Al vivir en el centro de Calgary, en las calles siempre

pasaba algo: las sirenas, la gente gritando desde los bares de abajo o los coches que pasaban. La hacía sentir que no era la única que no dormía.

Cuando se acercó a la puerta principal, se fijó en que una luz roja estaba encendida encima. Maldijo para sus adentros, recordando que Henry había dicho que el sistema de seguridad los dejaba encerrados dentro por la noche. Miró por la ventana que había junto a la puerta principal. El bosque estaba oscuro e inmóvil.

Vio un reflejo de luz roja en la ventana y se desconcertó. Miró hacia el panel rojo que brillaba con fuerza sobre la puerta y se dio cuenta de que no era eso. Se dio la vuelta y, en la oscuridad del salón, divisó una luz roja cerca de la repisa de la chimenea.

«¿Eso es una cámara?», pensó Chelsea.

El sonido de un aullido rompió su concentración. Volvió a mirar rápidamente por la ventana, intentando localizar la fuente.

—¡Maldito lobo!

Chelsea se volvió hacia el salón y vio una figura sombría moviéndose de un lado a otro. Alumbró con su luz y vio a Arthur sentado en una mecedora de tela. Por un momento se quedó paralizada por el miedo. Movió rápidamente la luz alrededor de su suegro, enfocando su regazo y sus manos. Entonces recordó lo que Henry había dicho sobre que le habían guardado las armas bajo llave.

Arthur levantó los brazos para taparse la cara. —¿Podrías bajar eso? —preguntó en voz baja. Chelsea apartó rápidamente el móvil. —Debo de haberme quedado dormido en mi silla otra vez —dijo Arthur con una risa—. ¿Estás bien?

Chelsea sonrió. —Oh, sí. Solo quería un poco de agua.

Arthur le devolvió la sonrisa. En la oscuridad, resultó más amenazante que durante el día. —Bueno, ahí fuera no encontrarás agua limpia —dijo señalando por la ventana—. Deja que te ayude. —Se levantó de la silla con un quejido y se dirigió lentamente a la nevera. Cuando abrió la puerta, esta iluminó la estancia y él pareció menos nefario.

Cogió una jarra de la nevera y dos vasos de un armario de arriba. Sirvió agua en ambos y le dio uno a ella. Levantó el vaso que

tenía en la mano. —Espero que no estemos resultando demasiado para ti.

Chelsea bajó la cabeza y cogió su vaso, dando un sorbo. —No, por supuesto que no.

Arthur sonrió de nuevo. —Conocer a los padres siempre asusta. Al menos para mí lo fue en su día.

Chelsea le devolvió la sonrisa. —Bueno, un poco, supongo. —Recordó las palabras de Henry sobre su padre, pero era incapaz de ver al hombre brutal que él había descrito. Su rostro tenía arrugas a los lados que se acentuaban con cada sonrisa. Era como si aquel hombre hubiera estado sonriendo toda su vida.

—¿Pero ya no tienes tanto miedo? —preguntó él.

Afuera, el lobo aulló de nuevo y ella dio un respingo. Arthur se rio. —Supongo que yo tendría más miedo si estuviera ahí fuera.

La sonrisa de Arthur se desvaneció. Miró hacia el pasillo oscuro, hacia las puertas de los dormitorios. —¿Sabes cómo volver a la autopista desde aquí? —La miró de nuevo con severidad.

A Chelsea la pilló desprevenida la pregunta y su repentino cambio de actitud. Antes de que pudiera responder, oyó el crujido de una puerta al abrirse seguido de unos pasos que bajaban por el pasillo a oscuras.

—¿Arthur? —llamó Martha—. ¿Eres tú?

—Solo estaba ayudando a Chelsea a coger un poco de agua —respondió él—. Me he vuelto a quedar dormido en la silla.

A Martha apenas se la distinguía, pero pudo ver su mano haciendo un gesto para que Arthur fuera con ella. —Vamos a la cama, Arthur.

Arthur asintió. —Buenas noches, Chelsea. —Empezó a caminar por el pasillo y, juntos, sus pasos hicieron crujir el suelo hasta que regresaron al dormitorio.

—Buenas noches, Arthur. Y, señora Jameson —se despidió Chelsea. En la oscuridad pudo oír cómo se cerraba la puerta. Dio otro sorbo al agua y se quedó mirando hacia afuera. Quizá estuviera mejor ahí fuera con el lobo, después de todo.

Henry había dicho que era a su padre a quien temía, pero Chelsea no lograba comprender cómo ganarse el afecto de su

madre, si es que tal cosa era posible. No sabía qué deseaba más, si llevarse bien con sus suegros o marcharse de su casa.

CAPÍTULO DIEZ

Chelsea volvió a meterse bajo las sábanas con Henry en cuanto estuvo segura de que Martha y Arthur no iban a salir de su dormitorio. Henry se dio la vuelta y abrió los ojos poco a poco.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿No puedes dormir?

Chelsea apoyó la cabeza en la almohada y miró los ojos marrones de Henry, deleitándose en su forma de mirarla. —Supongo que no termino de asimilar que estemos en medio de la nada. No estoy acostumbrada.

Henry sonrió. —Mi chica urbanita. El aullido del lobo también me ha despertado, pero no te preocupes.

—Siento que este fin de semana no va como querías —admitió Chelsea—. Como yo quería.

Henry le acarició la cara. —¿A qué te refieres?

—Me refiero a que siento que tu madre me odia.

Henry soltó un bufido. —No, claro que no. Es solo que es... diferente. No es nada personal contra ti.

—No me conoció antes de que nos casáramos. Me pregunto qué te habría dicho si lo hubiese hecho.

Henry negó con la cabeza. —Me habría felicitado por haber tomado la mejor decisión de mi vida. De algún modo, Chelsea intuyó que esas no habrían sido sus palabras literales.

—Supongo... —Pensó en su padre por un momento—. Tenía la esperanza de poder formar parte de una familia nueva. La tuya. Veo cuánto te quieren. Echo de menos esa sensación.

—Mi madre terminará aceptándolo, créeme. A papá ya le caes bien. Se nota.

—He estado hablando un rato con su padre —dijo ella.

Henry se incorporó contra el cabecero. —¿Estaba bien?

—Sí, creo que sí. Se ha quedado dormido en su mecedora. Creo que lo he despertado. Aunque estaba un poco asustada... —Pensó en la extraña pregunta que Arthur le había hecho antes de que Martha entrara en el cuarto. También pensó en la luz roja de lo que parecía ser una cámara en el salón.

—¿Qué le ha dicho?

—¿Eso que hay en el salón es una cámara? —preguntó ella.

Henry puso los ojos en blanco. —Sí, raro, ¿verdad? Te conté cómo ha estado papá últimamente. Después del incidente de la pistola, hice que instalaran una solo para asegurarnos de que todo iba bien. Si veía algo extraño, se lo podía llevar a los médicos. —Hizo una pausa—. A mamá le preocupa que empiece a deambular también por fuera durante la noche, aunque el sistema de seguridad ayuda con eso ahora.

Chelsea pensó en lo que debía de ser para Martha vivir con Arthur mientras su memoria empeoraba. Ella tendría miedo. No sería capaz de vivir en medio de la nada mientras alguien se ponía cada vez más enfermo.

—¿Cómo aguanta tu madre aquí así mientras tu padre empeora? —preguntó.

Henry se encogió de hombros. —Yo mismo he tenido esas conversaciones con ella. Es más tozuda que mi padre. Encuentra formas de sobrellevarlo. Si papá dice algo raro, ella suele ignorarlo o le sigue la corriente hasta que él deja el tema, sea lo que sea que esté soltando. —Respiró hondo—. Aunque espero que entren en razón. Sería difícil arrastrar al viejo de vuelta a la civilización, pero haré lo que haga falta.

Eso la hizo pensar en lo que Arthur había dicho antes de irse. —Había algo más —dijo—. Me hizo una pregunta. Supongo que… no era una pregunta rara, pero su expresión hizo que lo pareciera. Él…

Un golpe sordo en la pared la hizo dejar de hablar. Estaba a punto de decirle a Henry que fuera a comprobar qué había causado ese sonido cuando sintió otro y se preocupó por si Arthur se había caído y se había hecho daño de alguna manera. Entonces, el gemido susurrado de un hombre le hizo darse cuenta de lo que realmente estaba pasando. Miró a Henry, conmocionada.

Un crujido de la cama en la otra habitación hizo que Henry abriera mucho los ojos. —Oh, no —murmuró.

Chelsea se encogió en la cama, horrorizada. Ahora podía oír los gemidos susurrados de Martha, y los crujidos eran cada vez más rápidos.

Se tapó la cara con una almohada. —Esto no puede estar pasando ahora mismo.

—Bueno, como has dicho, viven en medio de la nada. No están precisamente acostumbrados a tener invitados.

—¡Por Dios! —dijo Chelsea mirando al techo—. ¡Que pare de una vez!

—¿Debería dar un golpe en la pared? —dijo Henry con una sonrisa—. ¿Decirles que guarden silencio ahí dentro o algo así? —Levantó una mano y Chelsea se la agarró rápidamente.

—No, eso lo empeorará. Sabrán que los hemos oído. —Inspiró hondo.

Henry se rio entre dientes. —A ver, me siento fatal ahora mismo, pero por otro lado me alegro de que mis padres todavía estén, ya sabes, dándole al tema.

Chelsea le dio un golpe en el hombro. —¡Para! —Bajó la voz rápidamente y le pegó de nuevo—. Para ya. —Se puso la almohada sobre la cabeza e intentó taparse los oídos.

—¿Cuánto tiempo crees que les queda de cuerda todavía? —preguntó Henry.

Chelsea soltó un falso sollozo. —Que no sea mucho, por mi salud mental.

Si este fin de semana se volvía más incómodo, se moriría.

CAPÍTULO ONCE

Chelsea se despertó con el sol cegándola a través de las finas cortinas. No estaba segura de qué hora era, pero el gallo ya la había despertado varias veces esa mañana. Henry, de alguna manera, conseguía dormir pese a todos los ruidos de la granja. Supuso que él era lo opuesto a ella: la vida de la ciudad la arrullaba, mientras que la granja lo ayudaba a él. Imaginó que no importaba dónde estuvieran; Henry siempre dormiría mejor que ella.

Cuando abrió los ojos, Henry no estaba a su lado esta vez. Oyó a gente hablando en el pasillo y respiró hondo.

—Solo es un fin de semana —se recordó a sí misma. Tomó nota mental de que hoy era sábado y sintió júbilo al pensar que mañana se marcharían. A la vez que se sentía invadida por la alegría al pensarlo, también sintió vergüenza. ¿No se suponía que uno debía ser capaz de llevarse bien con sus suegros?

No es que no se llevara exactamente bien con ellos, pero se sentía inquieta. Sentía que no encajaba. Henry, por el contrario, parecía feliz de estar de vuelta, pero claro, era normal; eran sus padres.

Chelsea estiró los brazos, bostezo mediante. Cogió el móvil de la mesilla de noche y vio que solo eran las siete y media de la mañana. Al levantarse de la cama, notó la humedad de la camiseta pegada a su espalda. Debía de haber perdido un par de kilos sudando, lo cual no dejaba mucho de Chelsea. Aun así, incluso en su piso de Calgary solía vestir de manga larga, y no soportaba la idea de no hacerlo. Aunque Arthur tenía razón: la casa se caldeaba y mantenía el calor durante toda la noche.

En una estantería cercana, vio unas fotos que asomaban entre los libros. No pudo evitarlo y sacó una. La primera era de Henry con

el brazo pasado por los hombros de una mujer a la que Chelsea no reconoció. Se fijó en un gran anillo de esmeralda que llevaba en el dedo.

Chelsea supo al instante que la mujer misteriosa era probablemente la infame Carrie Sanders. Volvió a meter rápidamente la foto entre los libros, sin querer mirarla. No es que le molestara que Henry hubiera tenido novias antes que ella. Por supuesto que las tuvo. Le preocupaba examinar a Carrie y preguntarse por qué Henry la había elegido a ella en lugar de a su ex.

La siguiente foto era de un bebé con un peto azul junto a una calabaza enorme. El niño era obviamente Henry. Incluso a una edad tan temprana, ya dominaba esa sonrisa de suficiencia.

Esbozó una sonrisa. Si Henry y ella llegaran a tener hijos, serían preciosos. Esa fue la primera pregunta que le hizo Henry cuando empezaron a salir en serio: —¿Quieres tener hijos?

Para él era importante ser padre. Chelsea agradecía que no se anduviera con rodeos sobre lo que quería en una relación. Chelsea, por su parte, a veces deseaba tener un hijo o dos. Le preocupaba no tener madera de madre. Pensó en Martha. Por muy dura que pareciera, sabías que siempre estaba del lado de Henry. No importaba si Henry tenía razón o no, Martha siempre daría la cara por su hijo, como una leona. Chelsea la admiraba por eso.

Uno de los libros de la estantería le llamó la atención: *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*. Lo cogió y hojeó unas cuantas páginas.

—¿Un libro de autoayuda? —pensó para sí. Debajo había un libro sobre terapia cognitivo-conductual. Henry no parecía el tipo de persona que necesitara esta clase de libros para que le ayudaran. Siempre se había mostrado muy seguro de sí mismo y atento. No había considerado que él también debía de tener sus propios demonios contra los que luchar. Chelsea se sintió avergonzada. Durante toda su relación, Henry se había desvivido por ella y sus necesidades, pero Chelsea nunca se había preocupado por él de la misma forma. Él estuvo allí cuando murió su padre. Estuvo allí cuando ella pasó el duelo. La comprendió cuando ella le contó lo de las autolesiones.

—¿Alguna vez he dejado que Henry se apoye en mí? —pensó —. Nunca había sabido cómo su padre le hizo daño a él y a su madre. Nunca supo de las dificultades que él y su familia habían pasado.

Iba a cambiar eso. Este fin de semana, por muy doloroso e incómodo que pudiera resultarle, era la oportunidad para comprender de verdad a su marido.

Chelsea abrió la puerta con sigilo y vio a Henry y a su madre hablando al fondo del pasillo, cerca de la cocina. Aún no la habían visto y estaban absortos en su conversación.

Chelsea estaba a punto de saludarlos cuando Henry dijo en voz alta: —Basta ya. Para. He tenido suficiente con esto.

—Tú no lo sabes, ¿verdad? —dijo Martha con tono brusco—. ¿Puede ella siquiera darte un hijo? ¿Habéis ido al médico? ¿Cómo sabes que puede?

—Eso no importa —dijo Henry—. Es mi mujer.

—Sé lo que significa un hijo para ti, Henry. Lo sé.

Chelsea sintió que se le hundía el corazón. Deseó ser invisible. Deseó no haber hecho nunca aquella caminata épica para estar aquí con Henry. Deseó haberle dicho a Henry que estaba demasiado ocupada preparándose para la escuela de arte como para venir este fin de semana a conocer a sus padres o cualquier otra excusa que se le hubiera ocurrido. Por encima de todo, quería gritarle a su suegra con todas sus fuerzas.

—Buenos días.

Chelsea se giró y vio a Arthur cerrando la puerta de su dormitorio.

Chelsea abrió del todo la puerta del cuarto y la cerró tras de sí. —Buenos días.

Henry la saludó con la mano y Martha logró fingir una sonrisa. Chelsea quería salir disparada pasando entre Henry y Martha y huir por la puerta principal, atravesar el bosque y volver al pueblo en pijama.

En lugar de eso, logró forzar ella misma una sonrisa. —Buenos días, Martha.

—Henry y yo nos vamos a pescar después de desayunar —dijo Arthur—. ¿Quieres venir?

—Me encanta pescar. Mi padre me enseñó de pequeña, pero hace mucho que no voy.

—No hay problema —dijo Arthur—. Henry y yo podemos recordarte cualquier cosa que hayas olvidado.

Martha se aclaró la garganta. —De hecho, necesito algo de ayuda. Martha se acercó a Chelsea. —Deja que los hombres cacen. Nosotras podemos recolectar. Hay trabajo que hacer en el jardín.

Chelsea deseó que se le ocurriera algo ingenioso para evitar quedarse a solas con Martha, pero no le salían las palabras. Quería decirle a su suegra que lo que acababa de oír la había herido más de lo que podía imaginar. Quería cantarle las cuarenta.

En lugar de eso, Chelsea asintió. —Me encantaría.

CAPÍTULO DOCE

Chelsea cogía frambuesas de un arbusto, tomándose su tiempo. Martha iba una hilera por delante de ella, arrancando los frutos con rapidez y depositándolos en una cesta de mimbre. Cuanto más rápido fuera Chelsea, más cerca estaría de su suegra. Después de lo que Martha le había dicho a Henry esa mañana, Chelsea sentía que su ira alcanzaba un nivel que nunca antes había experimentado con nadie.

Al pensar en Martha, se dio cuenta de que estaba apretando demasiado una frambuesa, aplastándola contra la palma de la mano. La desechó discretamente para que Martha no la viera. Observó de reojo a su suegra mientras recolectaba. Se suponía que recoger frambuesas debía de ser divertido, pero a pesar de su precioso vestido veraniego, el delantal oscuro por encima y el sombrero de ala ancha, incluso ahora se la veía de mal humor. Tenía las pobladas cejas fruncidas mientras cogía los frutos y el labio inferior tenso.

Tenía lo que se dice cara de pocos amigos, y Martha la lucía con orgullo. Chelsea nunca usaría ese tipo de expresiones para describir a alguien, pero si algún día lo hiciera, este sería el momento perfecto.

Chelsea clavó la mirada en una zona de matorrales alejada del jardín. Hacía casi una hora que Henry y Arthur se habían marchado juntos en esa dirección, con las cañas de pescar en la mano. Ojalá hubiera podido irse con ellos. En lugar de eso —volvió a mirar a Martha y luego de nuevo al arbusto de frambuesas—, estaba aquí.

Genial.

Alargó la mano hacia otra baya y se enganchó la manga en una rama. Sintió cómo el extremo del palo se le clavaba en el antebrazo. Intentó forcejear para soltar la manga del arbusto y

terminó dejando al descubierto su muñeca. Con el sol cayendo de pleno sobre ella, se reveló una gran cicatriz. Presa del pánico, logró desenredarse del arbusto y se bajó la manga por el brazo para cubrirla.

Martha la estaba observando. Chelsea suspiró para sus adentros, en silencio. Arrancó otro fruto y oyó movimiento. Su suegra caminaba hacia ella.

Chelsea bajó la vista hacia el arbusto y cogió otra frambuesa. Oía que Martha seguía acercándose, pero no quería mirar. «Mantén la calma», pensó. «Es solo un fin de semana». Chelsea esbozó una sonrisa y levantó la vista hacia Martha.

Su sonrisa se desvaneció rápidamente.

Martha metió la mano en un bolsillo de su delantal y sacó una navaja suiza. Abrió la hoja y continuó caminando lentamente hacia ella.

Chelsea entró en pánico por un momento. Se protegió los ojos del sol y miró a su suegra, que se acercaba con el cuchillo. Por un instante, creyó verla sonreír de forma burlona.

—¿Martha? —logró decir Chelsea. Sentía que el corazón le latía cada vez más rápido. Soltó la cesta de mimbre, derramando las frambuesas en la tierra.

Martha se agachó a unos pocos pies delante de ella, clavando la navaja en la tierra, en la base de una planta verde. Removió la tierra con el cuchillo, hundiéndolo más, y arrancó una raíz grande de un tirón.

Martha sostuvo la planta en el aire. —Malas hierbas. No las soporto en mi jardín. No pertenecen a este lugar. —Se limpió la navaja en el delantal, la plegó y se la volvió a guardar en el bolsillo. Bajó la vista hacia los frutos derramados—. ¿Le va cogiendo el truco? —le preguntó a Chelsea.

—Sí, claro —dijo Chelsea. Se arrodilló y recogió la cesta, cogiendo rápidamente las frambuesas del suelo—. Henry me llevó a recoger bayas una vez, en una granja local. —Por alguna razón, recordaba que aquello había sido más divertido que lo de hoy. Se guardó ese comentario para sí misma.

—Aunque tiene que elegir las adecuadas —dijo Martha. Alargó la mano y agarró la cesta de Chelsea. Ante la fuerza con la que Martha tiró de ella, Chelsea soltó el asa y dejó que su suegra la inspeccionara. Martha sacudió la cabeza—. Algunas de estas están un poco verdes. La ensalada no sabe bien si coge los frutos que no tocan. No se preocupe, yo le enseñaré cómo se hace. —Martha miró el arbusto del que Chelsea estaba cogiendo las frambuesas. Entornó los ojos, metió la mano y cogió unas cuantas. Martha abrió la mano y se las mostró a Chelsea—. Estas son perfectas. Tienen un color rojo precioso.

Chelsea sintió otra vez el acelerón en su corazón. ¿Por qué recoger frambuesas se había vuelto algo tan aterrador de repente? ¿Qué le diría Martha si volvía a coger una equivocada? ¿Cuánto más podía estresarse una simple recolección?

Chelsea miró con atención y escogió una de un arbusto que tenía delante. Abrió la palma de la mano para que Martha la analizara. Martha asintió.

—Eso está mejor, pero puede elegir más de una a la vez. —Martha se rio. Chelsea sonrió y rio también.

Las dos empezaron a recoger bayas una al lado de la otra. Chelsea esperaba que Martha hiciera otro comentario, algo desagradable hacia ella, pero no lo hizo. Recogieron la fruta en paz. De vez en cuando, Chelsea miraba a su alrededor, a las montañas que las rodeaban, y respiraba el aire puro.

—Y bien —dijo Chelsea, rompiendo el silencio—, ¿cuánto tiempo llevan Arthur y usted juntos?

—He perdido la cuenta ya.

—Vaya —dijo Chelsea, aunque Henry ya le había dado la respuesta a esa pregunta antes de venir—. Es mucho tiempo. Tendrá que darme algún consejo. —Pensó en que había oído a Martha y a Arthur anoche en un momento de intimidad. Chelsea apenas podía quitarle las manos de encima a Henry, pero suponía que en algún momento eso cambiaría. ¿No es así como funciona el matrimonio? Estaba genuinamente interesada en cómo Martha y Arthur mantenían el interés romántico el uno por el otro después de todos

estos años. Quizá, después de todo, podría aprender algunas cosas de su suegra, aparte de elegir la frambuesa correcta.

Martha sonrió. —Solo tiene que recordar por qué le quiere en un principio. Eso... no siempre es fácil de hacer. —Martha arrancó unas cuantas bayas más y las echó en la cesta de Chelsea—. ¿Cómo lo llevará sin Henry cuando se vaya a la escuela de arte?

Chelsea respiró hondo. —Va a ser difícil. Lo voy a echar de menos, muchísimo. Iré a verle en vacaciones o, tal vez, si el trabajo afloja para él, vendrá a verme una semana o dos.

—¿Pero de verdad merece la pena? —preguntó.

Chelsea bajó la cabeza. —Para mí, sí. Siempre he querido pintar de forma profesional.

—¿Por qué necesita ir a una escuela para eso? Yo podría coger un pincel y empezar ahora mismo. ¿Por qué dejar a su marido para irse a otra provincia por algo que puede hacer en cualquier sitio?

Chelsea sintió que la sangre le hervía. —Preferiría no hablar de ello. A Henry le parece bien que vaya. —A Henry le costó un tiempo darse cuenta de cuánto amaba ella la pintura. La primera vez que visitó la casa de su padre y llevó a Henry a su dormitorio de la infancia, él se quedó impresionado al ver que no quedaba ni un hueco libre en las paredes. Todo estaba cubierto con diferentes cuadros que ella había pintado.

Era su forma de expresarse libremente. Podía hacer o decir lo que quisiera cuando ponía un pincel sobre el lienzo. Chelsea nunca se preocupaba por quién era cuando pintaba. Podía deslizar el pincel por la tela de la manera que eligiera. Nada la detenía cuando tenía un pincel en la mano. Ni las cicatrices de su brazo, ni la enfermedad de su padre, nada. Estaba llena de emociones cuando pintaba, pero todas ellas eran hermosas. Ninguna la frenaba. El único momento en que se sentía una persona fuerte era cuando pintaba.

—No intentaba ser grosera —dijo Martha—. Henry me contó lo mucho que le gusta a usted pintar. Supongo que me cuesta imaginarme estar lejos de mi marido durante tanto tiempo. No alcanzo a imaginar cómo sería eso.

Chelsea cogió otra baya. Se las arregló para mantener una sonrisa en el rostro.

—Aunque Henry no me habló de su madre —dijo Martha, arrancando una frambuesa del arbusto—. Que falleció cuando usted era tan pequeña. Debió de ser duro. —Chelsea mantuvo su concentración en la recolección—. Para mí fue duro. —Martha arrancó otra baya del arbusto y se la comió—. Mi padre murió cuando yo era adolescente. A día de hoy, me afecta de formas que no puedo explicar.

Chelsea miró a Martha en ese momento y pudo ver lo que parecía una lágrima formándose en el ojo de su suegra. Al principio pensó que se lo estaba imaginando, pero Martha se la secó rápidamente.

—Es curioso cómo pensar en él todavía puede afectarme después de todos estos años —dijo Martha—. Henry no se lo ha contado, ¿verdad?

Chelsea negó con la cabeza. —No, no lo ha hecho. En realidad, no le ha contado casi nada de su familia, pensó—. ¿Qué ocurrió?

Martha comió unas cuantas bayas más, bajando la cabeza. —Todavía me resulta difícil hablar de ello. No estoy segura de si puedo hacerlo ahora mismo.

Chelsea alargó el brazo y le puso la mano en el hombro. —Por supuesto, no pasa nada. Entendía perfectamente ese sentimiento, pues lo había sentido toda su vida.

—Odio admitirlo, pero estaba bastante perdida después de que él muriera —continuó Martha—. Luego Henry llegó a mi vida. —Miró a Chelsea con una amplia sonrisa—. Las cosas mejoraron después de aquello. Tuve un propósito. Nunca supe lo que era el amor.

—Henry estuvo ahí para mí cuando mi padre estaba muriendo y finalmente se marchó. Tiene ese don maravilloso de ser capaz de hacerte sentir mejor después de que ocurran cosas terribles.

Martha se rio. —Bien dicho. Muy bien dicho. Lo tiene, desde luego. Quizá ahora pueda entender por qué quiero lo mejor para él. —Chelsea le devolvió la sonrisa—. Por eso me preocupa si la persona adecuada para él es usted.

Chelsea frunció el ceño, preguntándose si había oído bien. Miró a Martha, que le devolvió una mirada severa. Chelsea se mordió el labio e intentó mantener la sonrisa, pero su cuerpo se resistía.

—Bueno, llegas un poco tarde para eso, Martha —dijo Chelsea —. Ya estamos casados.

Martha frunció el ceño. —¿Qué has dicho?

Chelsea sentía las emociones bullendo en su interior. Era casi como si estuviera pintando en este preciso instante. Notaba que la ira interna estaba a punto de estallar. Era como si hubiera mojado el pincel en pintura roja y estuviera a punto de desmadrarse sobre el lienzo.

—¡Eh! —gritó Henry. Entró en el jardín, saludando con la mano. Chelsea vio a Arthur cojeando detrás de él—. Mamá, ¿puedes venir un momento?

Martha miró a Chelsea un instante. —¡Claro que sí, cariño! — Se levantó y caminó hacia ellos, cogiendo la cesta de mimbre con las bayas.

—Solo quiero hablar con mis padres un segundo —le dijo Henry a Chelsea en voz alta.

Tómate tu tiempo, pensó Chelsea para sí. Arrancó una baya y se la metió en la boca. Había cogido una equivocada. Estaba verde, demasiado ácida, pero no le importó.

CAPÍTULO TRECE

Henry vuelve a salvar la situación, pensó Chelsea para sí. Observó a su marido mientras este reunía a su madre y a su padre en lo que parecía un corro de jugadores de rugby. Se preguntó de qué estarían hablando pero, tras la conversación que había tenido con Martha, no podría importarle menos.

Sintió una vibración en el bolsillo de sus vaqueros. Sacó el teléfono y sonrió al ver que Neil la estaba llamando.

—Hola —dijo ella, respondiendo a la llamada.

—Hola a ti también —dijo Neil con una carcajada—. No me has estado respondiendo a los mensajes. Me estaba empezando a preocupar.

—No hay nada de qué preocuparse —dijo Chelsea—. Salvo por mi cordura.

—¿Tan mal está la cosa?

—Peor. No me puedo creer que solo haya pasado día y medio.

—Digo yo, que esto venga de ti precisamente tiene su aquel —dijo Neil con una risita—. La habitación podría estar literalmente en llamas y tú te quedarías ahí en medio diciendo: «No pasa nada». Así que debe de ser un infierno.

—Es solo por el fin de semana —dijo Chelsea, como si fuera Henry quien se lo estuviera diciendo a ella.

—Claro —dijo Neil—. Más una eternidad. Nadie te avisa cuando te casas de que también te vas a casar con la familia.

—Bueno, nunca había conocido a la familia hasta ahora. No creo que pueda devolverlos. —Chelsea empezó a caminar por el jardín, distanciándose más de Henry y de su familia.

—¿Dónde estás? Pensaba que esa gente vivía en mitad de ninguna parte.

—Y así es. Tuvimos que caminar cuatro horas para llegar aquí. De algún modo, pillo algunas rayas de cobertura en ciertas zonas.

—Repite eso —dijo Neil—. Se está cortando.

—He dicho que…

—No te oigo.

Frustrada, Chelsea alzó la voz. —¿Me oyes? —Neil echó a reír. Chelsea también se rio—. Deja de tomarme el pelo. —Echó un vistazo por encima del hombro y vio que Martha la miraba fijamente —. Por favor, deja de tomarme el pelo —repitió.

—Vale, vale —dijo Neil—. Pero en serio, pareces bastante harta. No puedo imaginarme que los padres de Henry sean tan malos.

Chelsea pensó rápidamente en algunos de los momentos estelares del fin de semana. «Es mucho peor», pensó para sus adentros. —Bueno, el padre no es tan malo, pero su madre… es de otro planeta.

—¿Puedes repetir eso? —dijo Neil.

—Uf. Puedes parar, Neil. No estoy de humor para esto.

—No, esta vez sí que te has corta… —la voz de Neil sonó entrecortada esta vez.

Chelsea se adentró más en el jardín, alejándose todavía más de sus suegros. —¿Me oyes ahora?

—Mucho mejor —dijo Neil.

—Nos vamos mañana, espero que lo antes posible. Te veré pronto. Te lo contaré todo.

—Tú trae una botella de vino —dijo Neil—. Yo traeré un pack de cervezas.

—¿Querías que quedáramos el martes?

—Me viene bien. Tenemos que reservar el vuelo. Le he enviado un correo al casero del apartamento que estuvimos mirando y quiere hacer una videollamada por Zoom con nosotros cuando podamos, para conocernos.

Chelsea miró hacia el jardín a Henry, que seguía hablando con sus padres. —Quizá deberíamos hacer esto en tu casa.

Neil soltó un suspiro audible. —No se lo has dicho, ¿verdad? —Chelsea no respondió—. Vamos, Chelz. ¿De verdad crees que le va a

importar tanto? Eres una mujer casada.

—Le dije que estaba buscando un compañero de piso —dijo ella en un susurro—. A ver, le sigue horrorizando la idea de que me vaya y no le hace mucha gracia que tú vengas conmigo. Quiero decírselo cuando volvamos. Este viaje ya está siendo bastante malo de por sí.

—Él ya me conoce —dijo Neil—. ¿Qué se cree que voy a hacer si vivimos juntos? Tenemos que ahorrar dinero de alguna manera.

Chelsea recordó la primera noche que Henry había conocido a Neil. Los tres fueron a una cervecería por recomendación de Neil. Neil se comportó como siempre: divertido, ingenioso. Neil y Chelsea habían acumulado muchos chistes internos a lo largo de sus años de amistad, y esa noche pareció que él los puso todos en exhibición ante Henry. Chelsea tuvo que pasarse el rato explicando de qué estaban hablando porque era casi como hablar en clave. Chelsea no creía que Neil estuviera siendo maleducado. Él era así. Le gustaba recordar viejos tiempos.

Henry dijo que le había caído bien aquella noche. Sin embargo, no le gustó la idea de que Neil hubiera estado prometido anteriormente. Pensaba que eso demostraba inmadurez, que no fuera capaz de cumplir su promesa de matrimonio.

Chelsea caminó más hacia el interior del jardín. —No sé qué está pensando Henry —le dijo Chelsea a Neil—. Pero no quiero disgustarlo más con mi marcha. Se lo diré pronto.

—Deberíamos irnos esta semana. Tenemos que hacerlo. Aún quedan muchas cosas por resolver.

—Yo...

—Chelz, se te está cortando otra vez.

Chelsea se desplazó por el campo hasta que Neil confirmó que podía oírla. —Se lo diré —repitió Chelsea.

Chelsea sintió un brazo rodeándole el hombro y apoyándose en su costado. Dio un respingo hasta que se dio cuenta de que era Henry.

—¿Qué es eso? —dijo Henry.

Chelsea recuperó la compostura. —Hola —dijo ella.

—¿Es Neil al teléfono? —dijo Henry. Bajó la cabeza cerca del móvil—. ¡Eh, Neil! —gritó—. Me sorprende que puedas hablar con él hasta por aquí.

—Deja que me despida —dijo Chelsea. Se llevó el móvil a la oreja—. Oye —le dijo a Neil.

—Joder, ¿te ha oído? —susurró Neil—. Dile lo mucho que odias estar ahí. Dile que odias a tu suegra. Dile que vas a volver andando hasta el pueblo. —Neil se rio.

Chelsea sacudió la cabeza, pero mantuvo la sonrisa para Henry. —Nos vemos el martes. —Colgó y se guardó el teléfono en el bolsillo.

—¿El martes? —repitió Henry.

—Solo estamos preparando los planes para Toronto. Resolviendo algunas cosas.

—Entiendo —dijo Henry con una mueca.

—¿Qué pasa? —preguntó Chelsea.

—Nada —dijo Henry—. A ver, sé que es un buen tipo...

—¿Pero?

—Ese tío está totalmente colado por ti.

—Henry, por favor, no empieces otra vez. Somos amigos y ya está. Siempre hemos sido amigos, desde... siempre.

—La forma en que te habla es la que usaría yo para hablarte, para llamar tu atención.

—Henry, no tienes nada de qué preocuparte con Neil. Lo sabes. Confías en mí, ¿verdad?

Henry asintió. —Eso no significa que confíe en él. Déjame que te pregunte una cosa. Si le dijeras que quieres algo con él, ¿qué diría? ¿Qué haría si tú estuvieras interesada en él, ahora mismo? ¿Dudaría un solo minuto antes de pensárselo?

Chelsea puso cara de asco. —¿Podemos no imaginar siquiera ese escenario? Yo nunca haría eso.

—Vale. ¿Y si él se te insinuara, con más fuerza de como ya lo hace? ¿Y si te dijera claramente que quiere estar contigo, qué le dirías?

—Que no —dijo Chelsea con firmeza.

—¿Y qué pasaría después?

Chelsea se encogió de hombros. —Supongo que depende. Si no parara, ese sería el fin de nuestra amistad.

Henry sonrió. —Bien. Solo quería oír eso. Ahora me siento mejor. Dejaré el papel de marido celoso.

—Vaya papelón tienes ahí. Sabes que te quiero más que a nada.

Henry la agarró por las caderas y la acercó a él. —Lo sé —la besó suavemente en los labios—. Pero puede que no me quieras por mucho más tiempo.

—¿Qué ocurre?

Henry respiró hondo y levantó las manos como si fuera un preso fugado al que acaba de atrapar la policía. —Vale, resulta que las cosas se están desmadrando en ese gran proyecto del trabajo. He recibido un mensaje de James sobre el proyecto de Highland. El comprador tiene problemas con el presupuesto que les di. Dicen que las cuentas no cuadran. Es un asunto bastante importante.

—¿No puede arreglarlo James?

—No —dijo Henry con firmeza—. El presupuesto lo hice yo. James no sabe cómo he llegado a esas cifras. No quiero que meta la pata y les dé una cantidad que les haga romperse la cabeza aún más. Tengo que volver, corregir mis números y enviárselos de inmediato. Solo me llevará unas pocas horas una vez que esté allí.

—¿Entonces tenemos que irnos? —dijo Chelsea.

—Volveré a la camioneta a pie. Con un poco de suerte, podré estar de vuelta antes de que oscurezca demasiado. En el peor de los casos, regresaré mañana por la mañana.

Chelsea frunció el ceño. —¿Quieres decir que quieres que me quede mientras tú te vas? No, Henry...

—Escucha —dijo Henry en un susurro—. Sé que este fin de semana no ha ido tan bien como esperábamos, pero ¿qué imagen daríamos si nos fuéramos los dos? Este es el último fin de semana bueno antes de que te vayas. Les prometí quedarme todo el fin de semana. Quedaría fatal si nos marcháramos los dos.

—Henry —dijo Chelsea con severidad—. Os he oído a ti y a tu madre esta mañana. «¿Es que acaso puede tener hijos?», repitió Chelsea con voz severa, imitando a Martha. He oído eso. No puedo...

—Siento que oyeras eso —interrumpió Henry—. Mi madre puede ser muy intensa, lo sé. Ella solo quiere...

—Lo mejor para ti —terminó Chelsea—. Lo sé, me lo acaba de decir.

Henry sonrió. —¿Así que ha hablado contigo? Le dije que intentara arreglar las cosas contigo.

Chelsea sacudió la cabeza. —No cree que yo sea buena para ti.

Henry bajó la cabeza. —Hago lo que puedo, Sea, de verdad. Quiero que tú y mis padres os llevéis bien. Me preocupa mi padre. Quería vigilarlo un poco más para ver qué otros problemas tiene. Pensé que podrías ayudarme a dar con la forma de ayudarlo. Ahora tengo que solucionar este problema del negocio. Alguien tiene que pagar tu aventura en Toronto. —La voz de Henry era más severa de lo habitual.

A Chelsea se le empezaron a aguar los ojos. Henry se dio cuenta de inmediato y se disculpó.

—Eso no es justo —dijo Chelsea—. ¿Puedes no hacerme esto?

Henry levantó las manos. —Lo siento, Sea. No pretendía que sonara de esa manera. Es solo que todavía me cuesta asimilar que te vayas. Sé que podré ir a verte. —Henry bajó la cabeza—. El estrés de este fin de semana ha sido demasiado.

En eso podían estar de acuerdo. —¿Me prometes que volverás esta noche? —preguntó ella.

Henry sonrió de medio lado. —Haré todo lo que pueda por volver hoy mismo.

Chelsea asintió. —Está bien, me quedaré. Cuidaré de tu padre.

—Te debo una muy grande, Sea.

Chelsea le golpeó el pecho con el puño en broma. —Ya lo creo. —Se besaron de nuevo. Chelsea se acordó de Neil. Se preguntó cómo se tomaría Henry la noticia cuando se la contara.

CAPÍTULO CATORCE

Henry llenó su mochila de aperitivos y agua para la caminata. Antes de marcharse, abrazó a Chelsea una última vez y le dio las gracias de nuevo por quedarse. Luego se acercó a sus padres y les dio un abrazo a cada uno. Susurró algo al oído de su madre. Martha se dio cuenta de que Chelsea los observaba, pero la joven giró la cabeza rápidamente.

—¡Debería estar de vuelta esta noche! —gritó Henry, despidiéndose con la mano de Chelsea y su familia.

—¿Seguro que no quieres llevarte un arma o un cuchillo? —dijo Martha—. El lobo...

—Estaré bien, mamá —dijo Henry. Se despidió con la mano una última vez de Chelsea antes de adentrarse en la maleza. Chelsea le lanzó un beso, pero él no se dio cuenta. Ya se estaba internando tanto en el bosque que ella ni siquiera podía distinguir su figura. Era casi como si la espesura hubiera engullido a Henry.

Chelsea miró a Arthur y a Martha un momento, y luego bajó la vista al suelo. *¿Y ahora qué?*, pensó para sus adentros.

—Bueno, probablemente deberíamos terminar con el jardín —dijo Martha. Chelsea forzó una sonrisa, pero por dentro se sentía dividida. Lo que menos quería era retomar la última conversación que habían tenido.

—Me vendría bien una mano extra con la pesca —dijo Arthur —. No hemos pescado nada. Henry ha estado ocupado con su urgencia del negocio, así que no tenemos mucho para comer. Me vendría bien otra caña en el agua.

Martha frunció el ceño, pero antes de que pudiera oponerse, Chelsea intervino:

—Eso suena genial.

—Podemos ir al granero a por las cañas —dijo Arthur, señalándolo—. Me he dejado el cubo del cebo en la orilla del río.

Martha se retiró discretamente y volvió al interior de la cabaña. Chelsea notó que los miraba a ella y a Arthur antes de cerrar la puerta principal tras de sí.

—Bueno, vamos —dijo Arthur. Echó a andar cojeando por el camino de tierra hacia el granero y Chelsea lo siguió, adaptándose a su ritmo.

—¿Se te da bien la pesca? —preguntó Arthur—. ¿Dijiste que habías estado en las Guías, verdad?

—Mi padre me llevaba mucho cuando era más joven —respondió ella. Tenía muy buenos recuerdos de cuando ella y su padre iban al río Bow en Calgary. El río ofrecía una de las mejores pescas con mosca del mundo, pero ella nunca aprendió a pescar de esa manera—. Lo nuestro era casi siempre captura y suelta.

—En la mayoría de los ríos de Calgary no te permiten comer lo que pescas de todos modos —dijo Arthur—. Nosotros... quiero decir, yo solía ir todo el tiempo al río Bow a pescar cuando era más joven.

—Allí es donde iba mi padre —dijo Chelsea.

—¿Te imaginas que pescáramos en el mismo río al mismo tiempo, pero sin saberlo? El mundo tiene estas cosas. —Arthur miró hacia la casa y luego a Chelsea. Cuando estuvieron lo bastante cerca, alargó la mano hacia la puerta del granero.

—Sería algo increíble —asintió Chelsea—. ¿Y cómo os conocisteis Martha y tú?

Arthur pareció no oírla mientras abría la puerta con un fuerte chirrido. Entró y se dio un palmetazo juguetón en la cabeza. —¡Ah! Me he olvidado de pedirle a Henry que me ayudara con las trampas. Maldita sea.

—Volverá pronto.

Arthur sonrió. —Bueno, ¿qué te parece ganar otra insignia para tu uniforme de guía? Poner trampas no es muy difícil. No prepararemos las grandes para el lobo. Esperaré a que Henry vuelva para eso. Pero te enseñaré cómo poner las más pequeñas.

—Claro —dijo Chelsea—. Aunque no hay ninguna insignia de trampera en las Guías.

—Les llevarás ventaja a las demás —dijo Arthur, riendo para sus adentros. Alargó la mano y cogió una trampa pequeña que colgaba de la pared—. Tienes los muelles en el lateral —le mostró Arthur, rozando el metal con la mano—, y las mandíbulas, o dientes, que son lo que se cierra sobre el animal una vez que entra en la trampa. Para las más grandes, se abre el muelle usando esto —Arthur cogió una barra de metal grande—. Pero para las pequeñas como esta, puedes usar tus propias manos, con cuidado. —Arthur continuó dándole una lección sobre la vida autosuficiente y Chelsea disfrutó aprendiendo de él.

Arthur cogió otra trampa pequeña de la pared. —Adelante, inténtalo tú. —Chelsea siguió los pasos que Arthur le había enseñado y preparó la trampa rápidamente—. Bueno, ahí lo tienes —dijo Arthur—. Todavía haremos de ti una mujer de campo. —Arthur señaló las trampas más grandes—. Es el mismo principio con cualquier trampa.

Le enseñó a Chelsea cómo desmontar las trampas. —De camino al río también podemos colocar unas cuantas y quizá tengamos suerte y cacemos un conejo.

—¿Con qué frecuencia atrapáis algún animal? —preguntó Chelsea.

—De vez en cuando. El truco con las trampas es que tienes que darles algo que quieran. Prueba final para tu insignia: ¿cuál es el secreto para atrapar a cualquier animal?

Chelsea se rio: —Atraparlos dándoles algo que quieran.

Arthur aplaudió y sonrió, estirando las arrugas de su rostro. —Excelente. —Bajó la cabeza.

—¿Se encuentra bien? —preguntó ella.

—No es nada. Solo que me recuerdas a alguien. —Cuando levantó la cabeza, sus ojos parecían algo enrojecidos. Sacó un pañuelo del bolsillo trasero y se sonó la nariz—. Sabes, siempre quise tener una hija.

Chelsea volvió a sonreír. —Bueno, supongo que ahora ya tiene una.

Arthur asintió. —Supongo que sí. —Caminó hacia el otro lado del granero y cogió dos cañas de pescar que había sobre el

mostrador—. Deberíamos aprovechar lo que queda de luz para pescar algo.

CAPÍTULO QUINCE

Martha

—Llevan fuera bastante tiempo —pensó Martha. Miró hacia el jardín desde el interior de la cabaña—. No mantendrá la compostura. No es capaz de hacer lo que es necesario.

Él no veía lo que había que hacer. Era culpa suya por haber dejado a Chelsea con él tanto tiempo. Arthur no estaba hecho para esto.

Chelsea tampoco estaba hecha para esto, pero ella lo descubriría por las malas.

Martha suspiró. Puede que hubiera que tomar medidas. No era esto lo que se suponía que debía pasar. Lo único que quería en este mundo era que Henry se quedara. Cuando volviera, se aseguraría de que lo hiciera. Se lo explicaría todo bien.

Chelsea no estaba hecha para este estilo de vida. Henry sí.

Todo lo que Martha tenía que hacer era explicárselo a Henry, y él lo entendería. No se marcharía. Esta vez no se lo permitiría. Tenía que comprenderlo.

Eran una familia feliz. Nadie más necesitaba unirse a ellos, ya no.

«Arthur lo ha estropeado», pensó Martha. ¿Cuántas veces le había explicado lo que hacía falta? ¿Lo que se requería de él?

Iba a cargárselo todo, Martha lo sabía. ¿Y entonces qué? Todo tendría que cambiar. Henry intentaría marcharse.

Eso no podía suceder.

«Más vale que no lo haya fastidiado», pensó. Martha nunca fue de las que se quedan sentadas esperando a que ocurra algo

terrible. No era del tipo de persona que espera pasivamente a que todo se desmorone.

Hacía falta acción.

Martha siempre había sido de las que hacen lo necesario. Cuando era una niña y sus padres le daban palizas brutales al volver del colegio, buscando cualquier excusa para justificarlas, trazó un plan. No iba a permitir que tuvieran poder sobre ella para siempre.

Ahorró cada céntimo que ganaba con el reparto de periódicos que tuvo durante casi seis meses. Escondió latas de conserva de la despensa. Guardó todo su dinero y la comida en una bolsa debajo de un cobertizo en el patio trasero. Calculó el precio de un billete de autobús, y las horas a las que salían y hacia dónde.

Planeó cada paso necesario para alejarse de ellos y luego puso su plan en marcha. Un día de verano, cuando su padre estuviera trabajando en el molino y su madre en un evento de la iglesia, escaparía.

Para lo que no se preparó fue para que su padre volviera a casa borracho, mucho antes de la hora de salir. Cuando la vio con una bolsa y un sobre lleno de dinero en el bolsillo, intentó detenerla.

Ella no planeaba hacerle daño. Solo quería marcharse. En un momento él la estaba persiguiendo, y al siguiente tropezó y se cayó debido a su embriaguez. Fue como si algo se apoderara de ella aquel día. No recordaba haber sacado una lata de su bolsa, haberse sentado encima de su padre ni haberle machacado la cara con el frío metal hasta que él dejó de moverse.

Martha estaba segura de que él había sobrevivido; al menos, eso es lo que su mente le decía a día de hoy. No se quedó para averiguar qué fue de él. Ejecutó el resto de su plan tras asearse y ponerse ropa nueva.

Se alejó mucho de sus padres, a un lugar donde nunca volvieron a hacerle daño. No necesitó a nadie para sobrevivir. Todo lo que necesitaba era a sí misma. Su ingenio. Su planificación.

Martha tenía un plan ahora. Estaba claro que Arthur no lo sabía. Cuando llegara el momento de ejecutar su plan, lo haría. Hasta entonces, se tomaría su tiempo. Haría lo que se requiriera para que su plan tuviera éxito.

Martha frunció el ceño. Nunca se había considerado un monstruo. ¿Era en eso en lo que se estaba convirtiendo?

No. Era una superviviente y haría lo que fuera necesario para vivir, sin importar el precio.

Henry la perdonaría y lo entendería algún día.

Sin embargo, toda su planificación sería inútil si Arthur lo estropeaba.

Martha corrió rápidamente a su dormitorio, cogió la llave de su cómoda y se dirigió al cobertizo que había junto al establo. Abrió el candado y el cerrojo con una llave de su llavero. Una vez dentro, encendió una luz y se volvió hacia un gran estante.

—¿Dónde está? —pensó. Buscó la caja metálica que había comprado cuando era más joven en la Calgary Stampede de 1991, un rodeo de fama mundial.

¿Había estado él dentro del cobertizo? ¿Había movido la caja? ¿Por qué?

—¿Cuándo ha estado dentro del cobertizo? —pensó Martha.

Martha respiró hondo. Arthur había movido la caja. Tenía que haber sido él. Martha se estaba volviendo descuidada con su llave. Arthur lo sabía. A partir de ahora la llevaría colgada del cuello.

Si Chelsea encontraba la caja, todo cambiaría.

Pero algo peor aún: si Arthur tenía la pistola que ella guardaba dentro de la caja, nadie estaba a salvo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Para su sorpresa, Chelsea fue la primera en pescar algo. Arthur la ayudó a recoger el sedal, casi por la desesperación de quedarse sin cena, pero se divirtió con ello. Había pescado una trucha de tamaño mediano. Chelsea se echó a reír, pensando en cómo había pescado un pez que normalmente compraría en el supermercado. Fue emocionante.

Arthur era un buen maestro. Se tomó su tiempo para explicarle cómo recoger el sedal una vez que el pez picaba el anzuelo. Arthur fue el primero en sentir una picada, pero el pez luchó con fuerza, casi derribándolo.

Después de que Chelsea atrapara el pez con la sacadera, Arthur la ayudó a sacarlo del anzuelo y a meterlo en un cubo lleno de agua. —Será una cena estupenda para los tres. Lo has hecho muy bien, Sea —dijo Arthur.

La sonrisa de Chelsea se desvaneció un momento. —¿Sea?

—Me pareció oír a Henry llamándote así. Me ha gustado el apodo. —Arthur cogió su caña y volvió a lanzar el sedal al río. Empezó a recogerlo lentamente, dando tirones a la caña de vez en cuando—. ¿Es un apodo que solo Henry tiene para ti?

—En realidad no —dijo Chelsea—. Puedes llamarme Sea. —Lanzó su sedal al río cerca del de él.

—¿Y bien, te gusta esto?

Chelsea recogió su sedal y volvió a lanzarlo. —No está mal. Desde luego, es divertido pescar tu propia cena así.

Arthur asintió. —Me alegro.

Se sentaron en silencio, lanzando sus sedales al río. Arthur recogió el suyo. Cuando no había nada que decir, se quedaba en sus pensamientos. No era un silencio incómodo. Chelsea podía disfrutar

de su presencia, aunque no estuvieran hablando. Se deleitó con el paisaje: la hermosa hilera de árboles que se alzaba al final del río azul, los destellos de luz solar sobre las ondas que provocaba la brisa. Podía entender el atractivo de vivir aquí fuera.

Chelsea miró a Arthur mientras lanzaba otro sedal. Cuando no sonreía, su rostro arrugado parecía casi triste.

Arthur recogió su sedal y, de repente, tiró la caña al suelo. Chelsea fingió no darse cuenta.

—¿Me has oído? —dijo él en un susurro.

—¿El qué? —preguntó Chelsea.

Arthur miró a su alrededor, aparentemente confundido sobre dónde estaba. —Nada. Nada. —Se dio unas palmaditas en el bolsillo derecho de la chaqueta y metió la mano dentro. Miró a Chelsea con severidad. Su actitud jovial se había esfumado y parecía casi amenazador—. Esto no es lo que yo quería. —Sacó la mano del bolsillo con una pipa gris firmemente sujeta. Volvió a meter la mano en el bolsillo para sacar una bolsa de tabaco de picadura. Introdujo un poco en la pipa y sacó un encendedor.

—¿Qué tal se os ha dado?

Chelsea se giró y vio a Martha salir del bosque. —He pescado uno. —Señaló el cubo—. Con la ayuda de Arthur, por supuesto.

Arthur dio una calada a su pipa, esbozando una sonrisa. —Ha sido todo mérito suyo, Martha. Deberías haberla visto.

—Bueno, la cena será mejor ahora que tenemos proteínas —dijo Martha, radiante. Se acercó a Arthur, extendiendo los brazos y rodeándole la cintura. Mientras lo hacía, le dio unas palmaditas en los costados—. Buen trabajo enseñándole, querido.

—Enseñar es fácil con una buena alumna.

Chelsea sonrió. —Gracias, Arthur.

Martha miró hacia el río. —¿Se acerca la hora de cenar? ¿Qué os parece si recogemos y empiezo a preparar un guiso? —Y antes de que nadie pudiera asentir, continuó—: Chelsea, ¿por qué no llevas tú las cañas de vuelta al granero? Yo ayudaré a Arthur aquí. Anda, ve.

Chelsea aprovechó la señal para marcharse. Recogió las cañas y se dirigió por el sendero hacia la cabaña. Empezaba a orientarse

por la zona. Mientras se alejaba, sentía la mirada de Arthur clavada en su nuca.

«Este hombre no está bien», se recordó a sí misma. Al igual que su abuela, podía estar lúcido y presente y, de repente, sentirse confundido. Se lo contaría a Henry cuando regresara. Se detuvo en el camino para mirar su teléfono móvil. Ya habían pasado más de seis horas desde que él se marchó, pero no le había enviado ningún mensaje ni la había llamado para decirle que estaba bien.

Suspiró. «¿Por qué los hombres no pueden entender que queremos un mensaje para saber que están a salvo?», pensó Chelsea. ¿En algún momento durante la caminata de regreso a la camioneta o en las varias horas de viaje a la ciudad no había podido escribirle? ¿Un «algo»? ¿Un «lo que fuera»? ¿No podía haberle dejado un mensaje en algún punto del camino para avisarle de que estaba bien?

Un crujido que sonó como una rama de árbol la hizo detenerse en seco. El bosque también podía ser implacable, Chelsea lo sabía. Estaba ese lobo del que Arthur no dejaba de hablar. Henry no debería haber ido solo a por su camioneta. Al menos podría haber llevado un arma, como le recomendó Martha.

Chelsea divisó un conejo grande que saltaba por la zona boscosa de donde procedía el crujido. Esbozó una sonrisa para sus adentros. «A Arthur le encantaría atraparte», pensó.

Siguió caminando hacia la cabaña. Al cabo de unos minutos, se encontró frente a un gran tocón con el tronco roto en el suelo. El enorme árbol había derribado a otros más pequeños a su alrededor al caer.

Chelsea no recordaba aquello. Era un punto de referencia que habría reconocido. Sentía el corazón acelerado. ¿Cómo se las había arreglado para perderse tan cerca de la cabaña?

Empezó a deambular en diferentes direcciones, tratando de orientarse de nuevo. Pensó en llamar a gritos a Martha o a Arthur, pero no quería parecer tan incompetente. Finalmente divisó el borde de un tejado y suspiró aliviada. De algún modo, había caminado en círculos alrededor de la cabaña.

Chelsea sonrió mientras caminaba por el camino de tierra junto al jardín hacia el granero. Notó que el cobertizo estaba abierto de par en par. También se fijó por primera vez en que tenía una cerradura de seguridad en el exterior, algo que le resultó extraño.

Entró en el granero y colgó las cañas en la pared donde Arthur las guardaba. Miró a su alrededor en el edificio medio podrido. Le gustaba su aire rústico. Casi sintió ganas de pintar un cuadro de aquel lugar, aunque el arte paisajista no era lo que más le gustaba.

Prefería los retratos. Sin embargo, sabía que en la escuela de arte se enfrentaría al reto de realizar diferentes tipos de pinturas. Quizá algún día podría usar el granero de sus suegros como inspiración para una.

Observó todo lo que la rodeaba. Las grandes trampas en la pared. Las palas, rastrillos y otros instrumentos largos de metal apoyados en un lado. En un mostrador largo que tenía a su lado, vio varias manchas rojas que conducían hacia una pequeña lona.

Chelsea sabía que no debía mirar, pero no pudo evitarlo. Levantó la lona, esperando ver los restos de un pollo troceado o algún otro animal. En su lugar, había una caja de lata. En la parte delantera aparecía la silueta oscura de un vaquero a caballo. Debajo de la lata había un charco más grande de sangre seca que manchaba el mostrador de madera.

La curiosidad pudo con ella. Ya no podía contenerse. Abrió la lata y vio una foto de Arthur cogiendo de la mano a un niño pequeño encima de una pila de otras fotos. Chelsea sonrió al ver la expresión de felicidad en la cara de Arthur.

Chelsea sintió que su teléfono vibraba en el bolsillo de los vaqueros. Lo sacó y vio que era un mensaje de Neil.

—Oye, seguimos quedando el martes en mi casa, ¿verdad?

Chelsea respondió: —Por supuesto. Henry sabe que voy a verte ese día.

Bajó el teléfono y apartó la foto de Arthur. Pudo notar lo que parecía ser una tarjeta de crédito en la caja. Antes de que pudiera cogerla, su teléfono volvió a vibrar.

—Pero él no vendrá contigo, ¿no? —preguntó Neil.

Chelsea suspiró. «Probablemente no sería una buena idea», pensó. —No. Solo nosotros.

Él respondió rápidamente esta vez: —Bien. Tenemos que pasar toda la noche juntos con esto hasta que lo resolvamos. Podría llevarnos mucho tiempo. Asegúrate de que sepa que volverás tarde. Eres mía esa noche. Tenemos que organizar nuestra vida en Toronto.

Chelsea puso los ojos en blanco. —Sí. Tenemos mucho en lo que pensar —escribió.

—¿Le has dicho que vamos a vivir juntos?

Chelsea volvió a poner los ojos en blanco. —No te preocupes, lo haré.

—A lo mejor no hace falta. Podría ser nuestro secretito de Toronto. Lo que pasa en Toronto, se queda en Toronto.

Chelsea sacudió la cabeza. ¿De qué demonios estaba hablando? En lugar de responderle al mensaje, intentó llamarle, pero la llamada se cortó. Estaba a punto de salir del granero cuando se dio cuenta de que había dejado la caja de lata abierta sobre el mostrador. Si Martha o Arthur la veían, sabrían que había estado husmeando. Volvió corriendo y cerró la lata, volviendo a poner la lona encima.

Se dirigió rápidamente al jardín y siguió intentando llamar a Neil. Tras varias llamadas cortadas, una conectó, pero él no respondió. Le dejó un mensaje. «Llámame», le escribió con severidad.

Inspiró profundamente, escribiendo para mantener la compostura. ¿Qué narices estaba haciendo Neil? Su teléfono vibró de nuevo.

—Hablamos de esto —escribió Neil—. ¿No pensabas que sentías lo mismo?

No podía creer lo que estaba leyendo de su supuesto amigo. Sintió náuseas de arrepentimiento. Chelsea respondió en mayúsculas: —DEJA DE ESCRIBIRME ASÍ. ¡PARA YA!

—¿Y qué pasa con Toronto? —escribió Neil.

—Ahora tengo mucho en lo que pensar —respondió Chelsea. Apagó rápidamente el teléfono y se lo guardó de nuevo en el bolsillo.

¿Cómo podía haber sido tan ingenua? Henry tenía razón. Era una incauta. Neil era un baboso. ¿Cómo podía hablarle así? A veces él bromeaba, y ella supuso que podía parecer un flirteo, pero pensó que no era su intención.

¿Cómo podía ser tan tonta?

Martha y Arthur aparecieron de repente por un camino de tierra que salía del bosque. Chelsea inspiró profundamente una vez más y empezó a caminar hacia ellos.

Arthur hizo una mueca al verla y levantó una mano. —¡Qué demonios haces! —le gritó—. ¿Cuántas veces tenemos que decírtelo? ¡Deja de pisar las tomateras pequeñas!

Chelsea vio con horror que, con las prisas, había aplastado una planta pequeña. Se dirigió rápidamente hacia un sendero de tierra y tropezó con un montón de tierra suelta. Miró a Arthur. Su rostro era pura rabia. En ese momento sintió miedo de él. Antes parecía tan feliz, incluso tímido, pero ahora podía ver ese lado suyo del que le había hablado Henry. Arthur era amable hasta que dejaba de serlo. Era casi como si alguien hubiera accionado un interruptor en su cara, pasando de la felicidad a la furia.

CAPÍTULO DIECISIETE

La llaman sala de estar por algo.

Chelsea se sentó en el banco de la mesa de la cocina, fingiendo estar interesada en el libro de autoayuda que había cogido del cuarto de Henry. Martha y Arthur estaban sentados en extremos opuestos del salón en sus grandes sillones de tela. El fuego del hogar crepitaba con fuerza.

De vez en cuando, Arthur lo atizaba, removiendo las brasas o añadiendo más troncos. De vez en cuando, Martha comprobaba su guiso, que hervía a fuego lento en los fogones. Chelsea seguía sentada en el banco, aburrida como una ostra.

Le gustaba leer, pero aquello le resultaba forzado. A pesar de su aburrimiento y de la sensación de que iba a explotar, aquello cumplía un propósito valioso: no tenía que hablar con sus suegros. Ojalá se quedaran leyendo el resto de la noche hasta que volviera Henry.

Arthur la había tomado con ella en el jardín hacía un rato. ¿Cómo podía alguien ponerse así por una planta? Ahora estaba sentado en su sillón como si no hubiera pasado nada entre ellos. Justo cuando Chelsea sentía que por fin empezaba a conectar con uno de sus suegros, Arthur había mostrado sus cartas.

Pensó en lo bien que se sentiría al volver a ver a Henry pronto. Entonces cayó en la cuenta de que mañana era domingo, su último día allí. Ahora sentía cómo el aburrimiento se transformaba en entusiasmo.

Casi a cada momento, Chelsea asomaba la mirada por encima del libro hacia la ventana delantera, con la esperanza de ver a Henry subiendo los escalones. Había vuelto a encender el móvil, esperando que la llamara o le enviara un mensaje, pero seguía sin haber nada.

Chelsea le había escrito varias veces.

En lugar de Henry, era Neil quien le había enviado varios mensajes, suplicándole que le respondiera. Chelsea leyó unos cuantos, poniendo los ojos en blanco con cada uno.

Había decidido que seguiría adelante con lo de ir a Toronto, pero Neil sería una parte menos integral de esa aventura. No iban a vivir juntos, eso estaba claro. Por suerte, no le habían dado al casero la fianza, como Neil había recomendado hacer antes de llegar. Chelsea quería ver el apartamento y el barrio antes de comprometerse. Toronto era una ciudad incluso más grande que Calgary. Quería asegurarse de que aquello le convencía.

Chelsea volvió a mirar por la ventana, esperando ver a Henry salir del bosque. Solo vio el balanceo de los árboles y el gran jardín.

Henry tenía razón sobre Neil. Se alegraría de saberlo cuando Chelsea se lo contara. Esperaría hasta que estuvieran ya de camino, lejos de sus suegros. Mañana tenían una larga caminata y unas cuantas horas de coche. Tiempo de sobra para contárselo todo.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Martha.

Chelsea levantó la vista. —¿Perdón?

—No sé por qué has elegido ese libro de autoayuda. Debe de ser aburridísimo. Tengo un montón de libros en mi dormitorio —dijo Martha, señalando hacia el pasillo—. Coge el que quieras. Será mucho más emocionante que uno de los libros de Henry.

Arthur soltó una carcajada. —No creo que quiera leer una de tus espantosas novelas románticas, Martha.

Martha resopló. —Bueno, lo más probable es que los thrillers de espías tampoco sean su género —repuso, mirando a Chelsea—. No aguanto más verte fingiendo que lees. Coge algo que de verdad vayas a disfrutar.

Chelsea sonrió y se puso en pie. —Gracias, Martha —dijo. Fue por el pasillo hasta el dormitorio de los padres.

—¡No creo que esté cerrada! —gritó Arthur—. ¡Pero, si lo está, Martha irá!

«Que no esté cerrada, por favor», pensó Chelsea. Por suerte no lo estaba. Se quedó sorprendida por cómo estaba decorado el dormitorio. Las sábanas estaban perfectamente remetidas. De todos

modos, Chelsea ya se esperaba encontrar una habitación impecable, sabiendo cómo era Martha.

La habitación, pequeña y acogedora, estaba pintada de un color blanco roto rosáceo y rodeada de plantas grandes. De la pared colgaban marcos dorados. Muchos tenían fotos de Martha y Henry. En uno salía Henry con el brazo pasado por el hombro de Arthur.

La estantería tenía una selección enorme de novelas para elegir. Arthur tenía razón: Martha parecía disfrutar de las novelas románticas, todas con diferentes modelos de torso ancho y semidesnudos en las portadas. Aquello hizo sonreír a Chelsea. Para ser una mujer tan estirada, por lo visto también era una romántica empedernida.

Arthur también tenía razón en otra cosa: a Chelsea no le entusiasmaba demasiado el género romántico. Rebuscó entre los estantes, mirando los títulos. Un par de veces encontró alguno en el lomo que le interesó, pero, cuando lo sacaba y veía al modelo cursi de la portada, cambiaba de opinión.

De los que no eran románticos, hubo unos cuantos que le llamaron la atención. Se sorprendió al encontrar *El marciano*. Leyó unas páginas y decidió darle una oportunidad. Supuso que en realidad no importaba. Chelsea no era una lectora rápida. No era de las que se terminan un libro en un día, y se marchaba mañana, pero necesitaba algo que la entretuviera en la sala de estar.

—Ya he leído ese libro. —Chelsea se sobresaltó y se volvió para ver a Martha sonriéndole—. Solo lo he leído una vez, lo cual es raro en mí. La mayoría de mis historias las he leído varias veces. Me parece que cuando vuelves a mirar una historia, después de haberla leído, puedes disfrutarla más, sobre todo cuando sabes lo que va a pasar. Todos esos presagios que incluye un autor a veces se te pasan por alto la primera vez que lo lees. Supongo que por eso me gustan tanto los libros románticos. —Martha extrajo un libro del estante y miró la contraportada—. Siempre tienen un buen final. La mujer consigue lo que quiere: a su hombre. Las cosas pueden pintar mal para la heroína, pero al final viven felices para siempre. No podría leer una historia si no supiera que va a tener un final feliz.

Chelsea le devolvió la sonrisa. —Supongo que yo soy igual. —Esa era la diferencia entre la vida real y la ficción. A veces la heroína no consigue lo que quiere. A veces ocurren cosas terribles. Martha quería dejarse llevar por un mundo de fantasía con su ficción.

Martha le puso una mano en el hombro. —Quiero pedirte perdón por lo de Arthur. No estuvo bien que te levantara la voz de esa manera.

Chelsea asintió. —Es fácil olvidar lo irritable que puede volverse alguien cuando está enfermo. Sé que no es él mismo.

—En realidad..., está mejor.

Chelsea bajó la cabeza. Recordó lo que Henry le había dicho la otra noche. A pesar de cómo pudiera parecer Arthur, era un maltratador con él y con Martha. Pero no se atrevería a sacarlo a relucir. —Eso es lo que me ha dicho Henry.

—¿Henry te ha dicho eso? —dijo Martha, sorprendida—. Bueno, también quiero decirte que lo siento. Por lo del jardín. No quería dar esa impresión. Por supuesto que ya estáis casados.

—Gracias por decir eso, Martha —dijo Chelsea—. Quiero a Henry y quiero que nos llevemos bien, igual que lo harían una madre y una hija.

El aspecto de Martha cambió. Casi pareció agriarse al instante. Su rostro se tensó, pero mantuvo la sonrisa, lo que hizo que su expresión resultara más amenazadora.

—Eso es lo que yo quiero también —dijo—. ¿Crees que Henry y tú tenéis ese tipo de amor? —Señaló sus libros—. Del tipo en el que... os completáis, complementáis las debilidades del otro.

—Lo creo. Ha sido un año difícil para mí, a pesar de haber conocido a Henry. Él ha estado ahí para apoyarme. Es realmente mi roca.

—¿Y tú cómo le complementas a él?

Chelsea se quedó desconcertada por la pregunta. De repente, la habitación pareció más pequeña. Ojalá pudiera marcharse sin más, pero Martha bloqueaba su único camino hacia la puerta.

—Lo que quiero decir —continuó Martha— es ¿cómo estás satisfaciendo lo que Henry necesita? Creo que deberías dejar el libro que has elegido y leer uno de los míos. Ya verás.

—Gracias, Martha. —El rostro de Chelsea estaba inexpresivo. Intentaba no mostrar lo alterada que empezaba a estar. «Una noche más», pensó. Nada de esto importará después. —Me parece bien el libro que he elegido —dijo Chelsea educadamente.

—Tú no sabes lo que es el amor —espetó Martha de repente —.

—Martha, por favor, pare ya.

—¿Cómo podrías saberlo? ¿Sabes lo que yo he tenido que hacer en mi vida por amor? No lo entenderías. No podrías.

—Martha, me voy a tumbar un rato en el cuarto de Henry. No me encuentro muy bien.

Martha le agarró el hombro. Chelsea pudo sentir su fuerza.

—Suélteme —dijo, pero Martha apretó el agarre. Chelsea se zafó con fuerza—. ¡Llevo aquí con usted y con su marido todo el fin de semana, que me ha parecido una eternidad, y no han sido amables conmigo ni una sola vez! ¡Ni una! Me mira por encima del hombro cada vez que tiene ocasión. —Chelsea soltó una risa desesperada. Estaba sorprendida por las palabras que brotaban de sus labios. Era como si otra persona hubiera tomado el control de su cuerpo. Nunca había sido tan directa con nadie. Decirle aquellas palabras a Martha la hacía sentirse poderosa—. Soy una buena persona. Soy una persona fácil de tratar. Henry me quiere. Me eligió a mí para ser su esposa. ¡Deje de tratarlo como a un bebé! Ya no la necesita.

Martha dio un paso atrás. Levantó la mano y, por un momento, Chelsea se quedó petrificada por miedo a que la golpeara.

La voz profunda de Arthur bramó en el pasillo: —¡Martha! ¡Ven aquí ahora mismo!

Martha se irguió y salió del dormitorio. Chelsea también salió rápidamente de la habitación, yendo directa a la de Henry y cerrando la puerta tras de sí, deseando poder echar la llave.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Chelsea estaba tumbada en la cama de Henry, con la mirada perdida en el techo. Se había llevado el libro de Martha a la habitación, pero le costaba concentrarse en nada.

¿Cómo podía Martha comportarse así?

Chelsea intentó pensar en alguien, en cualquiera que la frustrara tanto como su suegra, pero no pudo. Martha era la reina en ese aspecto.

Chelsea sacó su teléfono. Llamó, pero, por supuesto, Henry no respondió. Le escribió un mensaje rápido.

—Por favor, si recibes esto, ven pronto. Esto me supera.

Miró el móvil, esperando ver alguna señal de que Henry fuera a responder, pero nada. Lo lanzó sobre el colchón con un suspiro.

Pensó en lo que le había dicho a Martha. Chelsea nunca antes le había hablado a nadie con esa rabia. Normalmente, cuando alguien la molestaba, imaginaba en su mente cómo le gustaría que se desarrollaran las situaciones, pero esta vez lo había hecho en tiempo real.

Sin embargo, ¿qué habría dicho Martha si Arthur no hubiera salvado la situación? Martha parecía desconcertada hasta el punto de la furia. Chelsea se imaginó esquivando un bofetón de Martha y devolviéndole el golpe con el puño cerrado. Sonrió para sus adentros.

¿Se había equivocado al hablarle así a su propia suegra? Chelsea se había sentido bien, desde luego, en el momento. Pero ¿cómo se sentiría Henry cuando ella le contara todo lo que había pasado?

Su teléfono móvil vibró sobre el colchón.

—He aparcado el camión y estoy de camino a la cabaña. Gracias a Dios. ¡Vaya día! —escribió Henry.

Chelsea esbozó una sonrisa de suficiencia. —Vaya día, desde luego —se dijo a sí misma. Estaba a punto de saltar y vitorear. Pronto esta pesadilla terminaría. Martha se calmaría un poco en cuanto Henry llegara a casa. Chelsea le contaría todo lo ocurrido. Sin duda, él estaría de su parte.

Ese pensamiento la hizo dudar. ¿Realmente se pondría de su lado frente al de su madre? ¿Pondría Henry excusas para Martha o, peor aún, le daría la razón a ella?

Un golpe en la puerta la sobresaltó. —¿Sea? —llamó Arthur—. Te he dejado un cuenco de estofado fuera del dormitorio. Puedes comer en la habitación de Henry, no me importa.

Chelsea se levantó de la cama y abrió la puerta. Arthur estaba en el pasillo, con el labio inferior rígido, bajando la cabeza.

—No está aquí —dijo Arthur—. Martha, cuando se disgusta, y ya te puedes imaginar la de veces que pasa eso, se va a dar largas caminatas. Estoy seguro de que tardará un rato en volver. —Señaló el escritorio de Henry—. Martha odia que coma en cualquier lugar que no sea la mesa de la cocina, pero ojos que no ven, corazón que no siente. —Arthur sonrió y Chelsea logró devolverle la sonrisa.

—Gracias. —Chelsea se agachó y cogió el estofado.

—¿Galletitas saladas? —preguntó Arthur.

—Estoy bien, gracias. Henry me acaba de escribir, volverá pronto.

La sonrisa de Arthur desapareció. —Bien. Que aproveche el estofado. —Se fue cojeando por el pasillo mientras Chelsea cerraba despacio la puerta del dormitorio.

Se sentó al escritorio y comió. Le sorprendió lo mucho que le gustó el guiso. Martha era una cocinera excelente. Todos los ingredientes frescos aportaban un nivel de sabor al que Chelsea no estaba acostumbrada en sus comidas de casa. Chelsea era de las que solía felicitar al cocinero, pero, en este caso, se guardaría los comentarios para sí misma. Cuantas menos palabras cruzara con Martha, mejor.

Cuando terminó el estofado, se levantó del escritorio, cogió el cuenco y su teléfono y salió de la habitación. Caminó por el pasillo y vio a Arthur leyendo su novela en su sillón.

—Hay más si quieres —dijo Arthur—. De hecho, hay de sobra.

—Estoy bien, gracias. —Chelsea dejó el cuenco en el fregadero y el teléfono sobre la encimera. Echó un poco de jabón en el cuenco y abrió el grifo.

—No hace falta que limpies, Sea —dijo Arthur—. Pero ya que lo haces, intenta no gastar demasiada agua. Tengo que cambiar la garrafa de debajo del fregadero. No ha llovido estos últimos días, así que el barril de fuera no tiene mucho que ofrecernos.

Chelsea asintió. Se dio cuenta de que había una olla grande hirviendo en el fuego. Se preguntó qué estaría preparando Arthur. No parecía el tipo de hombre que cocina, y ya habían cenado. Echó un vistazo al interior de la olla y vio un hueso blanco girando en el agua.

—Huesos —dijo Arthur, levantándose. Soltó un fuerte gemido al hacerlo. Se acercó cojeando a la cocina—. Huesos de pollo. Del pollo que tomamos el otro día.

—¿Qué vas a hacer con ellos?

—Intentamos no desperdiciar mucho aquí. Todo puede tener una utilidad, incluso los huesos de pollo. Los muelo y los uso como abono para el jardín. Tienen muchos nutrientes. A las plantas les encanta. Déjame enseñártelo. —Arthur cogió una cuchara que había al lado de los fogones, inclinó la olla y sacó un hueso. Al hacerlo, el agua hirviendo de la olla se desbordó por el lateral y cayó por toda la encimera. Una parte le salpicó a Chelsea en el brazo; ella hizo una mueca de dolor y se apartó.

—¡Madre mía! —gritó Arthur—. Iré a por el botiquín de primeros auxilios. —Se dirigió rápidamente hacia el pasillo.

Chelsea abrió el grifo y puso el brazo bajo el agua fría. Sentía dolor en la muñeca izquierda, donde el agua hirviendo había hecho contacto. Sintió un suspiro de alivio cuando el agua fría lavó su quemadura.

Dio un paso y notó los pies calientes. El agua estaba por todo el suelo y la encimera. Chelsea bajó la cabeza con derrota al ver que

su teléfono móvil era otra víctima. Estaba empapado. Cogió un paño que colgaba frente a los fogones y lo secó rápidamente. Pulsó varios botones del móvil, pero no se encendía. La pantalla seguía oscura.

—Joder —pronunció Chelsea.

Arthur regresó a la cocina cojeando con una caja blanca de la que sacaba algunos suministros.

—Lo siento mucho, Chelsea. ¿Estás bien?

Chelsea asintió. Arthur le cogió el brazo y echó un vistazo. —Creo que es solo una herida de primer grado. Podemos curarla, pero la vigilaremos. —Arthur sacó sus gafas del bolsillo de la camisa y se las puso para examinarle la muñeca.

Al darse cuenta, Chelsea le retiró el brazo.

—Duele mucho.

—Debes de odiarnos de verdad, ¿eh? —dijo Arthur—. Quemada y ahora rota. Siento todo lo ocurrido, todo. —Miró el teléfono sobre la encimera—. Aunque no creo que pueda hacer mucho por el móvil.

—¿Tenéis arroz? Podemos ponerlo en un cuenco con arroz; a veces absorbe el agua y, si tengo suerte, funcionará.

—Un cuenco de arroz. ¿Quién lo hubiera pensado? Déjame que te vende el brazo primero. —Lo hizo rápidamente. El dolor seguía ahí, pero disminuyó mientras Arthur la atendía—. ¿Te has hecho eso tú misma?

—¿A qué te refieres?

Arthur bajó la cabeza y fue hacia un armario superior para coger una bolsa de arroz. Fue a otro armario a por un cuenco.

—Tu brazo. ¿Te has... hecho daño tú?

Chelsea se llevó el brazo al pecho, aliviándolo con un frote suave.

—Yo... no quiero hablar de eso.

—No pretendía ofenderte.

—Estaré bien. No creo que mi *móvil* lo esté.

—Bueno, ¿quién los necesita de todas formas? Yo limpiaré esto.

Chelsea volvió por el pasillo hacia la habitación de Henry. Mientras lo hacía, oyó un zumbido. Miró atrás, hacia su teléfono

depositado en el cuenco de arroz. Arthur había tirado unos trapos al suelo y estaba usando los pies para fregar el agua. Oyó el zumbido de nuevo y se dio cuenta de que venía del dormitorio de Martha.

Entró en silencio y buscó el origen del sonido. Abrió el cajón de arriba de la cómoda. Metió la mano, intentando no desordenar nada de forma evidente, pero podía sentir las vibraciones. Tocó un sobre y debajo encontró lo que buscaba.

Sacó un teléfono móvil del cajón de la ropa interior de su suegra y se quedó mirándolo. Pulsó el lateral del teléfono y vio un mensaje nuevo sin leer de Henry.

—Ya no estoy lejos. Volveré pronto —decía.

Chelsea sacudió la cabeza con incredulidad. ¿Martha tenía un teléfono móvil y se había estado mensajeando con Henry todo este tiempo? Leyó rápidamente unos cuantos mensajes.

Martha: ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

Henry: Estoy bien. Estoy regresando ahora.

Martha: Tenemos que hablar de Chelsea.

Henry: Por favor, intentad llevaros bien.

Martha: Tenemos que hablar cuando vuelvas.

Chelsea oyó a Arthur gruñir de dolor desde la cocina. Volvió a meter rápidamente el teléfono en la cómoda, pero sintió algo más dentro. Cogió el objeto y lo sacó. Al abrir la mano, vio un anillo de esmeralda con una banda de oro, ensartado en un collar de acero. También había enganchadas varias llaves.

—¡Ah, joder! —oyó gritar a Arthur.

Chelsea volvió a guardar el anillo y las llaves en la cómoda. Cerró la puerta sin hacer ruido y abrió la de Henry. Fingió que acababa de salir de su habitación.

—¿Estás bien? —gritó ella.

—Estoy bien..., bien —dijo Arthur—. No te preocupes.

Chelsea sonrió y cerró la puerta, intentando recuperar el aliento.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Chelsea estaba sentada en la habitación de Henry, sin querer volver a salir.

No podía dejar de pensar en los mensajes de texto que había leído en el teléfono de Martha. Le sorprendía que incluso tuviera un móvil, y mucho menos que supiera enviar mensajes. No parecía el tipo de persona que tuviera un teléfono, para empezar.

Pensó en el collar con las llaves y el anillo. Recordaba el anillo específicamente. Fue al estante de Henry y sacó las fotos que había entre los dos libros. Volvió a colocar la de Henry de niño y miró la de Carrie Sanders.

No había analizado realmente la foto de ellos dos juntos antes. Ahora tenía tiempo más que suficiente para asimilarla.

La mujer que suponía que era Carrie Sanders. La esmeralda con banda de oro pesaba en su dedo anular izquierdo. La chica lucía una amplia sonrisa y Henry le correspondía con otra igual.

Henry estuvo *prometido*.

Nunca le había dicho a Chelsea que hubiera estado prometido alguna vez. Sabía que Carrie significaba mucho para él, pero no le dijo que le hubiera pedido matrimonio. Chelsea volvió a mirar la foto, esperando en su aturdimiento haberse equivocado de mano al ver el anillo. Respiró hondo al darse cuenta de que tenía razón. El anillo de esmeralda estaba en el dedo anular izquierdo de Carrie Sanders.

¿Por qué no le había dicho nada sobre Carrie? Henry era mayor, treinta y cinco años. Ella esperaba que tuviera algún tipo de equipaje de su pasado cuando lo conoció. Una exmujer, incluso hijos, pero Henry le dijo que había sido un *soltero de toda la vida*.

Ahora no podía esperar a que Henry regresara a la cabaña por múltiples razones. Quería algunas malditas respuestas. No estaba

segura de si le daría un beso y las gracias por salvarla de sus padres o si le interrogaría como una detective.

¿Quién era esa mujer con el anillo en el dedo? ¿Era Carrie? ¿Por qué lo dejaron? Sin embargo, la pregunta que más le quemaba por dentro era: ¿por qué no se lo había contado?

Chelsea caminaba de un lado a otro en el dormitorio, y las tablas del suelo crujían como si formaran parte de una orquesta. No lograba calmar su mente. Lo único que la detuvo en seco fue el dolor de su muñeca. Era como si todavía pudiera sentir su piel ardiendo.

Desde el interior del dormitorio, oyó abrirse la puerta principal. Se asomó sigilosamente por la puerta del cuarto. Oyó a Arthur levantarse de su silla.

—¡Henry! —dijo en voz alta. Abrazó a su hijo. Chelsea vio a Arthur hablar en voz baja, señalando su propia muñeca.

—¿Está bien? —dijo Henry en voz alta. Pasó de largo a su padre y gritó—: ¡Sea! —Cuando divisó a Chelsea, se detuvo y sonrió —. ¿Estás bien? Papá ha dicho que te habías quemado la muñeca.

—Estoy bien —dijo ella—. Él me ha hecho la cura.

Arthur se acercó a ellos con el teléfono de Chelsea en la mano. —No parece que lo del arroz haya funcionado —dijo—. Está muerto.

—Que en paz descanse. —Henry se volvió hacia Chelsea con una sonrisa burlona, que se desvaneció rápidamente—. Espera, lo siento. Las fotos con tu padre estaban ahí. ¿Las habías guardado en algún otro sitio además de en el teléfono?

Chelsea agachó la cabeza. —Yo… ni siquiera pensé en eso. No, no las había guardado.

Henry suspiró. —Quizás podamos llevarlo a una tienda de reparaciones. Con suerte, habrá algo que podamos hacer.

—Vamos a la cama —dijo Chelsea, derrotada—. Estoy agotada, así que solo puedo imaginar cómo estarás tú. —Además, quería jugar a policías y ladrones con él en privado.

—Ya lo hemos solucionado. Crisis evitada en el trabajo. El viaje ha valido la pena. Gracias, Chelsea. —Se volvió hacia Arthur—. Buenas noches, papá.

Mientras entraban en su dormitorio, Henry tiró su mochila sobre la cama. —Vaya día.

Chelsea asintió, sin importarle realmente cómo le había ido el día a su marido. Se acercó tranquilamente a la estantería y sacó la fotografía de él y la mujer.

—¿Quién es ella? —preguntó Chelsea con severidad.

—Ya te hablé de Carrie —respondió Henry.

—¿Qué es esto? —Chelsea señaló con el dedo el anillo en la mano de Carrie. Cuando Henry no respondió de inmediato, le acercó la foto a la cara—. ¿Estabas *prometido*?

—Chelsea —dijo Henry, soltando un largo suspiro—, de verdad que ha sido un día intenso. Puedo contártelo todo mañana.

Chelsea negó con la cabeza. —Necesito saberlo *ahora*, Henry. ¿Por qué no me lo dijiste?

Henry se agachó y se quitó los calcetines. —Solo estuvimos prometidos un mes. Me dejó tirado, ¿vale? Ojalá supiera qué pasó, pero ahora que te he conocido a ti, no podría importarme menos dónde esté ella. Me fui a un viaje de negocios y, cuando volví, se había ido. Todas sus cosas, esfumadas, como si nunca hubiera formado parte de mi vida. Miro atrás a Carrie y a mí y me doy cuenta de que ella nunca quiso estar prometida conmigo. ¿Por qué debería contar eso como estar formalmente prometido? Yo estaba dispuesto a cumplir mi promesa con ella. Yo..., ojalá nunca se lo hubiera pedido.

Chelsea se sentó en la cama a su lado. —No sabía nada de eso. Deberías habérmelo dicho de todos modos. También deberías haberme contado más sobre tus padres. ¿Por qué tiene tu madre el anillo de compromiso?

—¿Qué? —preguntó Henry—. Era una reliquia familiar, pero ella se largó con él. ¿Cómo lo tiene mamá? ¿Te ha enseñado el anillo? ¿Estaba intentando instigar algo entre tú y yo?

—No —dijo Chelsea, tomando su tiempo para responder—. Lo encontré en su cómoda.

—¿Te has colado en la habitación de mi madre? ¿Qué estás haciendo?

—No exactamente. Oí una vibración en su cuarto. ¿Su madre tiene un teléfono?

Henry se rio. —Por supuesto. Vive en medio de la nada. ¿Qué pasa si necesita ayuda? Yo le compré el teléfono. Le enseñé a usarlo. ¿Qué tiene eso de especial?

Chelsea suspiró. —Bueno, nada, supongo. Es todo tan... *raro*.

Henry sacudió la cabeza. —No me voy ni un día entero y todo sale tan mal.

—Lo siento, Henry —dijo Chelsea—. Quería que este fin de semana saliera bien, pero no ha sido así. Tengo que contarte lo que ha estado pasando aquí. —Se tomó su tiempo para explicarle los múltiples encontronazos con la madre de él y los gritos del padre. Terminó su relato contando cómo había leído los mensajes de texto de su suegra y cómo esta la había confrontado en su dormitorio.

—¿Te ha dicho eso? —dijo Henry, asombrado—. ¿Ha dicho que no eres lo bastante buena para mí? ¿Quién se cree que es? Dios, odio esto. ¿Por qué no puede dejar de estar encima de mí y dejarme tomar mis propias putas decisiones?

Chelsea bajó la cabeza. —En cierto modo, le dije que dejara de tratarte como a un niño.

Henry levantó la cabeza. —¿*Qué*? No, no lo *hiciste*. ¿Cómo ha podido pasar todo esto en un día? ¿Cómo ha podido deteriorarse todo tan rápido?

Oyeron la puerta principal de la cabaña crujir al abrirse y a Arthur saludar a Martha.

Henry respiró hondo. —Tengo que hablar con ella. —Se puso en pie.

Chelsea se levantó rápidamente a su lado y le cogió la mano. —¿Podemos no hacerlo esta noche? Quizás mañana, pero más tarde. He tenido *suficiente*, Henry. No puedo aguantar mucho más.

Henry asintió. —Está bien, de acuerdo. Solo estoy intentando asimilarlo todo. No podemos seguir hablando de esto. Las paredes son de papel de fumar, como ya sabes. Hablaremos más de camino a mi camioneta mañana. Nos iremos a primera hora.

Chelsea sonrió. —Te quiero. —Le dio un beso suave—. Oh, gracias a Dios que has vuelto.

Varios golpes secos en la puerta hicieron que se separaran. —¿Henry, has vuelto? —llamó Martha.

Henry suspiró. —No te preocupes —le susurró a Chelsea. Se levantó y abrió la puerta—. Hola, mamá —dijo en voz baja.

—Me alegra que hayas vuelto —dijo Martha. Miró al interior de la habitación, hacia Chelsea, y volvió a mirar a su hijo—. ¿Podemos hablar?

Henry suspiró, pero negó con la cabeza. —Mañana, mamá. Ha sido una noche larga. Hablemos mañana.

—Pero tengo cosas que contarte —dijo ella con firmeza.

—No hay nada que no pueda esperar a mañana. Buenas noches, mamá. —Henry se despidió con la mano y cerró despacio la puerta de su dormitorio.

Henry se metió bajo las sábanas y pasó el brazo por debajo de la cabeza de Chelsea. La besó suavemente. —Mañana nos iremos a primera hora, justo después de que hable con mamá.

CAPÍTULO VEINTE

Martha

—¿Has visto lo que ha hecho? —dijo Martha, acercándose a Arthur a trompicones. Arthur pareció ignorarla, volviendo a su lectura de una vieja revista de pesca. Martha no repitió la pregunta. Arthur la había oído. Simplemente se estaba comportando de esa forma tan difícil que lo caracterizaba. Oponiendo resistencia a todo lo que habían planeado.

Henry le ha cerrado la puerta en las narices. Martha le había dicho que necesitaba hablar con él, pero él ha cerrado la puerta despacio frente a ella. Habría sido lo mismo si se la hubiera dado con un portazo en la cara.

¿Se ha olvidado de quién es ella?

Se supone que Arthur es el que padece demencia, ¿no?

Al menos así es como lo habían planeado. Arthur era difícil, pero ni de lejos estaba tan demente como ellos afirmaban.

A Martha le preocupaba que el arma hubiera desaparecido, incluso le daba miedo. ¿Qué haría Arthur si la llevaba encima? ¿Tenía otros planes que Martha desconociera?

No llevaba la pistola cuando estaba pescando con Chelsea, de eso Martha estaba segura. Casi lo ha cacheado como si fuera un control de seguridad de aeropuerto cuando se ha reunido con él en el río. Ha registrado la casa, buscando en cualquier lugar que pudiera imaginar donde él la hubiera escondido, pero no ha logrado encontrar ni el arma ni la caja de lata.

Ha pensado en hablarle a Henry sobre la pistola. Se suponía que el arma debía estar bajo llave por una razón, aunque esa razón fuera inventada.

Sin embargo, Martha ha cambiado de opinión cuando Henry le ha cerrado la puerta. ¿En quién podía confiar ya?

Henry necesitaba saber la tensión que había entre ella y Chelsea. Tenía que escuchar su versión de la historia antes de que su mujer le emponzoñara los oídos con su veneno. En lugar de eso, la ha dejado fuera. Ha sido casi como si le hubiera clavado un puñal en el corazón. Martha ha fruncido el ceño ante la idea.

Ha caminado hacia la cocina y ha cogido una manzana que había recogido ese día frente a la despensa. Ha sacado su navaja suiza con el corazón rosa de un bolsillo de su vestido. Se ha tomado su tiempo para pelar la manzana, pensando en la cara de Henry cuando le ha cerrado la puerta.

Henry ha elegido a Chelsea antes que a mí, ha pensado. A ella antes que a mí.

—Me he encargado de su teléfono —le ha susurrado Arthur, bajando la revista—. Está completamente destrozado.

Martha ha sonreído. Al menos aún podía depender de él para algunas cosas. —Bien. ¿Qué hay del cobertizo? ¿Está listo?

Arthur inspiró profundamente. —Todavía no. Trabajaré en ello esta noche.

—Tiene que estar listo pronto.

—Lo sé. —Arthur ha bajado la vista hacia la revista—. Si Martha no lo conociera, pensaría que era un bastardo desalmado por no prestarle atención, pero tenía sus tics. Le estaba costando asimilar lo que iba a pasar a continuación.

Martha ha oído lo que parecía ser una risa procedente de la habitación de Henry. Eso la ha enfurecido aún más. «¿Ahora se ríen de mí?», ha pensado. «Qué más da cómo se sienta la vieja Martha. Ahora solo importa mi querida esposa».

Ha dado un mordisco a su manzana, mirando fijamente a Arthur. —Viejo —le ha dicho con tono juguetón—, ¿qué te parece si me llevas al dormitorio? Podríamos... juguetear un poco. —Se ha levantado el vestido amarillo, enseñándole el muslo.

Arthur contempló la vista un momento. —Simplemente... déjame en paz.

Martha se ha reído. —¿Qué pasa? ¿No quieres lo que tuviste anoche?

Arthur ha doblado la revista y la ha lanzado al otro lado de la habitación con agresividad. Ha golpeado el reposabrazos de su sillón con el puño. —¡Déjame en paz, mujer! Se acabaron los juegos.

Martha ha vuelto a reír, se ha dado la vuelta y ha mirado por la ventana. Ha sonreído con malicia mientras contemplaba el jardín. Arthur tenía razón. Se acabaron los juegos.

Mañana era el día en que se suponía que debían marcharse. Martha ha sonreído. El jardín estaba lleno de gente que también pensaba que se iba a marchar.

La perfecta y guapa Carrie Sanders pensaba que se iba a marchar. Ahora se quedaría aquí para siempre, con todos los demás.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Chelsea dio vueltas en la cama durante lo que le pareció una eternidad aquella noche. Como de costumbre, Henry se había quedado frito, respirando con pesadez. Ella lo observaba con ternura.

Se preguntó cómo habrían sido las cosas si hubiera conocido a su familia antes de casarse. Ahora se daba cuenta de que, después de todo, Henry tenía sus motivos para no haberle presentado a sus padres. Este fin de semana bastaría para espantar a la mayoría de las mujeres.

Martha estaba en otro nivel de maternidad. En cuanto a Arthur…, no terminaba de aclararse si le tenía miedo o si disfrutaba de su presencia. De los dos, prefería estar con él antes que con Martha.

Henry se las había apañado para sobrevivir a sus padres toda la vida, y ella también lo haría. Sabía que en el futuro tendría que volver a visitarlos. Sin embargo, hablaría con Henry para que no volviera a dejarla sola. Se traería sus propios libros. Evitaría quedarse a solas con cualquiera de sus suegros.

Sabía que tendría que volver, pero pasaría mucho tiempo hasta que eso ocurriera gracias al comienzo de sus clases. Con Chelsea fuera durante los semestres, Henry tendría más tiempo libre y, a su vez, podría dedicar parte de ese tiempo a visitarlos. Al menos Martha se alegraría por eso.

Quizá la escuela de arte era la solución a los problemas de todos.

Sintió la necesidad de ir al baño, pero no quería salir del dormitorio. Cuando no pudo aguantar más, se escurrió de la cama e

intentó hacer el menor ruido posible al pisar el suelo. Aun así, la puerta se abrió con cierto estrépito.

Un sonido metálico, como de metal contra metal, hizo que se detuviera en seco. Trató de buscar por la casa el origen de aquel golpeteo constante, pero parecía venir de fuera.

Chelsea caminó sigilosamente por el pasillo. Al pasar por el salón, miró hacia el sillón de Arthur, pero no estaba allí. Desde el exterior le llegó el sonido de un taladro. Se asomó a la oscuridad desde la ventana delantera. La luz se filtraba por el marco de la puerta del establo.

Arthur abrió la puerta del establo y salió al jardín. Chelsea se ocultó rápidamente de la ventana. Si él entraba en la cabaña, fingiría que iba a por un poco de agua. Por suerte, Arthur volvió al establo. La luz que salía del interior iluminó el martillo que llevaba en la mano.

«¿Qué estará haciendo a estas horas de la noche?», se preguntó. La luz roja que indicaba que la alarma estaba conectada no estaba encendida. Poco después de que Arthur se perdiera de vista, el tintineo continuó.

—¿No puedes dormir? —Chelsea se dio la vuelta y vio a Martha de pie en el pasillo. La oscuridad del interior de la casa la hacía apenas visible, a excepción de sus pobladas cejas y una sonrisa en el rostro. Su largo camisón blanco ondeó cuando dio un paso hacia ella. De algún modo, se las había arreglado para no hacer ni un solo ruido sobre los tablones del suelo. Chelsea se preguntó si habría llegado flotando por el pasillo.

Chelsea asintió. —Solo tengo sed… y tenía que ir al baño. —Miró por la ventana delantera y de nuevo a Martha. Pensó en preguntarle qué estaba haciendo Arthur fuera, pero cuanta menos conversación hubiera entre ellas, mejor. Lo que fuera que Arthur estuviera haciendo no era asunto suyo. En unas pocas horas, Henry y ella se marcharían.

La sonrisa de Martha se ensanchó. —Bueno, Henry y tú os vais hoy. Espero que volváis a visitarnos.

—Por supuesto —dijo Chelsea, logrando devolverle la sonrisa.

—¿Cuándo? —preguntó Martha, ladeando la cabeza.

—Tengo que irme pronto a estudiar, así que quizá cuando termine el semestre. Volveré para las vacaciones. ¿Tal vez Arthur y usted puedan venir a visitarnos a la ciudad?

—Eso sería encantador. Quizá hoy podamos volver a trabajar juntas en el jardín antes de que se vayan. No le he dicho lo mucho que me ayudó. Realmente ha aprendido mucho aquí.

Chelsea bajó la cabeza. —Teníamos pensado irnos temprano. Henry ha dicho que tenía que volver a la ciudad para terminar algo de trabajo.

—Henry... está tan ocupado últimamente. No me había dicho que pensara irse por la mañana. —Chelsea sonrió levemente, sin saber qué decir—. Bueno —continuó Martha tras un breve momento de silencio—, les prepararé a los dos un buen desayuno antes de que se marchen. Necesitarán tener algo en el estómago antes de la caminata de vuelta hasta su camioneta.

—Gracias, Martha —dijo Chelsea—. Bueno, buenas noches.

—Buenas noches —repitió Martha. Chelsea esperó a que se fuera, pero ella se quedó allí, en el pasillo, entre Chelsea y la habitación de Henry. Chelsea pasó a su lado lentamente.

—Nos vemos por la mañana —dijo Chelsea.

Martha se volvió hacia ella. —Chelsea. —Esperó a que Chelsea se diera la vuelta para mirarla antes de continuar—. Por favor, recuerda echar más serrín después de usar el baño. La última vez se le olvidó. Espero que vuelvas pronto. Siempre serás bienvenida en mi casa.

—Gracias, Martha, así lo haré. —Entró en el baño y, tras usarlo, fue generosa con el serrín, tal como se le había pedido. Escuchó atentamente hasta que oyó a Martha regresar a su dormitorio. El sonido de lo que fuera que Arthur estuviese haciendo fuera continuaba.

Cuando estuvo segura de que Martha no iba a salir de su habitación, Chelsea regresó al cuarto de Henry. Se metió bajo las mantas y se puso frente a su marido. Para su sorpresa, él la estaba mirando, completamente despierto.

—¿Estás bien? —preguntó él—. Me ha parecido oírte hablar con mi madre en el pasillo. ¿Te ha molestado?

—No, no lo ha hecho. Me ha invitado a venir a visitarlos cuando quiera.

Henry asintió. —Bien —susurró—. Ojalá... las cosas hubieran ido mejor este fin de semana.

Chelsea le cogió la mano por debajo de la ropa de cama. —Yo también. —Henry miró al techo. Chelsea notaba que estaba disgustado—. Tengo que decir que, ahora que he conocido a tus padres, me siento más unida a ti. Sé más sobre ti y te quiero todavía más.

Henry sonrió. —Te quiero por aguantarme después de esto. Me preocupaba cómo saldría y ha ido mucho peor de lo que imaginaba. ¿Seguro que todavía quieres ser mi mujer?

—¿Cómo puedo demostrarte lo mucho que quiero ser tu mujer? —Envolvió la cintura de él con sus piernas y se subió encima. La cama crujió cuando lo hizo.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Henry con una sonrisa pícara.

—Voy a hacerle el amor a mi marido... en silencio.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

La mañana pasó volando, para regocijo de Chelsea. Terminaron de desayunar en la mesa y Martha cumplió su palabra; fue un festín. Chelsea estaba tan llena que pensó que se sentiría mal durante la caminata de vuelta a la camioneta. A pesar de ser su última comida juntos en el viaje, fue sorprendentemente tranquila.

Chelsea sintió la tensión, pero se guardó sus comentarios. Cuando conversaban, hablaban sobre todo del buen tiempo que había hecho durante su estancia en la cabaña. Un momento destacado de la conversación fue cuando Arthur le contó a Henry lo bien que se le había dado la pesca a Chelsea.

—Si no hubiera sido por ella, anoche habríamos sido vegetarianos —bromeó él. Henry se rio y Chelsea sonrió. Martha parecía indiferente.

Cuando todos terminaron de comer, Martha alargó la mano y agarró el brazo de Henry. —¿Podemos hablar, hijo?

Henry asintió. —Claro. —Se quedó sentado y esperó a que su madre dijera algo.

—Me refería a solas.

Henry miró a Chelsea y después a su madre. —Claro. —Los dos se levantaron de la mesa y salieron fuera.

Chelsea se puso de pie y empezó a recoger algunos platos, llevándolos al fregadero de la cocina.

Arthur le hizo un gesto con la mano para que se detuviera. —No hace falta que lo haga —dijo—. ¿Qué otra cosa vamos a hacer en todo el día sin ustedes por aquí? Deje el lío. Así Martha tendrá algo con lo que entretenerse.

Chelsea continuó recogiendo lo del desayuno. —No es ninguna molestia —dijo—. Ha sido una comida estupenda. Siento que tengo

que ayudar de alguna manera.

Henry regresó a la estancia y le levantó el pulgar a Chelsea en señal de aprobación. —¿Lista para irnos? —preguntó.

Chelsea asintió. —Cogeré nuestras mochilas del dormitorio. —Salió y recogió sus cosas rápidamente.

Cuando regresó a la sala principal, Henry se estaba despidiendo de su padre y de su madre con un abrazo. —Volveré pronto —prometió.

—Bueno —dijo Chelsea—, ha sido un placer conocerlos a los dos. Era mentira, y ella lo sabía, pero no sabía qué más decir.

—Gracias, querida —dijo Martha. Estaba de pie junto a Arthur.

Chelsea no estaba segura de si debía darles la mano o un abrazo. Sabía que debía establecer algún tipo de contacto con ellos antes de marcharse.

En lugar de pensárselo más, extendió los brazos y abrazó a Martha. —Gracias por las maravillosas comidas —dijo Chelsea.

—Espero verte pronto —le susurró Martha al oído.

Chelsea le sonrió a Arthur, pero antes de que pudiera acercarse para abrazarlo, él le tendió la mano. Chelsea se la estrechó.

—Ha sido un gusto conocerte, Sea —dijo él. Su rostro arrugado parecía indiferente en ese momento. A ella le pareció extraño que Arthur y Martha se comportaran de forma casi opuesta a su actitud habitual justo cuando se marchaban.

Había pensado que Martha se echaría a llorar, agarrándose con fuerza a las piernas de Henry y suplicándole que no se fuera. En cambio, los estaba acompañando a la puerta con una sonrisa. Arthur parecía estar más consternado que su esposa. Podría ser que se encontrara mal.

Henry y Chelsea caminaron por el sendero de tierra a través del jardín. Ambos saludaron con la mano a Arthur y a Martha una última vez antes de salir de la propiedad. Sus suegros les devolvieron el saludo.

Caminaron durante varias hours y, cuando se acercaban a la camioneta, Chelsea no pudo evitar preguntar.

—Dime —dijo—, la conversación a solas con tu madre, ¿qué te ha dicho?

Henry rodeó un árbol grande, agachándose bajo una rama. —Ha sido relativamente indolora —dijo—. De hecho, te ha echado un cumplido.

Chelsea se rio. —¿Qué? ¿En serio? ¿Qué ha dicho?

Henry la miró. —Ha dicho que cree que eres una buena persona. Te respeta. Dijo que espera llevarse mejor contigo la próxima vez que vengas de visita.

Chelsea no podía creer lo que estaba oyendo. —¿Me estás mintiendo? No soy tan ingenua como crees.

—Oye, a mí me sorprendió tanto como a ti lo que dijo. Especialmente después de lo que me contaste la otra noche. Me esperaba lo peor. Le dije que volvería pronto para ver cómo está mi padre después de que tú te vayas. Necesito hacer algo cuando tenga el corazón roto pensando en que estás en Toronto. —Dijo el nombre de la ciudad con tono burlón.

Chelsea cambió de tema. —Y de Carrie Sanders... ¿nunca volviste a saber nada de ella después de que te dejara?

Henry respiró hondo. —No. Nada. Fue como si yo nunca hubiera existido en su vida. Me dio de lado sin mirar atrás.

Aunque obviamente Chelsea se alegraba de que no estuviera con ella, no lograba comprender qué había pasado en su relación para que terminara de esa manera.

—¿Cuándo ocurrió esto? —preguntó ella.

—No me gusta hablar de ello —dijo Henry. Miró hacia atrás, hacia Chelsea, y dejó de caminar. Sacó una botella de agua de su mochila y dio un sorbo—. Está bien. Quería que conociera a mis padres. Nos comprometimos en la cabaña aquella noche. La llevé a un sitio muy bonito en el bosque. Hay una cascada... Bueno, el caso es que le pedí matrimonio allí. Mi madre y mi padre estaban escondidos en el bosque, y cuando ella dijo que sí, salieron aplaudiendo. Fue bonito.

—¿Se llevaba ella mejor con tu familia? —preguntó Chelsea.

Henry puso los ojos en blanco con aire juguetón. —Este fin de semana ha sido duro, pero créeme que Carrie también tuvo sus

problemas con mi madre. Sin embargo, pensé que se caían bien cuando nos fuimos de la cabaña. Pues bien, después de un mes de compromiso, como te dije anoche, tuve un viaje de negocios a Vancouver. Ella se había mudado a mi apartamento unos meses antes de comprometernos. Solo me fui unos días. Cuando volví a casa, todas sus cosas habían desaparecido. Mi piso parecía casi como antes de que ella se mudara. Incluso se llevó de las paredes y de toda la casa las fotos en las que salíamos juntos. Fue como si nunca hubiera existido.

—No lo entiendo. ¿No os habíais peleado ni nada antes de que te fueras? Puedes decírmelo, Henry.

Él sacudió la cabeza. —Ojalá supiera qué fue. ¿Miedo al compromiso, tal vez? Supongo que prefiero que me hiciera eso entonces a que saliera huyendo ante el altar. —Henry miró a Chelsea y le agarró la mano—. Pero ya no me molesta. Ella ya es historia y me alegro. De lo contrario, nunca te habría conocido a ti ni habría entendido lo que significa el amor de verdad. Alguien que es capaz de abandonarte así no me quería.

Chelsea lo besó. —Me parece que te has quedado conmigo. No pienso irme.

Henry sonrió con sorna. —Bueno, en cierto modo te vas. A *Toronto*.

Chelsea le dio un golpe juguetón en el hombro. —No me refiero a eso y lo sabes. Nunca abandonaría lo nuestro. Aunque esté físicamente más lejos de ti, sigo estando contigo.

Henry sonrió. —Bien. —La besó de nuevo—. Así que supongo que Neil y tú tenéis mucho que aclarar el martes.

Chelsea bajó la cabeza. —Bueno, las cosas van a ser *diferentes* ahora.

Henry dio otro sorbo. —¿Qué quieres decir con eso?

—Neil... no es quien yo pensaba que era.

Henry frunció el ceño. —¿Qué ha hecho?

—Él... intentó algo conmigo. Me estaba enviando mensajes que sugerían que pensaba que éramos *algo más que* amigos.

Henry se mostró visiblemente molesto. Guardó la botella de agua en su mochila de un golpe. —Lo sabía.

—Tenías razón sobre él. Supongo que fui una ingenua en lo que a él respecta. Pero ya le he dejado las cosas claras. No somos más que amigos, y ahora no creo que podamos ser nada en absoluto.

Henry asintió con satisfacción. —Bien, ¿pero qué significa eso para lo de Toronto?

—Tendré que apañármelas por mi cuenta. No sé qué estará planeando Neil, pero eso ya no importa.

—Pues mi instinto me dice que va a volver a intentarlo contigo. Y yo no estaré allí en Toronto para poder hacer nada.

Chelsea sacudió la cabeza. —No importa lo que él quiera. No voy a verle. No tienes de qué preocuparte.

—No sé qué me molesta más, si el hecho de que yo tuviera razón o que intentara propasarse contigo. ¿Qué te dijo?

—No importa —dijo Chelsea—. De todos modos, no recuerdo todo lo que dijo. Fue una estupidez.

—Lástima que mi padre rompiera tu teléfono —le recordó Henry.

Chelsea le cogió la mano. —*No sigas.*

Henry arqueó una ceja. —¿Qué?

—No te disgustes por esto. No tiene importancia. Él no me importa. Tú sí.

—Vale, no diré nada más. Es solo que te quiero y me preocupa que estés tan lejos.

Chelsea le dio varios besos. —Estaré bien. He sobrevivido a un fin de semana con tus padres. Podré apañármelas sola en Toronto. —Henry se rió.

Continuaron la caminata por el bosque. En un momento dado, Henry bromeó con que se había perdido, pero Chelsea se dio cuenta de su torpe intento de humor. Se le iluminó la cara cuando divisó la camioneta en el aparcamiento vacío.

Henry sacó el mando de la llave y pulsó el botón del maletero, que se abrió de golpe. Le cogió la mochila a Chelsea.

Chelsea se subió de inmediato al asiento del copiloto y cerró la puerta con demasiado entusiasmo. Al sentarse en el asiento de cuero, sintió que una ola de alivio la invadía.

Henry cerró el maletero, pero no entró de inmediato. Chelsea lo miró por la ventanilla, confundida. Él se acercó a su puerta, llamó al cristal y le hizo señas para que saliera.

Chelsea abrió la puerta de la camioneta. —¿Qué pasa?

Henry sacudió la cabeza. —Las cuatro, joder. —Señaló la parte baja de la camioneta. Chelsea miró y vio que los dos neumáticos del lado del copiloto estaban completamente desinflados.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Martha

Martha fregaba los platos, mirando por la ventana de vez en cuando. Henry y Chelsea se estaban tomando su tiempo para volver a la cabaña. Se detuvo mientras limpiaba una olla.

«¿Y si Chelsea exigiera que caminaran hasta el pueblo?», pensó. Eso sería imposible. Tendrían que caminar durante toda la noche.

Arthur se acercó a ella cojeando.

—Estoy seguro de que volverán pronto.

Martha ignoró su comentario.

—He mirado en el cobertizo y no está terminado. —Miró a Arthur con dureza, esperando a que se explicara, pero él no lo hizo —. Eso es inaceptable.

Arthur bajó la cabeza.

—Yo... no creo que pueda hacer esto otra vez.

Martha frunció el ceño.

—¡Débil! —Secó la olla con un paño y la guardó en un armario bajo—. *Débil.* —Lo terminaré yo misma. —Miró de nuevo hacia fuera. Henry apareció por detrás del granero. Caminando tras él, vio a Chelsea con su camisa blanca de manga larga.

Martha miró a Arthur con intensidad.

—Ahora no es el momento de ser estúpido —le recordó.

Arthur asintió. Ambos salieron a recibirlos.

Arthur saludó con la mano, forzando una sonrisa. —¿Ya nos echabais de menos? —gritó.

Henry sonrió, negando con la cabeza. Chelsea se cruzó de brazos.

—Cuatro pinchazos —dijo Henry—. Debe de ser un récord. Debieron de ser cuando visité la obra para entregar mis papeles.

Arthur sacudió la cabeza. —¿Solo tienes la rueda de repuesto?

Henry asintió. —Sí.

—Qué lástima, querido —dijo Martha—. ¿Qué vais a hacer?

Henry se encogió de hombros. —He llamado a un mecánico, pero no podrá venir hasta dentro de uno o dos días. Le he dicho el tamaño de los neumáticos y tiene que conseguir varios antes de venir.

—Bueno, sois bienvenidos a quedaros todo el tiempo que necesitéis. —Miró a Chelsea. Su nuera parecía derrotada. No sonreía. Bajó la cabeza cuando Martha la miró. Su debilidad hizo que la sonrisa de Martha se ensanchara—. Quedaos todo lo que tengáis que quedaros.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

En cuanto Chelsea volvió a entrar en la cabaña, buscó enseguida una excusa para estar a solas.

—No me encuentro bien —le dijo a Henry, dándole unas palmaditas en el pecho—. Más de ocho horas de caminata me han dejado agotada. Me duele el estómago.

Henry la miró con sinceridad.

—Ve a tumbarte a nuestra habitación. Te llevaré un poco de agua.

Martha puso el dorso de la mano sobre la frente de Chelsea.

—Bueno, parece que está bien, pero si va a... regurgitar, intente que sea fuera. —Arthur la observaba con expresión preocupada.

Chelsea asintió y se dirigió al pasillo. Cerró la puerta de la habitación de Henry tras de sí y se tumbó en la cama. Eran apenas las tres pasadas. Tarde o temprano tendría que salir del dormitorio y estar con ellos para cenar. La idea la aterraba.

Sin teléfono. Sin entretenimiento moderno. Solo más tiempo con la familia Jameson. Justo lo que toda chica soñaba: más tiempo con los suegros.

Podía imaginarse a Neil riéndose de ella cuando se lo contara. Por un momento olvidó todo lo que él le había dicho. Quizá podría perdonarlo. ¿Habría alguna forma de que fueran amigos puramente platónicos? Él nunca se había interesado tanto por ella hasta el otro día.

El mecánico vendría mañana, en algún momento. Podía aguantar un día más, ¿verdad? Había gente en este mundo que tenía que lidiar con mucho más que con Martha y Arthur Jameson. Estar con sus suegros no era nada del otro mundo, después de todo.

Henry llamó a la puerta y la abrió despacio. Llevaba un vaso grande de agua en una mano y un pequeño cuenco de guiso en la otra.

—A mamá le sobró de anoche. Yo cenaré con ellos, pero como tú no te encuentras bien, tómate tu tiempo y descansa. Come algo si quieres.

—Gracias —dijo Chelsea, incorporándose en la cama. Cogió el cuenco y el vaso y los puso en la mesita de noche—. Tengo el estómago revuelto. Puede que simplemente descanse.

—De acuerdo —dijo Henry—. Llámame si necesitas algo. Iré a verte dentro de un rato. —Henry se inclinó y le besó la frente.

—Gracias —dijo Chelsea con una sonrisa. En cuanto Henry salió del dormitorio, su sonrisa se desvaneció rápidamente.

Una noche más, se dijo a sí misma. Por el amor de Dios, una noche más.

Chelsea se terminó el guiso y se quedó inquieta en la cama de Henry. No quería levantarse por miedo a que las tablas del suelo crujieran y delataran que se sentía mejor. Lo cierto era que se encontraba bien, al menos físicamente. Lo único que la haría regurgitar era pasar más tiempo con la familia de Henry.

Chelsea pensó en Toronto. Su vida estaba a punto de dar un giro enorme. Era casi como si estuviera a punto de embarcarse en una aventura.

Se preguntó si se sentiría diferente cuando estuviera en la facultad. No era propio de ella irse a otra provincia para estudiar. Pintar era su sueño. Pero le preocupaba lo que pasaría después de terminar. ¿A cuántos artistas de éxito conocía? La lista era pequeña y estaba llena de artistas que eran famosos y cuyos nombres conocía todo el mundo.

Podía imaginar a Henry alegrándose de que hubiera completado su formación para ser mejor pintora, pero decepcionado por el hecho de que se hubiera alejado de él y el esfuerzo no hubiera servido para tener más éxito al final. Él no era del tipo de personas que le echaría algo así en cara, pero sin duda lo pensaría. Y Chelsea también lo pensaría.

Si eso ocurría, lo más probable era que Martha no se guardara sus opiniones sobre la aventura de Chelsea en Toronto. A juzgar por cómo hablaba Martha, Chelsea solo podía imaginar las cosas que se guardaba para no decírselas a la gente.

Unos golpes firmes en la puerta hicieron que Chelsea se subiera las mantas hasta la cabeza, poniéndose de lado. Supo instintivamente que no era Henry.

Oyó el crujido de la puerta del dormitorio al abrirse y cerró los ojos.

—¿Chelsea? —dijo Martha. Chelsea no se movió, pero podía sentir su presencia a los pies de la cama, observándola. Martha cruzó el dormitorio. Chelsea sintió una brisa pasar por su rostro y supo que Martha estaba inclinada sobre ella. Oyó el tintineo de la porcelana cuando Martha recogió el cuenco y el vaso de la mesita de noche. Luego no oyó nada en absoluto. Sabía que Martha seguía en la habitación por algún motivo y se sintió tentada a abrir los ojos. En lugar de eso, fingió ser la Bella Durmiente.

Tras unos instantes, oyó por fin a Martha salir. La puerta del dormitorio crujió al cerrarse. Por alguna razón, a Chelsea le preocupaba que Martha siguiera en la habitación con ella. Era como si aún pudiera sentir su presencia. Esperó varios minutos antes de abrir los ojos y confirmar que era la única que estaba allí.

Miró al techo, tomando aire profundamente. Cerró los ojos e intentó obligarse a dormir, y lo logró en algún momento. Cuando se despertó, estaba oscuro y Henry estaba a su lado.

Se levantó de la cama en silencio. Vio el teléfono de Henry en la mesita de noche junto a él y se acercó con sigilo para mirarlo.

Pulsó el botón lateral del teléfono y se alegró al ver que ya eran las diez de la noche. De algún modo, se las había arreglado para quedarse en la habitación de Henry el resto del día, pero estaba totalmente despierta y tenía muchas ganas de orinar.

Chelsea abrió la puerta del dormitorio y notó que la de sus padres estaba cerrada y no venía luz del pasillo. Usó el baño en silencio y estaba a punto de volver a la cama cuando empezó a oír el tintineo de metal y un taladro. La luz roja sobre la puerta no estaba encendida, lo que significaba que el sistema de seguridad no estaba

conectado. Vio luz a través de la ventana delantera que venía de nuevo del establo.

¿Qué hacía Arthur allí?

Chelsea sabía que debía volver a la cama, pero esa noche los sonidos que venían del establo le parecieron más siniestros. ¿Qué estaba haciendo?

Se dirigió en silencio a la sala principal para mirar por la puerta, pero entonces un crujido en el salón la hizo saltar presa del pánico.

Arthur se levantó de su sillón. —¿Te encuentras mejor? —preguntó.

Chelsea sonrió con timidez. —He descansado bien, gracias. —Miró hacia afuera y oyó el sonido de un taladro—. ¿Qué está haciendo Martha ahí fuera?

Arthur levantó la mano con las cejas arqueadas. —No salgas —dijo con severidad.

Chelsea dio un paso atrás. —No iba a hacerlo. No pretendía molestarle.

Arthur frunció los labios y miró por la ventana y hacia el pasillo. —Esto no es lo que yo quiero. Tienes que saberlo. Tienes que portarte mejor con ella.

Chelsea dio otro paso hacia atrás. —¿A qué se refiere?

Arthur negó con la cabeza. —No. Eso no va a funcionar. —Volvió a mirar a Chelsea—. Si yo fuera tú, huiría de aquí.

La puerta del dormitorio crujió al abrirse y Henry apareció por el pasillo, frotándose los ojos todavía con sueño. —¿Pasa algo? —Chelsea lo abrazó con fuerza, sin soltarlo—. Sea —dijo él—, ¿qué ocurre?

—Solo quiero irme a casa —dijo ella en voz baja.

Henry miró a su padre. —¿Qué has dicho, papá?

—Nada —dijo Arthur—. Solo estoy ayudando a Martha. Hemos atrapado un conejo en una trampa; lo está limpiando en el establo.

—¿A estas horas? —dijo Henry, levantando las cejas. Chelsea no lo soltaba.

—Ya sabes cómo es tu madre —dijo Arthur.

Henry miró fijamente a su padre. —Vaya si lo sé. Volvemos a la cama. —Henry guio a Chelsea de vuelta al dormitorio y cerró la puerta.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó.

—Me ha asustado —dijo ella—. No lo entiendo. Ha dicho que debería huir... lejos de la cabaña.

Henry pareció sorprendido. —¿Ha dicho eso? ¿Ha dicho por qué? —Chelsea negó con la cabeza—. No me he fijado... ¿tenía algo en las manos? Estaba oscuro. No lo he visto, estaba tan pendiente de ti. No tenía un arma ni nada, ¿verdad?

Chelsea negó con la cabeza. —Creo que no. —Recordó la historia que le había contado Henry sobre Arthur sentado a oscuras con una escopeta en el salón.

—Debería hablar con mi madre —dijo Henry—. Si está hablando así, tenemos que llevarlo a un médico de inmediato. No puedo permitir que se tome su tiempo y se dé cuenta de que necesita uno cuando sea demasiado tarde.

Henry empezó a abrir la puerta del dormitorio, pero Chelsea la cerró. —No vayas. Solo quédate conmigo, por favor.

Henry asintió. —Mi madre sabe cuidarse sola, estoy seguro. Quédate cerca de mí hasta que nos vayamos mañana. Puedes quedarte en nuestra habitación hasta que llegue el momento de volver a la camioneta. Le envié un mensaje al mecánico y le pedí que me avisara cuando pusiera los neumáticos nuevos.

Chelsea sonrió. Por segunda vez en veinticuatro horas, sintió que esta pesadilla estaba a punto de terminar.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Al día siguiente, Chelsea fingió que se le pegaban las sábanas y se tomó su tiempo para levantarse. Henry se había despertado temprano. Dijo que llamaría al mecánico esa mañana para que le informara de la situación.

Henry abrió la puerta silenciosamente y entró en el dormitorio. —Menos mal, ya estás despierta. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor hoy —dijo Chelsea.

—¿Crees que estás lista para salir del dormitorio hoy? — esbozó una sonrisa burlona.

—Sí. ¿Alguna novedad del mecánico?

—Ha dicho que volvería a llamar cuando estuviera de camino a la camioneta. Tiene los neumáticos, pero necesita sacar tiempo para venir hasta aquí y, desde luego, me va a cobrar un ojo de la cara por el servicio —Henry miró hacia el pasillo—. Mi madre ha hecho el desayuno, pero ya se ha quedado un poco frío. Mis padres han salido ya. Mi madre se ha ido de caminata. Mi padre está pescando.

—Vale, gracias —dijo Chelsea.

Henry sonrió.—He estado ayudando a mi padre a poner trampas para el lobo a primera hora. Apesto de tanto arrastrarlas por ahí. Voy a darme una ducha, ¿quieres venir?

Chelsea negó con la cabeza.—La verdad es que tengo mucha hambre.

Henry se rio.—Bueno, eso es mejor que lo de ayer. Mi madre ha preparado un montón, como de costumbre —Henry dejó su teléfono móvil en la mesita de noche, cogió algo de ropa de su cómoda y se dirigió a la ducha.

Chelsea tardó en salir de la cama. Echó un vistazo fuera del dormitorio y, cuando estuvo segura de que solo estaban ella y Henry

dentro de la cabaña, fue a la cocina. En un recipiente había varias tortitas con una guarnición de beicon. Al lado había una jarra de sirope de arce. Los carbohidratos pesados y el azúcar por la mañana tenían el poder de animar a cualquier mujer.

Sacó un plato de un armario superior y abrió el recipiente. Miró por la ventana delantera hacia el granero y sus alrededores. No lograba ver a Martha ni a Arthur por ninguna parte.

¿Qué estaba haciendo Martha anoche? ¿Qué estuvo haciendo Arthur la noche anterior?

Abrió la puerta principal y se dirigió al granero, buscando con cuidado a sus suegros mientras avanzaba por el sendero de tierra. Cuando llegó a la puerta del granero, pegó el oído y escuchó con atención, pero no oyó nada. La abrió lentamente.

Al entrar, vio que parte de la pared estaba cubierta de salpicaduras de pintura roja. Cuando se acercó, vio que no era pintura en absoluto, sino sangre seca. Las manchas de color rojo oscuro manchaban la encimera, las paredes traseras y el suelo.

Chelsea se llevó una mano a la boca. Arthur dijo que habían cazado un conejo anoche, pero ¿cómo podía una criatura tan pequeña producir tanta sangre?, pensó.

Debajo de la encimera estaba la lona que había visto antes. Recordó la caja de hojalata con las fotos. En una aparecía Arthur con una niña que no debía de tener más de dos años. Retiró la lona y seguía allí. La tapa de la caja no estaba bien encajada. La quitó del todo y la foto de Arthur seguía allí, pero también había algo más.

Una pistola plateada descansaba sobre las fotos. Chelsea sabía que antes no estaba allí. Si lo hubiera estado, no se habría encontrado en la parte superior del montón. Henry le había dicho que guardaban las armas bajo llave debido al estado de Arthur, así que ¿por qué había una pistola a la vista?

Cogió el arma con cuidado y la dejó sobre la encimera. Examinó la foto de Arthur. La niña mostraba una sonrisa radiante, al igual que Arthur. Chelsea no tenía ni la menor idea de quién podía ser la pequeña.

Chelsea miró hacia la caja de hojalata para ver qué había debajo. Le había parecido sentir una tarjeta de crédito cuando

estuvo mirando dentro anteriormente. Ojalá hubiera sido eso.

Le empezó a temblar la mano al ver su foto en el carné de conducir expedido por el Gobierno. Había varios carnés dentro de la caja. Algunos tenían rostros que reconocía, mientras que a otros no los había visto nunca. Uno era de alguien a quien conocía muy bien. Chelsea soltó la foto de Arthur e intentó coger una de las identificaciones, pero su cuerpo temblaba y no se lo permitía.

Consiguió agarrar una y se la quedó mirando con incredulidad.

—Henry McVoy —decía el carné. Chelsea miró la foto de Henry sin podérselo creer. Dejó caer la tarjeta de nuevo en la caja y cogió otra.

—Henry Shaw —esta vez, pero era el rostro de Henry el que la miraba.

Había varios documentos de identidad más dentro. Ninguno de ellos llevaba el nombre de Henry Jameson. Todos tenían la misma foto de Henry en el anverso. Los registró todos y encontró uno que ponía «Caroline Sanders». Reconoció la foto de la mujer como la de Carrie, la antigua prometida de Henry. Al fondo del montón había uno que tenía la cara de Arthur.

Chelsea sintió que el corazón le iba a saltar del pecho.

—Si yo fuera tú, huiría —le había dicho Arthur la noche anterior. El día anterior le había preguntado si sabía cómo llegar a la autopista. Chelsea sintió como si le hubiera caído un rayo. Arthur la estaba advirtiendo.

Los neumáticos pinchados de la camioneta de Henry. ¿Había sido él o su madre? ¿Había llamado Henry siquiera a un mecánico? Cuando Martha se fue a aquella larga caminata la noche anterior, ¿había rajado ella los neumáticos?

Desde dentro del granero, divisó movimiento más allá del jardín. Martha se dirigía al camino de tierra que llevaba a la casa. Chelsea salió corriendo del granero, de vuelta hacia la casa, antes de que Martha pudiera verla. Entró rápidamente en la cabaña. Antes de cerrar la puerta, miró hacia atrás y soltó un suspiro al ver que Martha no estaba a la vista.

Aún podía oír a Henry dentro de la ducha.

Chelsea entró en el dormitorio de Henry y cerró la puerta con sigilo. Su teléfono seguía en la mesita de noche. Lo cogió y, al no tener protección de contraseña, pudo acceder a la pantalla de inicio rápidamente. Abrió el registro de llamadas. No se ha realizado ninguna llamada hoy.

Sintió que el corazón se le hundía. Henry nunca llamó a un mecánico. Henry ni siquiera era *Henry*.

Chelsea empezó a marcar el 112, hasta que se dio cuenta de que estaba en medio de la nada con Henry y sus padres. Él le había mentido sobre quién era. Había mentido sobre lo de llamar al mecánico. Uno de ellos cortó los neumáticos de la camioneta. Pensó en los sonidos que salían del granero a altas horas de la noche y en la sangre salpicada por todas partes en su interior.

¿Qué tenían planeado para ella?

Canceló la llamada a emergencias antes de completarla. Henry vería que había llamado al 112. No habría forma de ocultarlo. La policía no tendría ni idea de dónde estaba la cabaña de sus padres. Se quedaría allí atrapada con ellos hasta que pudieran encontrarla..., si es que podían encontrarla, si es que aceptaban intentarlo.

Oyó que la ducha dejaba de funcionar y entró en pánico. Abrió un mensaje de texto e introdujo el número de Neil. Afortunadamente, lo recordaba.

—Soy Chelsea. Te escribo desde el teléfono de Henry. Necesito tu ayuda. Es urgente. ¡No llames a este número, pero respóndeme enseguida! —esperó a que él respondiera. Henry volvería en cualquier momento. Intentó no pensar en lo que haría si la pillaba con su móvil.

Si Neil respondía, podría pedirle que la ayudara y luego borrar los mensajes. Henry nunca sabría que había usado su teléfono. A menos que Neil respondiera después de que él hubiera vuelto. Chelsea volvió a entrar en pánico.

El teléfono emitió un pitido. Chelsea respiró hondo, sabiendo que Henry debía de haber oído el sonido. Rápidamente bajó el volumen del teléfono a vibración y abrió el mensaje de Neil.

—¿Qué quieres? Llevo días intentando localizarte, ¿y ahora vienes con esto? ¿De verdad eres tú, Chelsea, o es Henry, que me

está tomando el pelo?

Chelsea intentó calmar su respiración. Sentía que el corazón le iba a estallar en el pecho.

—No sé qué está pasando, pero tengo miedo de Henry. No me dejan marcharme. Tengo que escapar y no puedo llamar a emergencias. Si llegas hasta la autopista uno, encontraré la forma de llegar allí. Esto no es una broma. Tengo miedo, Neil, y necesito tu ayuda.

Neil tardó solo un momento en responder. —Vale. Salgo ahora mismo. ¿Cuál es la última salida que recuerdas haber pasado?

Chelsea recordó la tienda de conveniencia. El dependiente malhumorado y aquellos niños. —El último sitio que recuerdo fue una tienda de conveniencia junto a la autopista antes del Parque Nacional Banff. Intenta llegar pronto. Pero no me vuelvas a escribir hasta que pueda coger su teléfono y escribirte yo. Cuando te escriba la próxima vez, dime por dónde vas e intentaré salir de aquí. Llama a la policía y cuéntales lo que está pasando.

Henry abrió la puerta del baño. Chelsea no tuvo tiempo de esperar a que Neil contestara. Borró rápidamente sus mensajes y volvió a dejar el teléfono en la mesita de noche.

—¿Estás celosa? —Chelsea se giró y vio a Henry sonriéndole, con una toalla enrollada a la cintura—. ¿Envidia de móvil? Cuando volvamos a la ciudad, pasaremos por un centro comercial o algo así y te compraremos otro.

Chelsea forzó una sonrisa. —Quería ver si había llamado el mecánico.

—¿Lo ha hecho?

—No he tenido oportunidad de mirarlo, pero no aparecía ningún mensaje en la pantalla.

Henry se quitó la toalla, mostrándose ante ella. Dejó caer su ropa sobre la cama, tomándose su tiempo para vestirse. De vez en cuando miraba a Chelsea con una mueca burlona.

Chelsea sintió que le daban ganas de vomitar de verdad esta vez.

¿Quién era su marido? ¿Por qué tenía varios documentos de identidad con nombres diferentes? ¿Por qué había mentido sobre el

mecánico? ¿Qué quería de Chelsea?

Ella lo amaba. Sentía con toda su alma que era su alma gemela. Él había estado a su lado en su desesperación durante el último año.

Todo había sido una mentira.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Chelsea salió del dormitorio mientras Henry se cambiaba. Los latidos de su corazón seguían acelerándose. No podía imaginar pasar ni un solo momento más cerca de él. Retazos de su relación acudieron a su mente.

Su primera cita. La primera vez que él le dijo que la amaba. La primera vez que hicieron el amor. El día que ella se mudó a su apartamento. Todos los recuerdos inundaron su mente con la pena de saber que nada de aquello había sido con el hombre que ella creía que era.

Chelsea fue al salón y se sentó en el sillón de Arthur. Se sentía derrotada, utilizada, engañada. Lo que era peor era que no entendía qué estaba pasando. ¿Por qué había mentido Henry sobre quién era?

Martha abrió la puerta principal y dio unos pasos hacia dentro antes de detenerse y mirarla con el ceño fruncido. Chelsea notó de inmediato el ojo morado y la hinchazón debajo del ojo derecho. Martha bajó la cabeza y continuó caminando por el pasillo.

—Voy a hacer un poco de jardinería —le dijo a Henry cuando él pasó a su lado.

Henry avanzó tranquilamente por el pasillo hacia Chelsea, luciendo una sonrisa. —He hablado con ella esta mañana. Creo que os vais a llevar mucho mejor a partir de ahora. Cuéntame si vuelve a comportarse mal.

Chelsea lo miró con miedo y asintió.

—He vuelto a llamar al mecánico en el dormitorio. Me han dicho que puede que no pueda venir hasta dentro de unos días.

—Vaya —dijo Chelsea, balanceándose en el sillón—. Eso son malas noticias.

Henry miró el recipiente del desayuno sobre la encimera. —No has comido nada —dijo, volviéndose hacia ella.

Martha subió por el pasillo con un vestido veraniego nuevo y un sombrero grande. Abrió la puerta principal y salió de la cabaña sin dirigirse a ninguno de los dos.

—Estaba demasiado frío —dijo Chelsea—. Además, no me apetecían tortitas.

—Bueno, tienes que comer algo. Va a ser un día largo para ti.

Henry abrió el frigorífico y se tomó su tiempo mirando dentro, dejando su teléfono sobre la encimera.

—Mamá todavía tiene algo de beicon. ¿Quieres ir al gallinero a ver si hay huevos? Hoy te prepararé yo el desayuno.

Su sonrisa se ensanchó, esperando a que ella reconociera su buena acción.

Chelsea bajó la cabeza, tratando de recuperar el aliento. Volvió a levantarla con una leve sonrisa. —Eso... sería estupendo. Gracias. Iré a mirar.

Se levantó del sillón y miró afuera, hacia el establo. Recordó el desastre sangriento del interior y que la pistola estaba allí. Martha caminaba por el jardín hacia el huerto de manzanos, en el lado opuesto del establo.

Henry se inclinó y cogió una sartén de un armario. Chelsea vio su teléfono móvil en la encimera y respiró hondo. Se acercó a Henry y lo rodeó con el brazo.

—Gracias por el desayuno —mintió—. Me encanta cuando cocinas para mí. —Pasó el brazo por detrás de él, cogió el teléfono móvil y se lo guardó en el bolsillo.

—Bueno, es que te quiero. —Él le besó la frente. Su beso se sintió como ácido quemándole la piel, but she feigned a smile.

—Iré a mirar el gallinero —dijo. Salió por la puerta principal, sin volver la vista hacia él, y caminó hacia el establo. Martha estaba casi fuera de vista al otro lado del jardín. Chelsea aceleró el paso.

Miró hacia la cabaña, pero no podía ver el interior. Todo lo que veía era el reflejo del sol en la ventana. Chelsea entró rápidamente

en el establo. Podía oír a las gallinas cacareando en el gallinero al otro lado.

Chelsea retiró de inmediato la lona de debajo de la encimera para coger la caja de hojalata, pero ya no estaba allí. Escudriñó rápidamente la habitación, pero no pudo encontrarla por ninguna parte. Había visto la pistola y la caja hacía solo unos minutos.

Sacó el teléfono de Henry.

—¿Has llamado a la policía? —le escribió a Neil—. ¿Estás de camino?

Neil respondió de inmediato: —Gracias a Dios que me has escrito. He pensado en llamar al teléfono de Henry. La policía no me ha creído. Voy yo solo. Ya estoy de camino. Corre hasta que llegues a la carretera. Te encontraré. Estaré fuera toda la noche hasta que lo consiga.

—¡Gracias! Has estado ahí para mí cuando te he necesitado. Tengo que irme y encontrar una forma de salir de aquí.

Chelsea respiró hondo. ¿Cómo podría hacer esto sola? Martha siempre la estaba vigilando. Arthur siempre parecía sorprenderla cuando menos se lo esperaba. Henry era... Ahora no sabía nada de él.

El móvil vibró en su mano y abrió el mensaje de él: —Haría cualquier cosa por la gente que quiero.

Chelsea suspiró. Neil era su única esperanza, pero ¿por qué tenía que escribir eso? No tenía tiempo para pensar en cómo tratar con Neil cuando lo viera. Necesitaba llegar hasta él y preocuparse de lo demás más tarde.

—¡Gracias! —escribió—. Ahora voy a borrar los mensajes para que Henry no los vea. No escribas ni llames. Encontraré una forma de salir y llegar a la carretera. —Borró los mensajes y echó un último vistazo dentro del establo en busca de la caja de hojalata. Se odió a sí misma por no haber cogido la pistola cuando pudo.

Fue rápidamente al gallinero, rodeando el establo. Pasó entre las gallinas que le cacareaban y cogió cuatro huevos. Necesitaba ingerir tanta comida como pudiera para aguantar ese día.

Salió del gallinero y miró hacia el bosque, preguntándose en qué dirección debía correr. Recordó el camino hacia el descampado donde estaba aparcada su camioneta. Para llegar a la carretera desde allí solo tenía que seguir el camino. El problema era que, si corría, Henry la buscaría en esa dirección.

Chelsea miró hacia las montañas más alejadas de ella. Recordó que la formación estaba al otro lado de la carretera. Esa sería su mejor opción. Si continuaba hacia las montañas, acabaría encontrando la carretera y a Neil.

Chelsea dio unos pasos por el camino de tierra; entonces resbaló y estuvo a punto de caerse. Un huevo se le escurrió y se rompió en el suelo. Chelsea recuperó el equilibrio y miró la cáscara de huevo destrozada. Abrió la boca con horror al darse cuenta de con qué había tropezado.

Un dedo amputado yacía en la tierra junto al huevo roto. Chelsea se inclinó para mirarlo. Las hormigas trepaban por el apéndice. Había gusanos en el extremo ensangrentado del dedo. En el camino de tierra había trozos de barro húmedo que conducían al jardín.

Chelsea asomó la cabeza por el establo hacia la cabaña, pero seguía sin ver nada en el interior. Siguió el barro húmedo del camino hasta el jardín y divisó una pala cerca de las pequeñas plantas de tomate, junto a un montículo de tierra. Más allá del montón de tierra había un agujero grande, con un bulto envuelto en plástico en medio. Un borde del plástico estaba abierto y ondeaba con el viento.

Se agachó en el agujero, rasgando lentamente el plástico, y se tapó la boca de inmediato para evitar gritar. No pudo evitar que las lágrimas le brotaran de los ojos ni que los chillidos de terror escaparan de sus labios.

Los ojos sin vida de Neil la miraban fijamente. La sangre seca le resbalaba por la cabeza y por el lado de la cara.

Chelsea sacó el teléfono de Henry y volvió a mirar hacia la cabaña.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Henry abrió la puerta principal y llamó a Chelsea: —¡Oye! ¿Qué haces?

Chelsea volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo. —Cogía unos tomates para el desayuno.

—Buena idea. Me preocupaba que te hubieras perdido. Estaba a punto de enviar un equipo de rescate a buscarte.

Chelsea logró devolverle la sonrisa. Henry se quedó en el porche observándola. Chelsea miró hacia el bosque y se preguntó si de alguna manera podría correr más que él. Incluso si pudiera, ¿durante cuánto tiempo? Cogió dos tomates que tenía cerca y regresó lentamente a la cabaña. Henry le sostuvo la puerta abierta para que entrara. Chelsea se sentó a la mesa de la cocina y bajó la cabeza. Dejó los tres huevos y los dos tomates sobre la mesa.

Henry cogió los huevos. —¿Solo tres? Yo solo ya me comería eso.

—Me está empezando a molestar el estómago otra vez —dijo Chelsea. No mentía del todo. Se le había hecho un nudo en el estómago desde que encontró los múltiples carnés de conducir de Henry, o de quienquiera que fuese.

—Bueno, intenta comer algo. En algún momento, el mecánico llegará a mi camioneta y tendremos que caminar hasta allí juntos.

Chelsea respiró hondo, intentando no demostrar lo terrible que le parecía aquella idea. —Genial.

Henry se dio palmaditas en los bolsillos de los vaqueros. —No sé qué he hecho con mi teléfono —miró la encimera de la cocina y luego a Chelsea con una sonrisa socarrona.

Chelsea sintió que se le formaba una lágrima en el ojo. Rápidamente bajó la cabeza y palpó el teléfono en el bolsillo con los

dedos.

Henry se sentó al otro lado de la mesa. —Sabes, he estado queriendo decirte esto. A mis padres no les importa lo de… —Miró las muñecas de ella—. No son del tipo de personas que te digan nada. Quizá sea hora de que uses manga corta para no asfixiarte aquí fuera. Aunque cuando llegue el invierno, tener camisetas de manga larga será muy útil.

Chelsea lo miró, inspirando profundamente. —¿A qué se refiere?

—Bueno, estaba pensando que quizá Toronto no sea la mejor idea para ti ahora mismo. Podríamos quedarnos. ¿Quién sabe cuánto tardará el mecánico en llegar? Incluso podrías perderte el primer semestre. —Agitó los brazos señalando el entorno—. Aquí hay tan poco de qué preocuparse. Te va a encantar esto. Espera a ver… Estoy a punto de arruinar mi sorpresa para ti. Es que no puedo contenerme. Pero quedarnos aquí sería mejor para ti.

Chelsea sonrió, mientras una nueva lágrima asomaba a su ojo. —¿Sorpresa?

Henry asintió. —Te encantará. —Levantó un dedo—. Debo de haber dejado el teléfono en nuestro dormitorio. Ahora vuelvo. —Henry se levantó y caminó por el pasillo.

En cuanto entró, Chelsea sintió que el teléfono de Henry vibraba en su pantalón. Lo sacó con discreción.

—Ya estoy en la autopista —decía el mensaje de Neil—. ¡Busca una forma de irte, ya! —Chelsea miró hacia el pasillo. No pudo evitar que las lágrimas le resbalaran por la mejilla.

Henry salió de su dormitorio y caminó hacia la cocina. Chelsea escondió rápidamente el móvil en su bolsillo, aunque sabía que era en vano.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó. Se plantó frente a ella, secándole las lágrimas—. No te preocupes, Sea. Todo va a ir mejor ahora. —Martha entró en la cabaña por la puerta principal. Se quedó mirando a Chelsea y a Henry e hizo amago de pasar de largo—. Mamá, espera. —Martha se detuvo y miró a Henry. Él le hizo un gesto para que se uniera a ellos en la mesa—. Estoy a punto de decírselo. Ven a sentarte con nosotros.

Martha miró fijamente a Chelsea mientras regresaba a la mesa de la cocina y se sentaba frente a ella, ocupando el lugar de Henry.

Henry se sentó al lado de Chelsea y le cogió la mano. Se tomó un momento para mirar a su madre y a Chelsea, y su sonrisa se ensanchó. —Esto… se siente tan especial. Mis dos mujeres favoritas. Miradnos, sentados juntos como una familia feliz. Me embarga la emoción ahora mismo. No sé cómo expresarlo. —Le dio palmaditas en la mano a Chelsea, mirándola con intensidad—. De verdad te va a encantar estar aquí con nosotros. Sé que así será. Tienes que hacerlo. —Le besó la muñeca—. Tengo algo que enseñarte. Mi sorpresa. —Se detuvo y miró a Martha, arqueando una ceja—. ¿Dónde está papá?

—Seguirá pescando, cielo —dijo Martha—. ¿Quieres que vaya a buscarlo?

Henry resopló. —Tardaría un siglo en volver aquí cojeando, y no puedo contenerme más. —Miró a Chelsea—. Mis padres han estado trabajando en un regalo de bienvenida para ti. Tienes que verlo. —Henry se levantó de la silla, agarró a Chelsea y la obligó a levantarse de la suya—. No seas tímida.

Chelsea se secó una lágrima del ojo. Miró a Henry, que le devolvió una mirada fría.

—¿Qué es? —preguntó en un susurro.

—Sígueme —ordenó Henry—. Está fuera, en el cobertizo.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Henry abrió la puerta principal, sujetándola para que pasaran Martha y Chelsea. Martha salió fuera.

—Le va a encantar, Henry —le dijo ella, deteniéndose un momento para mirar a Chelsea.

—Tengo que daros las gracias a ti y a papá por todo el trabajo que habéis hecho en esto mientras yo no estaba —dijo Henry. Mientras hablaban, Chelsea sacó el teléfono del bolsillo rápidamente y lo escondió detrás de un cojín del sofá en el salón—. ¿Vienes? —le preguntó Henry.

Chelsea le devolvió la sonrisa y asintió. Henry le tendió la mano. Chelsea, con renuencia, alargó la suya y se la cogió. Él la guio por el sendero de tierra, con Martha a unos metros por delante de ellos.

Mientras caminaban, Chelsea sentía que el corazón se le aceleraba con cada paso. Henry parecía tan feliz como siempre. Martha miró hacia atrás a Chelsea y sonrió. Ahora Chelsea estaba preocupada.

¿Qué estaban planeando para ella? ¿Debería echar a correr hacia el bosque con todas sus fuerzas? ¿Tendría alguna oportunidad si corría y se escondía?

Pasaron por delante del establo. Chelsea soltó un suspiro profundo de inmediato. Se los imaginó llevándola allí dentro, creando pintura fresca de sangre roja con su cuerpo. Pasaron por el gallinero. Chelsea lanzó una mirada rápida y vio que el dedo amputado de Neil seguía tirado en la tierra. Pasaron junto al jardín y por la tumba poco profunda de Neil.

Finalmente, Martha se detuvo frente al gran cobertizo. Se sacó el llavero que llevaba al cuello y abrió el candado del cerrojo. Miró

de reojo a Chelsea. Su rostro magullado la hacía parecer más hinchada.

—Estoy emocionado —dijo Henry, agarrando a Chelsea por los hombros—. Me vas a querer aún más ahora.

Chelsea logró devolverle una leve sonrisa mientras Martha abría la puerta despacio. Entró en el oscuro cobertizo y encendió una luz.

Había un lienzo sobre un caballete con las palabras «Píntame» escritas en él. A los lados del cobertizo había una pila de otros lienzos. Múltiples pinceles y diferentes botes pequeños de pintura de colores se alineaban en los estantes que recorrían el edificio.

Aunque el cobertizo era negro por fuera, las paredes estaban pintadas de blanco, lo que le daba un aspecto más espacioso. Aún podía oler cómo se secaba la última capa.

Henry se rio y señaló alrededor de la habitación. —¡He traído aquí algunos de tus materiales de pintura de nuestro piso! Muchos están en los cajones de ese lado —señaló una gran estantería metálica. En los estantes estaban expuestos algunos de los cuadros de Chelsea. Algunos estaban terminados y aún intentaba venderlos, mientras que en otros todavía estaba trabajando—. Organiza este espacio como quieras; es todo tuyo.

Henry la miró, esperando a que ella apreciara lo que había hecho. Cuando Chelsea no dijo nada, su rostro se amargó por un momento, pero luego sonrió. —Ahora tienes un estudio de arte aquí —dijo Henry—. ¿Quién necesita Toronto? Tienes todo lo que necesitas justo aquí. Si quieres algún material, dímelo. Puedo conseguirte cualquier cosa que necesites. —Chelsea miró alrededor del cobertizo, intentando asimilar lo que estaba pasando.

—Tendrás que dárselas a mi madre y a mi padre —dijo Henry —. Cuando yo no estaba, ellos hicieron todo esto. Además de eso, se encargaron de la otra cosa que traje conmigo. —Henry miró hacia el jardín, hacia la tumba poco profunda de Neil. Era casi como si quisiera restregarle lo que estaba pasando para ver qué decía ella. Henry se volvió y miró a Chelsea con intensidad—. No dices nada. ¿No te gusta? He puesto mucho esfuerzo en planear esto para ti. He

dedicado mucho tiempo a planear todo este fin de semana, la verdad.

Chelsea respiró hondo. —Es maravilloso. Gracias —dijo. Se volvió hacia Martha, que tenía una sonrisa burlona en la cara—. Gracias a ti y a Arthur también.

Henry agitó las manos por el cobertizo. —Mucho espacio. Esta es tu oficina. Puedes hacer lo que necesites aquí dentro. Solo pídenos a mamá o a mí que lo abramos cuando quieras. Y... de nada. —Henry se inclinó y besó a Chelsea en la mejilla.

Chelsea volvió a sentir esa sensación de náuseas en el estómago. —Bueno, supongo que siempre que venga de visita este será un espacio precioso para trabajar. Gracias.

Henry la miró y sonrió. Se volvió hacia su madre. —¿Qué te he dicho? Sigue sin entenderlo. No tenemos que irnos nunca de aquí —dijo Henry soltando una carcajada—. Ya no tienes que irte a Toronto. Tenemos todo lo que necesitamos aquí fuera. Podemos estar *juntos*, sin ninguna de las distracciones que trae la vida en la ciudad. La vida aquí fuera es más sencilla. Todo lo que necesitamos aquí es el uno al otro y nuestro amor. —Henry la agarró firmemente de las manos—. Los Beatles: «All You Need Is Love», ¿verdad?

A Chelsea le tembló el labio inferior. —¿Y qué pasa con nuestro piso?

Henry sacudió la cabeza. —Volveré y sacaré el resto de nuestras cosas que necesitemos. El piso no es nuestro. Le pago al casero en efectivo. Cuando ya no estemos allí, que intente encontrarnos aquí fuera para quejarse. No es para tanto.

Chelsea no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas mientras él describía su nueva vida. Le rodaron por la cara.

—Pero... el mecánico —dijo Chelsea, siguiendo su mentira.

Henry le restó importancia con un gesto. —No podrán encontrar mi camioneta. Estamos en medio de la nada. Aunque les diera indicaciones, no podrían encontrarnos. Nadie puede. —Mostró una sonrisa de satisfacción mientras lo decía. Chelsea asimiló sus palabras y su significado. Se sentía como un ciervo paralizado ante los faros de un coche, viendo cómo el hombre al que amaba se convertía en un monstruo ante sus ojos.

¿Cómo no lo había visto antes tal como era? ¿Cómo había podido ser tan ingenua?

Henry le pasó la mano por la cara y miró a su madre. —¿Puedes dejarnos un momento? —Martha asintió y salió del cobertizo. Cuando la perdió de vista, él rodeó a Chelsea con sus brazos y le besó la frente—. Sé que esta no es una *transición* fácil. No todo el mundo puede soportarlo. Pero sé que *tú* puedes. Tengo un buen presentimiento contigo. Siempre lo he tenido.

Chelsea recuperó la compostura. Apretada entre sus brazos, sentía su fuerza. Nunca la había abrazado con tanta fuerza. —¿Lo soportó Carrie Sanders?

Henry miró hacia el jardín. —No..., ella no. Pero no estábamos destinados a estar juntos. Tú y yo sí. Por eso te va a ir genial. Quiero decir, te elegí por una razón. Eres buena persona.

—¿Vas a... matarme? —preguntó Chelsea.

Henry se rio. —¡Qué dices! No estás entendiendo por qué hago esto. Quiero que estemos juntos. Entiendo por qué tuviste la tentación de irte a Toronto, de verdad. Ahora ya no tenemos que estar separados. Puedes pintar aquí. No necesitas la escuela de arte. Tus cuadros quedarán genial en la cabaña. Sé que en realidad no querías dejarme para irte a Toronto... con Neil. —Al pronunciar el nombre del amigo de ella, su sonrisa se desvaneció y su abrazo se estrechó—. Yo no te haría daño, sobre todo si cumples todas las reglas.

—¿Reglas?

Henry resopló. —Para ti solo ha pasado un día. Habrá tiempo de sobra para que te lo explique todo con detalle. Solo ten en cuenta que Arthur y Martha cumplen las reglas. Por eso siguen aquí. —Henry aflojó el agarre y la soltó. Inclinó la cabeza—. Bueno, a veces la gente necesita recordatorios de las reglas.

Chelsea miró por detrás de Henry a la pared del cobertizo. Alguien había pintado encima de lo que parecían marcas de arañazos en la pared. De inmediato recordó el cerrojo y el candado de la puerta del cobertizo. Se volvió hacia Henry, que mantenía su sonrisa.

—Te va a ir genial aquí fuera. No como al *resto* —dijo él.

Arthur entró en el cobertizo presa del pánico. —¡Lo hemos atrapado! ¡Lo hemos atrapado! —gritó—. ¡El lobo! Se ha quedado atrapado en una trampa junto a las cascadas. Está intentando escapar con todas sus fuerzas. Casi se está arrancando la pata ahí dentro.

—Más buenas noticias —dijo Henry asomando la cabeza fuera del cobertizo hacia Martha—. Corre y coge el rifle de la casa. Martha salió disparada sin que su hijo tuviera que decir ni una palabra más. Henry miró a su padre—. Bueno, vamos a matarlo. Quedará como un trofeo estupendo sobre la chimenea.

Chelsea empezó a llorar de nuevo. Arthur miró a Henry con preocupación.

—Puedo quedarme yo con ella.

Henry asintió.

—Vale. Para cuando llegues allí, el maldito bicho ya habrá escapado.

Martha ya estaba de camino de vuelta desde la cabaña. A lo lejos, Chelsea podía ver el brillo del acero del cañón del arma mientras ella corría. Henry le dio unas palmaditas a Chelsea en el brazo.

—No te preocupes. En cuanto me encargue de esto, estarás más segura aquí fuera. No tendrás de qué preocuparte.

Henry salió del cobertizo y se dirigió por el sendero de tierra hacia Martha. Arthur salió y se despidió de ellos con la mano mientras se internaban en la maleza.

Arthur se volvió hacia Chelsea.

—Eso te ha dado casi una hora de ventaja —susurró.

Chelsea se secó las lágrimas.

—¿Qué?

Arthur señaló hacia la parte trasera del cobertizo, a la pila de lienzos.

—Detrás de eso. Te he preparado la mochila. Tienes que correr. Llega hasta la carretera. Reza para que algún alma caritativa pare y te ayude. No vuelvas jamás por aquí.

Chelsea pensó en la caja metálica, con todos aquellos carnés de conducir con otros nombres, uno de ellos perteneciente a Arthur.

—¿Quién eres en realidad?

Arthur soltó una carcajada desesperada.

—Yo era… como tú. Llevo aquí más de cinco años. Henry me engañó para que viniera aquí y no he podido irme desde entonces. —Sacudió la cabeza—. No soy su padre. Gracias a Dios, no soy su padre.

Chelsea dio un paso hacia un lado del cobertizo y derramó un poco de pintura al hacerlo. Cuando apartó la pila de lienzos, tal como Arthur había prometido, allí había una mochila.

—Hay muchos suministros, agua, incluso una manta. He intentado pensar en todo lo que pudiera ayudarte a salir de aquí, aunque te lleve unos días.

—Ven conmigo —dijo Chelsea.

Arthur soltó otra carcajada desesperada.

—Mi pierna… No llegaría muy lejos. Os retrasaría. He intentado huir antes, pero no estaba preparado como lo estás tú ahora.

Chelsea respiró hondo.

—Tu pierna… ¿te hizo eso él?

—Lo hizo después de que intentara escapar. Fui estúpido, le conté a esa furcia de Martha lo que planeaba para ayudarla a ella también. Ella se lo contó todo.

—¿Martha?

Arthur negó con la cabeza.

—No sé quién demonios es esa mujer, pero no es su madre. —Miró hacia el jardín—. Sé que hay al menos tres cadáveres ahí fuera. Si no seguimos su juego, nos sustituye. Engaña a otro para que venga aquí, para que represente un papel en su retorcida fantasía familiar. Si no le siguen el juego, se acabó.

—Tienes que cumplir sus reglas —susurró Chelsea.

—Exacto. Si no entras en su juego y finges, te metes en problemas. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el jardín—. Te unirás al resto de ellos. Por eso voy a decirle que me golpeaste y saliste huyendo. Y hablando de eso, ¡tienes que *irte* ya!

Chelsea se puso la mochila. Antes de salir del cobertizo, se volvió hacia Arthur por última vez.

—Pero *¿quién* eres?

—Fred, Fred Davies —dijo con una sonrisa—. Pase lo que me pase, busca a mi hija, Eve. Dile… no lo sé. Dile que la quiero. —Arthur miró hacia el bosque y luego volvió a mirar a Chelsea—. Ahora lárgate de aquí de una maldita vez, Sea.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Chelsea no estaba segura de cuánto tiempo llevaba corriendo, pero su cuerpo empezaba a resentirse. Arthur, o Fred Davies, le había dicho que solo contaba con una hora de ventaja, más o menos, antes de que Henry y Martha se dieran cuenta de lo que había pasado.

Chelsea no se tomó ningún respiro, salvo cuando aminoraba la marcha para recuperar el aliento. Mientras se apresuraba hacia la formación montañosa que había divisado antes, solo tenía un objetivo: encontrar la carretera. Podría esconderse hasta que pasara un coche e intentar detenerlo.

Pasó corriendo junto a un arbusto y se raspó el brazo. Era uno de los muchos rasguños y hematomas que estaba acumulando mientras se abría paso hacia la carretera.

«Henry mató a Neil», pensó para sus adentros. «Mató a Carrie Sanders». Fred le había dicho que había muchos más en el jardín, enterrados junto a su amigo.

Chelsea se agachó bajo la rama de un árbol. Se detuvo un momento, preguntándose si seguía yendo en la dirección correcta. Miró al cielo, intentando averiguar hacia dónde se dirigía. Había pensado que sería fácil caminar hacia la formación montañosa, pero temía haberse perdido ya.

Pensó en Henry. Imaginó la última vez que habían tenido intimidad. Sus cuerpos eran uno solo y, en aquel momento, eso era todo lo que deseaba. Deseaba sentirse conectada a él. Ahora, lo único que sentía era rabia.

El sonido de un aullido interrumpió sus pensamientos. Oyó los pasos rápidos de algo que estaba cerca. Presa del pánico, pensó que Henry estaba a punto de alcanzarla, hasta que se dio cuenta de que

los pasos eran demasiado veloces para ser humanos. Se giró y vio a un gran lobo corriendo, saltando sobre un pequeño arbusto hacia ella.

Miró a su alrededor e intentó trepar rápidamente a un árbol, pero no lo consiguió. El lobo se acercaba, así que corrió hacia un árbol contiguo que tenía las ramas más bajas. Trepó por él con rapidez y llegó tan alto como pudo. El lobo se detuvo frente al tronco y empezó a dar vueltas a su alrededor. Chelsea intentó subir a una rama más alta, pero era demasiado endeble. Se quedó quieta y miró a la bestia abajo.

El lobo continuó rodeando el árbol y luego se sentó, mirándola fijamente. Chelsea tardó unos instantes en recordar que los lobos no pueden trepar, y de inmediato se sintió mejor. Entonces bajó la vista hacia el primer árbol al que había intentado subir: su mochila estaba al pie de este.

Chelsea sacudió la cabeza. Quería gritar, pero temía que Henry la oyera. Chelsea maldijo para sus adentros y al lobo. Se sentó en la rama del árbol, apoyando el cuerpo contra el tronco.

El lobo se movía a veces por la zona bajo ella, pero siempre estaba a la vista. Chelsea no tenía forma de saberlo, pero era consciente de que llevaba bastante tiempo en el árbol.

Estaba *atrapada.* El tiempo pasado corriendo por el bosque le estaba pasando factura. Tenía los labios secos.

En ese momento comprendió que, por el hecho de que Henry hubiera elegido una cabaña en el bosque para traer a sus *presas*, era igual de malo que el *lobo*. Al igual que el animal, Henry la mantendría en el bosque todo el tiempo que pudiera hasta que un día se aburriera de ella y la añadiera al jardín.

Chelsea se sentía mareada. Con el paso del tiempo, su sed se volvió insoportable. Cerró los ojos, y eso la hizo sentirse mejor.

De vez en cuando, Chelsea volvía a abrirlos, pero el lobo seguía allí. Al cabo de un rato, sintió que las náuseas y el mareo aumentaban. Cerrar los ojos a todo lo que la rodeaba le servía de ayuda. Empezó a abrirlos cada vez menos, hasta que en algún momento se desmayó por completo, y la última imagen que pasó por su mente fue la de Henry sonriéndole.

CAPÍTULO TREINTA

Chelsea abrió los ojos y vio el techo de la cabaña y a Henry en el rincón de su dormitorio, mirándola con preocupación.

—He estado tan preocupado —dijo él, acercándose. Cogió un paño húmedo y tibio y lo presionó contra la cara de ella.

Chelsea se movió en la cama de Henry, pero no pudo mover los brazos. Giró la cabeza y vio una cuerda enrollada en su muñeca, atada al lateral de la cama. Intentó zafarse, pero no pudo.

—Oye —dijo Henry—. Tranquila. Tienes suerte de que te hayamos encontrado. Papá ha dicho que te escapaste de él. Que incluso le golpeaste, lo cual tiene sentido. Está débil. No sería capaz de atraparte. Lo que no tenía sentido, sin embargo, es que me dijera que habías huido en una dirección, pero las huellas de pintura roja me indicaron que habías ido por otra.

Henry se rio.

—No se me da mal rastrear, pero hasta un niño pequeño habría podido averiguar por dónde te habías ido.

Chelsea levantó la cabeza y miró alrededor de la habitación de Henry. Martha estaba en un rincón con un vaso de agua en la mano. Henry le hizo una señal para que se acercara y se lo quitó.

—Estabas gravemente deshidratada —dijo él. Inclinó el vaso y Chelsea intentó beber algo de agua, pero tosió la mayor parte.

—¿Arthur? —preguntó Chelsea entre toses—. ¿Dónde está?

—Bien, está bien —dijo Henry—. No te preocupes por él. Tú solo recupérate. ¿Qué hacías en el árbol?

Chelsea bajó la cabeza.

—Un lobo me persiguió hasta allí.

Henry se mofó.

—Imagina la ironía de eso. Papá dijo que había atrapado al lobo en una trampa, pero mientras tanto estaba por ahí persiguiéndote por el bosque. Puedes imaginar mi sorpresa cuando no había ningún lobo en la trampa junto a las cataratas donde papá dijo que lo había cazado. Papá también se sorprendió por eso cuando se lo dije.

—¿Le... hiciste daño?

Henry sonrió, pero ignoró la pregunta. Se volvió hacia Martha y le entregó el vaso.

—¿Puedes traer más agua, madre? Tenemos que hablar, así que tómate tu tiempo para volver.

Martha asintió y salió de la habitación sin decir palabra. Henry esperó a oír sus pasos por el pasillo antes de volverse hacia Chelsea con mirada compasiva.

—Sé por qué has huido. Debería haberme esforzado más en contártelo. Ser más honesto sobre tu situación, sobre nosotros. Pero acabarás aceptándolo. Sé que lo harás. Tienes que hacerlo. —Henry le agarró la muñeca y la apretó—. Por mí, tienes que hacerlo por mí.

Chelsea bajó la cabeza. No podía sostener la mirada de su amante sin que se le saltaran las lágrimas.

—¿Por qué haces esto?

Henry le levantó la cabeza hacia él.

—Te gusta él, ¿verdad? —Chelsea no respondió, sin estar segura de a qué se refería—. ¿Arthur Jameson? Es una mejora. Deberías haber visto a mis últimos padres. Mi padre biológico, Arthur, era un hombre despiadado. Me pegaba a mí y a mi madre. Me hundió en la vida. ¡Ni una sola vez me trató con respeto! —Henry levantó un dedo frente al rostro de Chelsea y lo bajó—. Ahora, él es mejor. No es perfecto, pero es mejor. Ahora me gusta mi padre. Martha. Ella también me gusta más ahora. La Martha que tuve al nacer se unía a mi padre para pegarme. A veces lo fomentaba. Ella también es mejor ahora. Aunque no es perfecta. ¡Mis padres hicieron de mi vida un infierno! Ahora somos una familia feliz. Y ahora que te tengo a ti en mi vida, es incluso mejor. Pronto podremos darles nietos a mis padres. Podremos vivir juntos. Será

perfecto. Y si no lo es, buscaré a otra persona que ayude a que lo sea. —Henry sonrió.

Chelsea bajó la cabeza. —No me hagas daño.

Henry asintió. —Lo de las cuerdas solo es una precaución. —Llamó a gritos a Martha, que entró en la habitación con otro vaso de agua. Henry cogió el vaso y lo puso en la mesilla de noche—. ¿Me das tu navaja? —preguntó. Martha sacó su navaja suiza del bolsillo y se la entregó. Henry la abrió y empezó a cortar la cuerda hasta que se rompió. Se estiró sobre la cama, deslizando su cuerpo sobre el de Chelsea, tomándose un momento para besarla en los labios. También cortó la cuerda del otro lado.

Henry le devolvió la navaja a Martha y le hizo un gesto para que volviera a salir del dormitorio. —La confianza es lo que hace que un matrimonio funcione. He leído eso. Tenemos que confiar el uno en el otro. Yo confié en ti cuando dejé la caja en el establo con la pistola. Podrías haberme matado con ella, pero no lo hiciste. Quiero decir, no tenía balas, pero tú eso no lo sabías. —Henry sacudió la cabeza y continuó—: Que huyeras fue un error mío, no tuyo. No te expliqué las expectativas, las normas. Si las hubieras sabido, no las habrías quebrantado. Debería haberme esforzado más, y por eso, lo siento.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Chelsea, llevándose la mano al pecho.

Henry le agarró las manos y se las apretó con fuerza. —Quiero que seas tú. Quiero que sigas amándome, como mi esposa. Pero hay unas cuantas reglas básicas. Martha es mi madre. Arthur es mi padre. Sea lo que sea lo que hayas oído, así es como te referirás a ellos.

—¿Quién soy yo? —preguntó ella.

Henry se rio. —Chelsea Jameson, por supuesto, mi esposa. Por la noche, el sistema nos deja encerrados dentro. Hay sensores en las ventanas. Cuando el sistema está apagado, puedes salir de la cabaña. Por favor, no te vayas como ayer otra vez. Si no puedo confiar en ti, bueno..., pregúntale a Arthur. —Volvió a sonreír.

Chelsea bajó la cabeza, intentando contener las lágrimas. —¿Hay algo más?

Henry la miró intensamente. —Ámame siempre, como a tu marido. —Henry palmeó las manos de Chelsea—. Sabes, dicen que uno elige con quién quiere casarse en la vida, y yo lo he hecho bien en ese aspecto. Quiero que sepas que has sido la única con la que me he casado. Un par de veces pensé que iba a casarme, pero no funcionó. Aprendí que era mejor que nos casáramos primero antes de traerte aquí. Así podrías amarme por quien soy. Dicen que eliges con quién te vas a casar. Me di cuenta de que también puedes elegir a tu familia.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Martha

—Tráele otro vaso de agua, Martha. Tráele un paño húmedo, Martha.

¿Cómo puede todavía preocuparse por ella después de lo que ha hecho? Ha intentado huir de él, pero a él le ha dado exactamente igual.

La única vez que Martha intentó huir de él, la molió a palos. Su oído del lado derecho aún no se había recuperado del todo de los golpes en la cabeza.

Ahora, por supuesto, confía en mí, y con razón. Me he asegurado de que todo marche a la perfección para Henry.

Mientras tanto, Chelsea huye. ¿Y qué recibe? Un vaso de agua. Un beso cariñoso. ¡Que la desate de la cama!

Martha esperaba fuera de la habitación de Henry. Pronto Henry la llamaría con otra petición para su querida Chelsea. Sin embargo, Martha haría lo que se le ordenara, casi sin oponer resistencia. Sabía que era mejor no replicarle.

Su plan maestro se había ido al traste. Durante las últimas semanas, había estado preparando a Arthur con la idea de que Henry iba a obligarlos a enterrar más cadáveres en el jardín. Había visto lo horrorizado que se quedó Arthur al enterrar a Carrie Sanders. No paró de llorar en todo el rato. Arthur fue capaz de mantener la compostura cuando enterró al anterior Arthur que hubo antes que él. El anterior padre de Henry no pudo aguantar la presión. Atacó a Martha con un cuchillo. Por suerte, Henry la salvó y le metió una bala en la cabeza.

Poco después, fue reemplazado por el Arthur actual: Frederick Davies.

Cuando el actual Arthur intentó escapar, Henry le mostró poca compasión. Le lastimó la pierna con una pala. No pudo caminar durante más de dos meses, aunque Martha sabía que se hacía el remolón, fingiendo que no podía apoyar el peso para no estar cerca de Henry. Lo que Arthur no sabía era que, al no matarlo, Henry estaba siendo comprensivo con él. Normalmente, escapar conllevaba el reemplazo.

Martha se tocó el ojo hinchado. Hacía tiempo que Henry no la golpeaba de esa manera. Martha sabía que se lo merecía. Había intentado comerle la oreja a Henry sobre Chelsea. Sabía que no duraría mucho aquí. Intentó razonar con él, explicárselo. Él estaba muy alterado y ella intentó hablarle en el momento equivocado.

A él no le importó nada de eso. Martha se puso la compresa fría en el ojo y sintió un suspiro de alivio.

Martha animó a Arthur para que la ayudara a escapar. Le había contado historias falsas de que Henry no estaba contento con su esposa actual. Él le suplicó que le dijera que ella estaría bien aquí, que no necesitaba ser reemplazada. No dejaba de preguntarle si ya se lo «había dicho». Martha sonrió. Había manipulado bien a Arthur. Cuando Martha le dijo que no podía razonar con Henry sobre mantener a Chelsea, él se encargó de ayudarla a escapar. Se creyó muy astuto llenando una mochila con comida y otros víveres. Le recordaba a ella misma cuando era más joven, escapando de sus padres. Había hecho exactamente lo que Martha quería que hiciera. Chelsea hizo exactamente lo que se suponía que debía hacer: escapar.

El plan de Martha se había desmoronado con Henry.

Martha suspiró para sus adentros. La cuidadosa planificación, la manipulación de Arthur... ahora todo había sido para nada. Henry perdonó a Chelsea de inmediato. Sin ojos morados ni piernas rotas. Solo cuidados y atenciones.

Sin embargo, Martha sabía que era mejor no decirle nada. Ya estaba en la cuerda floja. Se tocó el ojo con el paño de nuevo. Ya

había estado en esta situación antes, pero siempre había salido ganando. Sobrevivió a aquellos tiempos y seguiría haciéndolo.

Era una superviviente. Arthur, Chelsea... ninguno de ellos sabía lo que ella había tenido que soportar para vivir. Haría cualquier cosa. Henry volvería a ver su valor. Henry volvería a verla a ella, no a esas otras niñatas.

Henry volvería a amarla.

—¡Martha! —gritó Henry desde el interior de su habitación, sin duda con otra petición para su maltrecha esposa.

—¡Ya voy! —respondió ella a gritos. Se arregló el vestido antes de entrar en la habitación.

Martha era una superviviente. Les sobreviviría a todos. Lo único que tenía que hacer era esperar a que surgiera otra oportunidad; entonces Henry vería que Chelsea necesitaba ser reemplazada.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

A Chelsea le permitieron quedarse tumbada en la habitación de Henry durante un buen rato sin interrupciones, descansando principalmente. Le habían desaparecido las náuseas, al igual que el leve dolor de cabeza que tenía desde que despertó en la cabaña. Temía el momento en que Henry o Martha fueran a ver cómo estaba.

No había sabido nada de Arthur desde que regresó a la cabaña. No oyó su voz fuera de la habitación ni sus pasos renqueantes por el pasillo. Henry, o quienquiera que fuese en realidad, no dijo qué había sido de él.

Henry lo había dejado lisiado de por vida cuando intentó escapar de la cabaña en el pasado. ¿Qué le haría ahora que la había ayudado a ella a huir?

Existía la posibilidad de que Henry se hubiera creído la historia de Arthur de que Chelsea lo había empujado al escapar, pero lo dudaba. Cuando Henry vio que no había ningún lobo en la trampa, aquello habría sido difícil de explicar. Unos golpes en la puerta del dormitorio la sobresaltaron. Se puso de lado y cerró los ojos.

La puerta se abrió lentamente con un chirrido, haciendo que su corazón se acelerara. —¿Sea? —dijo una voz. Se dio la vuelta y vio a Arthur apoyado en el marco de la puerta. Tenía todo el lado izquierdo de la cara hinchado. Llevaba una muleta hecha con ramas largas y gruesas atadas con una cuerda. Entró cojeando en la habitación.

Chelsea se tapó la boca horrorizada. —¿Qué te ha hecho?

Arthur se llevó un dedo a los labios. —Me recuperaré —susurró —. No me ha roto nada que no estuviera ya roto. Tiene que salir del dormitorio ahora. Es la hora de cenar.

Chelsea apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos, deseando despertar de aquella pesadilla. —No puedo.

—Sea, míreme. —Chelsea se volvió hacia Arthur—. Tiene que meterse en su papel aquí. No aguantará mucho más así, créame. Por favor, venga a cenar con nosotros.

Chelsea lo miró con preocupación. Tenía casi toda la cara amoratada. Al hablar, hacía muecas de dolor. Arthur se había arriesgado por ella. Ahora estaba de vuelta en el punto de partida, y todo había sido en vano.

Arthur le tendió la mano. —Por favor —repitió.

Chelsea se levantó de la cama, despacio, y le cogió la mano. —Lo siento —susurró.

Arthur agachó la cabeza. —Yo también. Por todo lo que me han obligado a hacer. Ahora, vamos. Están esperando.

Arthur avanzó lentamente por el pasillo hacia la mesa de la cocina, con Chelsea siguiéndole a paso lento.

Henry estaba sentado a la cabecera de la mesa. Sonrió al ver a Chelsea. Le hizo un gesto para que se sentara a su lado, y ella lo hizo a regañadientes. Arthur, aún más lento de lo habitual, se acercó y se sentó al otro lado de la mesa. Martha estaba ante los fogones, sirviendo el guiso en cuencos. Colocó uno delante de cada persona y se sentó en una silla vacía.

Chelsea notó que la cara de Martha estaba ahora visiblemente menos hinchada. Los hematomas habían remitido sustancialmente. Arthur tenía un aspecto mucho peor ahora. Ambos suegros parecían haber pasado por una batalla.

Henry miró a todos los presentes en la mesa, tomándose su tiempo para observar a cada uno. Arthur tosió, limpiándose la boca, y se encogió de dolor. —No puedo imaginarme la vida sin vosotros —dijo Henry—. Estoy agradecido. No todo el mundo tiene una familia tan hermosa como la mía. —Miró a Chelsea—. Pronto, Chelsea y yo esperamos tener hijos propios. Podemos aportar más amor a este hogar. —Chelsea sintió que se le revolvía el estómago mientras él hablaba en nombre de los dos. Henry bajó la cabeza—. Demos las gracias antes de comer.

—Amén —dijeron los tres al unísono.

—Amén —susurró Chelsea.

Henry sonrió. —Tiene buena pinta, mamá.

—Gracias, cielo —respondió Martha con sequedad—. Hoy solo es sopa de verduras. Arthur no ha pescado nada. —Miró a su marido fijamente, como para avergonzarlo, antes de continuar—. Aunque hoy he recogido todo lo del huerto.

Los tres empezaron a comer, pero Chelsea se quedó mirando su cuenco. Un tomate troceado flotaba en la superficie. Pensó en el cuerpo de Neil descomponiéndose en el huerto e inmediatamente se levantó, vomitando lo poco que tenía en el estómago sobre la mesa y el suelo.

—¡He dicho que fuera! —gritó Martha.

Henry puso una mano en el hombro de Chelsea. —Necesita más líquidos. Debe de seguir deshidratada.

—Le he hecho sopa —dijo Martha con el ceño fruncido—. Le he hecho sopa para que pudiera tomar más líquidos.

Chelsea cerró los ojos y rodeó a Henry con sus brazos. Por un breve instante, él se sintió como lo hacía antes de que ella descubriera quién era él realmente.

—Necesito tumbarme otra vez —susurró Chelsea.

—Faltaría más —dijo Martha, alzando una mano—. Siempre tiene que estar en la habitación de Henry.

Henry la miró con una ceja levantada. —Basta —dijo. Martha obedeció.

Henry ayudó a Chelsea a volver a su dormitorio. Ella se tumbó en la cama y Henry la cubrió con las sábanas. —Espero que te sientas mejor pronto —dijo—. Volveré con algo de agua. —Salió de la habitación y Chelsea se puso de lado y cerró los ojos. Todo lo que quería era quedarse en esa cama para siempre, hasta que se dio cuenta de que pronto sería de noche y él estaría tumbado a su lado.

Se imaginó sentada a la mesa de la cocina con Henry y sus suegros. Chelsea tenía el labio amoratado y moratones oscuros alrededor del cuello. Martha tenía un ojo morado reciente y Arthur aún se estaba recuperando de sus heridas.

Chelsea sabía que era solo cuestión de tiempo que ella misma sintiera la ira de su marido.

Pensó en lo que había dicho Arthur: «Tienes que fingir». Pensó en el huerto y en Carrie Sanders, que estaba enterrada en algún lugar de allí.

Henry regresó a la habitación y puso un vaso de agua en la mesilla de noche. Se dio la vuelta para marcharse. —Vendré pronto, para ver cómo sigues.

—Espere —dijo Chelsea, incorporándose en la cama. Dio un largo sorbo de agua antes de ponerse en pie—. Ya me encuentro mejor. —Esbozó una sonrisa tan falsa como las que Henry le había estado dedicando—. Gracias, amor mío, por cuidar tan bien de mí. —Le rodeó la cintura con los brazos y le besó en los labios. Chelsea luchó contra el pensamiento del monstruo con el que estaba casada e intentó recordar lo que solía ser. Logró besarlo varias veces—. Siempre me cuida.

Henry sonrió. —Me alegra que me lo agradezcas. Martha está limpiando la cocina, pero te traeré la sopa al dormitorio para que comas.

Chelsea negó con la cabeza. —No, quiero comer contigo y con nuestra familia.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Chelsea siguió comportándose como Henry quería el resto del día. Se sentaron en el salón silencioso, leyendo en familia, cada uno con sus propios libros. Chelsea continuó leyendo *The Martian*. Arthur, otra historia de acción, leía más despacio de lo habitual. Martha se sentó en su sillón, esbozando una sonrisa de vez en cuando mientras leía su novela romántica. Henry se mostró más que emocionado cuando encontró su móvil escondido detrás del cojín del sofá.

Henry se levantó y les dijo que era hora de cerrar la casa por la noche. Martha cerró la puerta principal con firmeza. Arthur tardó en levantarse de su sillón, haciendo muecas de dolor con cada movimiento.

Henry lo observó intensamente. —Buenas noches, padre. Que se mejore por la mañana. —Se volvió hacia Martha y le dijo lo mismo. Henry sacó su móvil y pulsó la pantalla. Sobre la puerta principal, la luz se volvió roja. Martha y Arthur caminaron por el pasillo hacia su dormitorio.

Henry señaló la cámara en el salón. —Tiene sensor de movimiento, con capacidad de audio también. Así que empezará a grabar imágenes y sonido si los detecta cuando el sistema está activado. —Señaló las ventanas—. Tampoco las abran por la noche. El sistema es bastante ruidoso cuando se activa. Solo para que lo sepan, pero ahora confío en ustedes. —Henry tendió la mano a Chelsea—. Vayamos a la cama. —Chelsea sonrió de nuevo, asombrada de lo bien que estaba actuando, y tomó su mano.

Cuando estuvieron dentro del dormitorio, Chelsea se sentó en la cama. Henry cerró la puerta. Se plantó frente a ella, quitándose la ropa, mientras Chelsea observaba, intentando no gritar, pero logró esbozar una sonrisa juguetona. Cuando estuvo en calzoncillos, se

sentó a su lado. Le apartó el pelo hacia un lado y empezó a besarle el cuello, de la forma en que a ella solía gustarle.

Ella puso una mano en su pecho desnudo. —Estoy... bueno, son esos días, cariño.

Henry alzó las cejas. —Ah, ya veo. —Retiró las manos de ella.

Chelsea lo besó suavemente, fingiendo disfrutar de sus labios. —Probablemente por eso me ha estado molestando tanto el estómago. También estoy muy cansada.

Henry asintió. —Sí, día largo. Claro.

Chelsea se tumbó en la cama, de lado. Henry se acurrucó tras ella, rodeándola con su brazo. Chelsea respiró hondo, esperando que lo retirara, pero no lo hizo.

Chelsea miró por la ventana hacia el bosque oscuro que rodeaba la cabaña.

«¿Cuánto tiempo podré seguir fingiendo? Arthur lleva años aquí. Está vivo, pero ¿con qué propósito? Quién sabe cuánto tiempo lleva Martha. Se ha creído por completo su papel en la vida de Henry».

Henry respiró hondo y se acurrucó más cerca de ella. Sentía su aliento cálido en la nuca. Quería gritar y salir corriendo de la habitación, pero cerró los ojos y calmó su respiración.

Su brazo estaba extendido sobre la cama, con la manga larga en la palma de su mano. Chelsea se remangó y miró las marcas en sus muñecas.

¿Qué sentido tenía su vida, atrapada en la fantasía de Henry?

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Después del desayuno, Arthur decidió quedarse en la cama. No tenía buen aspecto.

Martha salió del dormitorio, vestida con un vestido veraniego blanco de manga corta y un sombrero a juego. El vestido tenía encaje en las mangas. Chelsea pensó que estaba muy guapa. De no ser por la personalidad que vestía el conjunto, pasaría por una hermosa mujer mayor.

Chelsea estaba sentada a la mesa de la cocina con Henry tomando café cuando Martha se acercó a ella.

—¿Le gustaría acompañarme hoy con la jardinería?— le preguntó.

Chelsea tenía otros planes. —No, gracias, Martha.

—¿Qué más tiene pensado hacer? —preguntó con una mueca de suficiencia—. Ahora vive aquí y tiene que contribuir.

Chelsea le devolvió la mueca. —Lo haré —dijo. —Chelsea señaló hacia las paredes llenas de cabezas de animales, peces y cuernos—. Quiero llenar estas paredes. Hacer que este sitio sea más *alegre*—. Miró a Henry con una sonrisa—. Quería pintar hoy en mi nuevo taller, ¿te parece bien?

Henry la besó. —Por supuesto —dijo mientras miraba a Martha —. Me encantaría que convirtieras esta casa en un verdadero hogar con tu arte. —Martha soltó un bufido para sus adentros y salió por la puerta principal a toda prisa.

—Esto es un cambio para todos —dijo Henry—. Un buen cambio, pero mi madre se acabará acostumbrando. No te preocupes.

Chelsea asintió. Se levantó y lavó su taza en el fregadero, colocándola en el escurridor junto a otras ollas, cuencos y un gran

cuchillo de cocina. Se tomó un momento antes de volverse hacia él de nuevo.

—Te quiero —dijo Chelsea—. Adiós.

Henry sonrió. —Estoy impaciente por ver qué vas a pintar para mí.

—Nada de mirar hasta que haya terminado —dijo Chelsea en voz baja. Se marchó antes de que él pudiera decir una sola palabra más. Mientras caminaba por el jardín hacia la caseta, vio que Martha la observaba mientras recogía algo de fruta y la depositaba en su cesta.

Chelsea usó la punta del dedo para empujar el cuchillo más arriba en su manga, dejando el brazo pegado al costado para ocultar el bulto.

—Martha —la llamó—, ¿puede abrir la caseta, por favor?

Martha se dirigió lentamente hacia la caseta. Se quitó la cadena del cuello y la abrió, haciendo un gesto para que Chelsea entrara.

—¿Sabe? —dijo Martha con severidad—. A Carrie Sanders no le gustaba mucho esta caseta. La odiaba especialmente cuando Henry la encerraba aquí dentro durante días. Una vez, una semana entera. —Chelsea se llevó la mano a la boca y tuvo ganas de llorar, pero no le dio esa satisfacción—. Henry ha sido muy amable con usted —continuó Martha—, pero eso se acabará algún día pronto. Esa cara bonita suya acabará como la mía. —Se frotó la piel amoratada—. No intente nada raro por aquí —dijo, señalando con el dedo hacia la camisa de Chelsea—. Me enteraré, y la estoy vigilando.

Chelsea asintió. Martha, aunque quizá no fuera la madre biológica de Henry, velaba por sus intereses. No era como Arthur.

Martha sonrió. Hubo algo en ese momento que caló hondo en Chelsea. Sintió asco por Martha. Su suegra estaba intentando asustarla. ¿Por qué?

Era por Henry. Para ella, todo giraba en torno a Henry. Quería ser la persona más importante en su vida.

Chelsea había pensado que Martha solo era una madre controladora, pero era obvio que ese no era el caso. Chelsea era una

amenaza para su puesto como la mujer principal de la cabaña. A Chelsea le quedó claro como si le hubiera caído un rayo encima.

Martha se dio la vuelta y empezó a alejarse, pero Chelsea la llamó. —¡Martha! —Martha se detuvo y se volvió. Chelsea se acercó a ella, manteniendo la manga con el cuchillo oculta en su costado—. Henry me *quiere* a mí, no a usted.

Martha se quedó boquiabierta. —¿Qué ha dicho?

—Me ha oído perfectamente —continuó Chelsea—. Me quiere a mí. Se ha casado conmigo. Mírese la cara. Mire a Arthur. Yo me escapé y *míreme*. Nada. No me ha tocado. De hecho, me quiere más ahora que nunca. Espere a que le diga que me ha pegado.

—¡Qué! —gruñó Martha—. Yo no la he tocado.

—Eso no es lo que le voy a decir yo. ¿A quién creerá? ¿A mí o a usted? ¿Usted qué cree?

—A mí —dijo Martha en voz baja—. Siempre he estado a su lado. Usted no es más que el juguete nuevo y bonito que tiene su atención, por ahora.

Chelsea hizo una mueca de suficiencia y negó con la cabeza. —Hicimos un voto sagrado. Estamos casados. No es nada para él comparada conmigo. ¿No me cree? —Chelsea hundió el dedo en el vestido blanco de Martha—. Probemos. Vayamos las dos a verle ahora mismo y veamos qué pasa. ¿Qué le parece?

Martha retrocedió unos pasos. —Está diferente. Ya ve lo que me hizo ser como soy. ¿Cree que puede ganarme? —Martha dio otro paso atrás—. Podrá pensar que tiene la sartén por el mango, pero no es así. Ha cometido un gran error.

Antes de que Chelsea pudiera decir otra palabra, Martha se dio la vuelta y se alejó rápidamente hacia el jardín. Chelsea entró en la caseta. Se acercó al lienzo en el caballete. Se giró para coger un pincel y miró la pintura, preguntándose cuál sería su último cuadro.

Había sido un error hablarle así a Martha, Chelsea lo sabía, pero nada de eso *importaba*. Deslizó el cuchillo de cocina fuera de la manga y lo colocó debajo del lienzo en el caballete. Cuando terminara su cuadro, ya no tendría que preocuparse por nada más.

Un último corte era todo lo que necesitaba.

Se quedó mirando el lienzo, esperando que la inspiración brotara de ella, pero en lo único que podía pensar era en cómo quería que todo terminara. Estaba atrapada. Hiciera lo que hiciese, su destino sería el mismo que el de su amigo Neil. Era inevitable.

La pregunta era: ¿serían Henry y Martha quienes pusieran fin a su miseria o tendría que tomar la iniciativa ella misma?

¿Cuál sería el destino de Arthur?

Él se había arriesgado por ella. Si Chelsea llevaba a cabo lo que quería hacer, ¿cuánto tiempo más conservaría Henry a su padre? Tenía la sensación de que ya estaba a punto de ser reemplazado.

Chelsea volvió a deslizar el cuchillo en su manga y salió de la caseta. No vio ni a Martha ni a Henry y se dirigió sigilosamente al establo. Pasó por delante de las cañas de pescar y las trampas y se dirigió a la lona que había bajo el mostrador, rezando por un milagro. Cuando la levantó, la caja de hojalata con la pistola, por supuesto, no estaba allí.

Chelsea maldijo para sus adentros y se calló al oír voces afuera. A través de los paneles de madera carcomidos que formaban el establo, espió por un pequeño agujero y vio a Martha y Henry hablando.

Al principio hablaban en voz baja, hasta que Martha la alzó. —Él tiene que irse, y ella también.

Henry negó con la cabeza y dijo algo que ella no pudo oír. Pegó la oreja al agujero, con la esperanza de oír mejor, pero no pareció servir de mucho.

—Cuando ella esté dormida, ayúdame a llevarlo al jardín —dijo Henry.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Martha

Martha llevó su cesta de fruta a la cabaña. Henry estaba sentado en el salón, con la mirada fija en el móvil. Ella lo miró, esperando a que reconociera su existencia. En cambio, fuera lo que fuese lo que estaba mirando en el móvil, era más importante.

Chelsea también era más importante.

Sus palabras en el cobertizo le habían calado hondo en el alma. Por un momento, Martha se sintió como aquella niña a la que su padre acorralaba en la cocina. Había pensado que nunca volvería a sentirse así, hasta que Chelsea apareció en su vida. Hasta que Henry la trajo a sus vidas.

Antes de que ella llegara, las cosas habían ido mejor en su mayor parte. Ahora Henry actuaba como si ella ni siquiera estuviera allí.

Martha fue por el pasillo. Abrió la puerta de su dormitorio, pero se quedó mirando la de Henry. La abrió con sigilo y entró en su habitación. Sobre la cómoda había una foto de ellos.

Hacía mucho tiempo que se habían hecho esa foto, y ambos salían muy favorecidos y enamorados. Fue cuando conoció a Henry, o Henry McVoy, como se llamaba por aquel entonces. Era un chico con problemas. Sus padres eran incluso peores que los de Martha, según le contó Henry.

Martha lo amó desde la primera vez que lo vio. Martha sonrió para sus adentros. ¿Cuánto tiempo llevaba llamándose Martha? Casi había olvidado quién era en realidad. Rachel Bertrand.

Después de escapar de sus padres, vivió durante años en un refugio de Calgary para fugitivos, en su mayoría. El personal sabía

que muchos de los jóvenes que vivían allí procedían de hogares terribles. Incluso después de cumplir los dieciocho, dejaron que Martha viviera allí unos años antes de decirle que tenía que marcharse. Incluso cuando llegó el momento de hacer las maletas e irse, la ayudaron. El refugio le dio un trabajo. Trabajaba sobre todo con los jóvenes, ayudando a los que llegaban y eran como ella. Sentía una empatía especial por los jóvenes que huían de casa.

Conoció a muchos jóvenes que venían y acababan dejando el refugio. Sabía de muchos a los que no les había ido bien tras marcharse. De algunos oyó decir que se habían suicidado. Otros acabaron en prisión. A Martha le gustaba pensar que ayudaba a los jóvenes rotos que llegaban al refugio a encontrar un propósito. Hablaba con ellos. Los escuchaba. Era un hombro en el que apoyarse.

Martha sabía que no era culpa suya que les pasaran cosas terribles después de dejar el refugio, pero eso no significaba que no le doliera.

Los que están rotos se quedan así. Nada podía hacer que volvieran a sentirse completos después de huir de sus casas.

Aunque trabajar en el refugio ayudaba, Martha nunca se sintió completa. Sin embargo, ayudar a los demás le daba un propósito. La hacía sentir que estaba destinada a pasar por las cosas terribles que había soportado. Estaba destinada a ayudar a otros seres rotos lo mejor que pudiera.

Llevaba años trabajando en el refugio hasta que una noche llegó un chico nuevo, Henry McVoy. Era guapo. Joven. Aunque ella era mucho mayor, se sentía eufórica cerca de aquel chico de diecisiete años.

Conectó de una forma en la que no lo había hecho con ningún otro chico o chica que hubiera pasado por el refugio. Le contó cosas de su vida que no le había contado a nadie. Se lo contó todo, excepto lo que ocurrió con su padre aquella noche.

Entonces Henry le contó la verdad de lo que les pasó a sus padres y por qué huyó. Primero le puso un rifle de caza en la cabeza a su madre. Cuando su padre, sobresaltado, saltó de la cama, Henry se encargó de él. Se marchó, cruzó el país haciendo autostop, antes

de llegar a Calgary. Tras conocer a Martha, dijo que no quería ir más al oeste.

Poco después cumplió los dieciocho. El refugio lo obligó a marcharse. Rachel aún podía sentir el dolor que tuvo cuando el refugio la obligó a darle la noticia de que lo echaban. Decidió en ese mismo momento que se quedaría con ella en su apartamento.

Él aceptó. Intimaron poco después. Nunca pensó que se enamoraría de un chico más de una década menor que ella, pero con Henry fue fácil.

Una noche le contó la verdad sobre lo que le hizo a su padre. Henry lo comprendió. Él mismo lo había hecho. O era ella o era su padre. Tomó la decisión correcta, igual que Henry.

Se enamoraron aún más. Henry empezó a trabajar con un nombre falso. Había hecho algunos contactos con gente del refugio que sabía cómo falsificar documentos de identidad. Consiguió trabajar como guardia de seguridad en una empresa bajo el nombre de Henry Jameson.

Hizo buenos contactos en el trabajo y fue ascendiendo en la escala corporativa. Cada vez pasaba más tiempo fuera del apartamento. Rachel sentía que él estaba perdiendo la noción de quién era. ¿Qué sentido tenía estar con alguien si nunca estaba en casa?

Rachel cometió el error de decirle una noche lo disgustada que estaba. Él la acusó de intentar dejarlo. Ella insistió en que no era así, pero la verdad es que lo había pensado. A Henry no le importó. Esa fue la primera vez que la golpeó.

A la noche siguiente, la sorprendió con un anillo de compromiso de esmeralda. Le dijo que sentía lo ocurrido. No quería hacerle daño. La amaba y algún día se casaría con ella. Cuando las cosas fueran mejor en el trabajo, se comprometerían y tendrían una boda por todo lo alto. Invitarían a todo el refugio. Cualquiera que Rachel quisiera invitar podría estar allí. Dijo que estaba preparando una sorpresa para ella. Sería algo que cambiaría sus vidas para *siempre.*

Entonces la llevó a la cabaña del bosque. No podía imaginar cómo Henry había sido capaz de construir una casa. Ingenio y mano

de obra barata de inmigrantes de la calle. Habían trabajado día y noche y terminado la casa de troncos en pocos meses. Henry los dejaba en el aparcamiento y caminaba con ellos hasta el lugar que quería construir. No se les permitía marcharse hasta que la cabaña estuviera terminada; solo salían para ir a por más materiales.

A Rachel le encantaba la cabaña. Henry le dijo que debía deshacerse de su apartamento e irse a vivir con él allí. Serían solo ellos dos, en medio de la nada, sin nada más que su amor para caldear el hogar. Vivirían de la tierra. Harían su propio huerto. Nunca dependerían de nadie más que del otro para su vida allí fuera. Algún día, podrían tener sus propios hijos.

Rachel aceptó, y aquellos años con Henry fueron más de lo que jamás habría podido pedir. Amaba su vida con cada año que pasaba. Henry, sin embargo, se estaba volviendo más distante de nuevo. Se ausentaba de la cabaña durante periodos más largos para trabajar.

Quería un hijo de Rachel, pero cada mes traía más desesperación.

Durante años intentó darle un bebé, pero no pudo.

Henry se frustraba cada vez que a ella le bajaba la regla. Empezó a esforzarse cada vez menos por tener un hijo con ella.

Rachel propuso ir a un médico a la ciudad. Él también podría ver a uno. Quizá hubiera algo que él pudiera hacer para ayudar a que ella se quedara embarazada.

A Henry no le gustó aquello. Pasaron más años y ella siguió sin tener hijos. Rachel ya casi llegaba a los cincuenta. Henry le guardaba rencor por su edad. La culpaba de no poder darle un bebé.

—La familia lo es *todo*—, decía él.

Tras un fin de semana fuera de la cabaña, regresó con un hombre mayor de unos cincuenta y tantos años. Era alguien que había conocido en un acto del trabajo. Al principio, su nombre era Jonathan Melroy. A veces habían ido a pescar juntos en la ciudad durante los descansos del trabajo.

Henry lo había invitado a pasar un fin de semana en la cabaña con ellos, pero cuando el fin de semana terminó, Henry le dijo que no podía marcharse. Jonathan se resistió, pero Henry siguió

haciéndole daño hasta que él obedeció. Empezó a llamarlo su padre y lo llamó Arthur, que era el nombre de su verdadero padre. Solo debía responder al nombre de Arthur. Si no hacía caso o se llamaba a sí mismo Jonathan, Henry le hacía daño.

Henry volvía a ser feliz. Tenía una novia cariñosa y a su nuevo padre. Poco después, trajo a una mujer mayor a la cabaña. Resultó que era la verdadera esposa de Jonathan. La engañó para que fuera a la cabaña con la excusa de encontrar a Jonathan. Ella se alegró cuando encontró a su marido vivo, pero después descubrió la verdad. Ahora no iba a poder salir de la cabaña.

Ahora se llamaba Martha, que era el nombre de la madre de Henry. Arthur era su marido. Eran los padres de Henry. Rachel, su cariñosa novia. Henry tenía todo lo que quería, excepto un hijo.

Al principio, Rachel temía por aquellos desconocidos en su casa. No quería que Henry les hiciera daño. Al igual que hizo en el refugio, intentó ayudarlos a hacer de la cabaña su nuevo hogar. Los ayudaría lo mejor que pudiera, ayudándolos a interpretar mejor sus papeles.

Sin embargo, pronto conspiraron a espaldas de Henry y Rachel para escapar. Cuando lo intentaron, Henry disparó y mató a Jonathan. Rachel ayudó a Henry a enterrarlo en el huerto.

Martha aceptó que nunca volvería a intentar irse y Henry, cariñoso como era con su madre, aceptó que se quedara. Pronto llegó un nuevo Arthur a la cabaña. Martha no mantuvo su palabra y rompió las reglas. No quiso seguir jugando al juego de Henry. Rachel tuvo que ayudar a Henry a enterrar su cuerpo en el huerto también poco después.

De vez en cuando había que sustituir a alguien. Cada año, el jardín se hacía más grande y, de vez en cuando, un nuevo cuerpo era enterrado en él. Aun así, ella no era capaz de darle un hijo.

Pronto, Fred Davies llegó a la cabaña con Henry. Encajó bien y asumió su papel de Arthur mejor que cualquiera de los otros. Henry fue feliz hasta que su Martha, que había hecho el papel de su madre durante unos años, cayó enferma. Intentó explicarle a Henry que tenía cáncer, pero que había pensado que estaba en remisión. Henry

no le permitió irse para ver a un médico. Murió mientras dormía junto a Arthur poco tiempo después.

Al día siguiente, Arthur y Rachel enterraron a Martha.

Mientras la enterraban, Henry cavó un hoyo nuevo en el jardín cercano. Cuando terminaron de enterrar a Martha, Henry se enfrentó a Rachel en el jardín, a solas. Tenía una pistola en la mano.

—Te quiero —dijo él—, pero necesito una familia. Necesito un hijo. Quiero ser padre. Algún día seré viejo y estaré enfermo, como Martha. Necesito a mis hijos. Tú no puedes darme eso. —Henry levantó el arma hacia la cabeza de Rachel y ella cerró los ojos, esperando a que apretara el gatillo, pero no lo hizo.

Se quedó allí con la pistola en la mano, apuntándola, con lágrimas rodando por su rostro. —Te quiero —repitió.

—Esto no tiene por qué ser el final para nosotros —dijo Rachel —. Necesitas una Martha. Necesitas a alguien que te quiera por lo que eres. Nunca dejaré de quererte y solo deseo lo mejor.

—Solo quieres lo mejor para mí —dijo él.

—Claro que sí. —Las lágrimas resbalaban por sus mejillas mientras pronunciaba las palabras—. Me necesitas a tu lado. Déjame ser Martha.

Henry bajó el arma y le cogió la mano, quitándole el anillo de esmeralda del dedo. —Sabes que nunca volveremos a ser lo mismo, ¿verdad? Se acabó. Si no creo que puedas soportarlo, no puedo permitir que seas algo que no eres. —Rachel asintió, aceptando para poder seguir viva. Todos estos años después, todavía deseaba haber dejado que la matara de un disparo aquella noche.

Henry aceptó a regañadientes no matarla y que ella se convirtiera en la nueva Martha. También fue fiel a su palabra y nunca volvió a tocarla como a una novia. Los tres vivieron juntos en la cabaña durante algún tiempo.

Pronto, trajo a Carrie Sanders a la cabaña. Era hermosa, joven. Martha, como se llamaba ahora, la odió desde el momento en que la conoció. Henry le propuso matrimonio ese mismo día. Puso el anillo de esmeralda de Martha en el dedo de Carrie. Martha sintió que le temblaba el labio. Le temblaban las manos. Quería gritar.

Se suponía que Carrie se quedaría un fin de semana y pronto descubrió, como todos los demás, que no se iría.

No se lo tomó muy bien. Puede que Martha la provocara para que rompiera algunas de las reglas de Henry. Puede que mintiera aquí y allá sobre cosas que Carrie decía para que él viera que ella no era adecuada para él.

Una noche, finalmente él mismo lo reconoció. La metió en el cobertizo, intentando obligarla a que lo amara. Martha le dijo que no se podía obligar al amor, que tenía que ser natural. Él no escuchó durante meses. Finalmente, una noche, después de meses de que la pobre Carrie Sanders estuviera en el cobertizo, lo comprendió.

Ella no era la adecuada para él. Después de matarla, la guardó en el cobertizo. Mantuvo su cuerpo encerrado dentro para visitarla cuando estaba en la cabaña. Sin embargo, cada vez iba menos a visitarla. Era como si estuviera de luto por la mujer a la que amaba. A Martha la destrozaba cada vez que lo veía visitarla en el cobertizo.

Martha esperaba que, ahora que Carrie se había ido, podría hablar con Henry sobre ellos. En lugar de eso, una noche llegó a casa y les habló de Chelsea. La había visto mientras trabajaba en el hospital en un contrato pequeño. La vigiló. Le hizo fotos. Con el tiempo, encontró la manera de introducirse en su vida.

En cuanto Henry se lo contó a Martha, ella supo que las cosas iban a cambiar de nuevo. Sabía que Henry conseguiría cualquier cosa que quisiera.

Después de su boda, les dijo que vendrían pronto. Les ordenó que se deshicieran del cuerpo de Carrie y que limpiaran el cobertizo a fondo.

Como siempre, Martha y Arthur hicieron lo que se les ordenó.

Cuando Martha abrió la puerta y conoció a Chelsea por primera vez, la odió de inmediato, tal como hizo con Carrie. Sin embargo, ella era diferente. Chelsea era menos combativa que Carrie. Amaba a Henry más que Carrie.

Ahora Martha se encontraba en el presente. Chelsea era el nuevo amor de Henry. Él había dejado claro que pondría a Chelsea por encima de Martha.

Martha volvió a poner el marco de la foto de ella y Henry sobre la cómoda. Sacó la navaja suiza del bolsillo de su delantal. Sonrió al mirar el corazón rosa que tenía. Henry se la había regalado el primer año que vivieron juntos en la cabaña. De vez en cuando la sacaba para recordarse a sí misma su valor en la vida de Henry.

¿Cómo podía ser Henry tan estúpido por esa niñata? ¿Acaso la juventud y el buen aspecto volvían a los hombres completamente idiotas ante lo que de verdad importaba en la vida?

Martha se metió la navaja en el bolsillo del delantal y fue al pasillo para enfrentarse a Henry, solo que él no estaba dentro. Lo vio caminando por el jardín y se apresuró a alcanzarlo.

Casi se quedó sin aliento cuando llegó a su altura. —¡Henry! —llamó. Él se detuvo y se volvió hacia ella. Fue como si de algún modo ya hubiera puesto los ojos en blanco antes incluso de que ella dijera lo que quería.

—¿Qué pasa? —preguntó con severidad, deteniéndose cerca del establo.

—¿A dónde vas? —preguntó ella.

Henry soltó un profundo suspiro. —Quería ver cómo iba el cuadro de Chelsea. Echar un vistazo.

—Sabes que nos pongo a nosotros por encima de todo, lo sabes, ¿verdad?

Henry sacudió la cabeza. —Ya no sé qué hacer contigo.

Martha bajó la cabeza. —Solo pienso en nosotros, pero sé que no estás viendo las cosas con claridad. Sabemos que Arthur ayudó a Chelsea en su intento de escapar de la cabaña. Hoy ha vuelto a intentarlo —mintió ella.

—¿Qué? —dijo Henry con una carcajada—. Ni hablar. Aprendió la lección... y por las malas. Tendré que encontrar la manera de que la cabaña sea accesible para sillas de ruedas después de lo que le hice. Ha estado en su habitación todo el día.

—No a la hora del desayuno. Esta mañana, cuando estabas sacando los cubos del aseo al compost, entré en el dormitorio y los dejé en la mesa de la cocina.

—¿Por qué has hecho eso? —dijo Henry, levantando una ceja —. ¿De verdad creíste que era una buena idea?

—Quería ver qué decían —dijo ella.

Henry se cruzó de brazos. —Bueno, ¿de qué han hablado?

—De escapar, ¿de qué va a ser? —dijo Martha levantando la mano—. Dijo que solo estaba fingiendo que te quería. —En realidad, Martha había tenido esa conversación con todos los que Henry traía a la cabaña. Era mejor interpretar el papel que Henry te asignaba. Si no lo hacías, pagabas el precio. Le había dicho lo mismo a Fred Davies cuando llegó por primera vez a la cabaña.

—¿Fingiendo? —dijo él, confundido—. ¿Simplemente le dijo eso a él?

—Vio lo que le hiciste a Arthur. Vio mi cara amoratada. Te llamó loco. Dijo que cuando empieces a trabajar de nuevo planeará su huida. Va a llamar a la policía y les va a contar todo lo que ha pasado aquí fuera.

—¿Qué dijo Arthur?

Martha bajó la cabeza. —La estaba animando. Le dijo su nombre real.

Henry resopló. —¿Hizo eso?

Martha asintió. —¿Cuántas veces se lo has dicho a ese viejo? ¿Cuántas oportunidades vas a darle a Chelsea? Él tiene que irse, y ella también.

Henry hizo una pausa antes de hablar. —Cuando ella esté dormida, ayúdame a llevarlo al jardín —dijo—. Entremos en la cabaña. Quiero oír a Arthur decir esto él mismo. Más vale que no mientas, Martha. Ya estoy al límite contigo también. Él se va de una forma u otra. Fui un estúpido al pensar que podía confiar en él. A Chelsea no le pasará nada.

Martha asintió.

—Dilo —exigió él.

—A Chelsea no le pasará nada.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Chelsea había oído hablar a Martha y a Henry. Comprendió que a Arthur no le quedaba mucho tiempo. Reunió lo que necesitaba del granero y, tras confirmar que Martha y Henry estaban dentro de la cabaña, se dirigió silenciosamente de vuelta al cobertizo para prepararlo todo.

Cogió su pincel y extendió la pintura de forma esporádica sobre el lienzo. Cogió rojo y azul, mojó el pincel en la pintura y movió los brazos con frenesí ante su torso, salpicando el cuadro. Ella misma acabó cubierta de distintos colores. Cuando terminó, echó un vistazo a su pintura, la quitó del caballete y la dejó a propósito en el suelo, con mucho cuidado.

Se puso en pie y, satisfecha de que todo estuviera en su sitio, se apresuró por el sendero hacia la cabaña. Intentó meterse en su papel de esposa cariñosa al que Henry se estaba acostumbrando antes de abrir la puerta.

Al entrar en la cabaña, Arthur estaba sentado a la mesa con Henry y Martha de pie junto a él. El otro lado de la cara de Arthur presentaba moratones recientes. Chelsea miró a Martha y supo que, fuera lo que fuese lo que estaba pasando, su dulce suegra era la causa de aquella escena.

Chelsea se plantó una sonrisa en la cara, ignorando lo que ocurría entre los tres. —Henry —dijo—. Tengo que enseñarte mi cuadro.

Henry la miró con solemnidad. —¿Puede esperar? Creo que tenemos que hablar los cuatro.

Chelsea bufó. —He hecho algo para ti, en el estudio en el que pasaste días trabajando para mí. ¿No te interesa ver lo que he creado por ti?

Martha puso los ojos en blanco. —Henry, habla con ella.

Henry miró a Martha y de nuevo a Chelsea. —Me encantaría ver el cuadro que has hecho para mí. ¿Por qué no lo traes dentro? Podemos colgarlo.

—Te va a encantar, pero aún está fresco. Solo quiero que veas en lo que he estado trabajando todo el día para ti —dijo Chelsea mientras cruzaba la habitación y cogía la mano de Henry—. Ven, vamos. ¡Estás tardando una eternidad!

—¿Estás tan emocionada? —dijo Henry, sorprendido.

—Me encanta mi cuadro, mi zona de trabajo y tú. —Le besó, tirando con más fuerza de su mano.

—Vale, vale —dijo Henry con una risa.

Martha alargó el brazo y los agarró de las manos. —Tenemos que hablar de lo que ha pasado —dijo con severidad—. El cuadro puede esperar.

Chelsea usó la otra mano y apartó la de Martha con fuerza. —Mamá, pare. Quiero enseñarle a mi marido algo que he hecho para él. No necesito su permiso para eso, ¿verdad?

Martha dio un paso atrás, sin saber qué decir.

Henry le sonrió. —Oye, ella es la jefa, mamá. ¿Qué puedo decir? Quédate con Arthur. Ahora volvemos.

Chelsea tiró de su mano y lo guio hacia la puerta principal. Pasearon por el sendero de tierra, cogidos de la mano. Por un breve instante, sintió como si hubiera recuperado al antiguo Henry.

Cuando se alejaron más de la cabaña, Henry le soltó la mano y se detuvo. —Bueno, Martha me ha contado una cosa —dijo en voz baja—. Tengo que preguntarte sobre eso.

Chelsea bufó. —¿Qué ha dicho ella ahora?

—Ha dicho que Arthur te dijo su nombre real. ¿Es eso cierto?

Chelsea respiró profundamente. «¿Cómo ha podido saber eso?», pensó. Él le había dicho su nombre antes de que ella huyera y Martha no estaba ni cerca de ellos. Sin embargo, ya nada de eso importaba.

Chelsea asintió. —Lo hizo. La noche que me escapé. Aunque por aquel entonces no conocía bien vuestras costumbres. Todavía no

me habías explicado las reglas. Le obligué a decírmelo. Vi las diferentes identificaciones en una caja de lata en el granero.

Henry asintió a su vez. —¿Entonces no ha sido esta mañana cuando te lo ha dicho?

Chelsea se rio. —No. ¿Cuándo habría podido hacerlo? Apenas puede caminar, y mucho menos hablar.

Henry asintió de nuevo. —Martha ha dicho que hablaste con él sobre marcharte, sobre que no me querías.

—¿Qué? —exclamó Chelsea—. ¿Cuándo habría tenido ocasión de hablar con él de eso? Se fue a su dormitorio después del desayuno. —Chelsea sabía que Martha estaba inflando a Henry a mentiras. Arthur y ella nunca habían hablado de escapar después de la noche en que huyó. Martha creía que iba a ganarle la partida a Henry jugando con medias verdades. Chelsea seguiría el ejemplo de su querida suegra sobre cómo manipular a Henry—. Martha fue la que me amenazó a mí.

—¿Ella te amenazó? —dijo Henry, cruzándose de brazos.

—Cuando me abrió el cobertizo hoy —dijo Chelsea—. Me dijo que Carrie Sanders estaba enterrada en el jardín y que haría que algún día yo también lo estuviera. —Chelsea bajó la cabeza—. Yo... solo quiero llevarme bien con ella. Quiero que seamos felices, juntos, como una familia. No estoy segura de qué he hecho mal, pero yo no le gusto.

—Ha pasado por mucho. No entiende cuánto te quiero. Probablemente nunca lo entienda. No te preocupes por ella. No te preocupes por ninguno de mis padres. Creo que es hora de que tú y yo pasemos tiempo de calidad aquí en la cabaña. Solo tú y yo. Podemos centrarnos en formar nuestra propia familia aquí fuera. —Henry sacudió la cabeza—. He estado tan concentrado en arreglar el pasado que no me he dado cuenta de que debería centrarme en el futuro, contigo y con nuestros hijos. Yo me encargaré de mis padres.

Chelsea forzó una leve sonrisa. —Me gustaría eso —mintió—. Sabía a qué se refería y esperaba que no se llegara a tal extremo. —Ahora —dijo, tirando de su mano—, deja de perder el tiempo. Tengo que enseñártelo.

Henry la besó en los labios. —Está bien —dijo—. Tengo muchas ganas.

Chelsea lo llevó al cobertizo y le exigió que cerrara los ojos antes de entrar. Henry obedeció, cubriéndose la cara. Dio unos pasos hacia el interior, tropezando con los ojos cerrados, antes de mirar su cuadro en el suelo.

Las salpicaduras de pintura en el lienzo lo dejaron desconcertado. No era lo que ella solía pintar. Levantó una ceja.

Chelsea soltó un suspiro audible detrás de él. —¡Se ha caído! Está arruinado. Parte de la pintura se ha corrido.

Henry la miró. —Apenas se nota.

Chelsea lo miró con la boca abierta. —¿Es que no te gusta?

Henry abrió mucho los ojos. —Me encanta. Es algo nuevo en ti. Pensé que no hacías cuadros abstractos.

—No los hago, pero quería probar algo nuevo. Pero se ha caído del caballete. ¡Está arruinado!

Henry sacudió la cabeza. —Es fantástico, de verdad. Lo colgaré en la pared en cuanto se seque. —Henry entró en el cobertizo y se agachó para recoger la obra. Cuando su mano se aferró al lateral del lienzo, se oyó un crujido seco y los dientes metálicos de la gran trampa se cerraron de golpe sobre el brazo de Henry.

Henry gritó de dolor. Chelsea apartó rápidamente unos botes de pintura y agarró el gran cuchillo de cocina que había escondido previamente.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Martha entró en el cobertizo y lanzó a Chelsea a un lado. Su cuerpo golpeó contra la pared y soltó el cuchillo. Cuando Chelsea se puso en pie, Martha se plantó frente a ella y le dio un fuerte empujón. Chelsea cayó fuera del cobertizo, tropezando con la tierra.

Martha salió corriendo, se abalanzó sobre ella sentándose sobre su cintura y levantó un puño. —¡Sabía que no eras de fiar desde el momento en que te conocí! —Golpeó a Chelsea en la cara, con fuerza. La sangre brotó de su nariz; Chelsea se cubrió el rostro con una mano y le suplicó que parara con la otra.

Martha se mantuvo encima de ella mientras Chelsea forcejeaba. Al alzar la vista, vio a Arthur que se acercaba cojeando desde la cabaña.

—¡Coge la pistola! —le gritó Martha—. La caja de metal está en mi cómoda. Tráemela. ¡Llevo la llave encima! —Miró a Chelsea y sonrió—. Parece que tengo otro agujero que cavar. —Henry gritó dentro del cobertizo, agitándose y dando patadas contra el lateral de aluminio—. ¡Vas a pagar por lo que le has hecho! —le espetó a Chelsea.

—¡Rachel! —gritó Henry—. ¡Me duele! ¡Ayúdame! Me duele. —Siguió golpeando el cobertizo de dolor, gritando cada vez más fuerte.

Martha se volvió hacia su amante. —Yo… —Antes de que terminara, Chelsea la golpeó en el lado de la cara que tenía el moratón y Martha cayó al suelo.

Chelsea se giró rápidamente sobre ella y empezó a descargar puñetazos con fuerza en el rostro de Martha. Martha gritaba mientras Chelsea seguía golpeándola sin que ella pudiera bloquear los impactos. Tras una ráfaga implacable de golpes, Martha dejó de moverse.

Henry gritaba dentro del cobertizo, llamando a alguien llamada Rachel entre sus alaridos de dolor.

Chelsea se levantó lentamente, limpiándose la sangre de la nariz.

Arthur estaba llegando y miró a Martha en el suelo. Se tomó su tiempo para hincar una rodilla y tomarle el pulso. —No está muerta.

Chelsea sintió un suspiro de alivio al oír esas palabras. Martha se volvió hacia Chelsea, con la cara magullada, y masculló algo.

—No te oigo, Martha —susurró Chelsea. Miró a Arthur—. He visto una cuerda en el establo. Vuelvo enseguida. Grita si empieza a levantarse.

Arthur alzó su muleta por encima de la cabeza hacia Martha. —No va a ir a ninguna parte.

Chelsea corrió al establo y cogió el fajo de cuerdas que había junto a la pared. Regresó rápidamente y ató los pies de Martha. Luego las manos. Martha no se movió. Chelsea acercó su cara a su boca y sintió un aliento cálido contra la mejilla.

—Te odio —masculló Martha—. Te odio.

Chelsea se puso de pie y la miró desde arriba. —Yo no te odio. Eres una de los nuestros —dijo—. ¿Quién eres en realidad?

Martha sonrió mientras Henry llamaba de nuevo a Rachel. —Soy Rachel. Henry —dijo entre respiraciones pesadas— me quiere a mí, no a ti.

Dentro del cobertizo, Henry seguía gritando de dolor. Chelsea miró a Martha con empatía. —Te lo puedes quedar.

Martha escupió sangre.

Chelsea se agachó y metió la mano en el escote de Martha, arrancándole el llavero del cuello. Martha gritó de dolor.

—¿Crees que puedes vigilarlos a los dos mientras corro a la cabaña a por la pistola? —le preguntó a Arthur.

—De eso sí puedo encargarme —dijo Arthur, mirando a Martha con el ceño fruncido mientras Henry chillaba.

Chelsea fue rápidamente al dormitorio de Martha y registró su cómoda. Encontró un sobre dentro y lo sacó. En el interior había una foto de Chelsea. Reconoció el lugar inmediatamente. Era el hospital

donde estuvo después de que su padre la pillara cortándose por primera vez. Poco después de aquello conoció a Henry. La foto la mostraba caminando distraída por la calle. Estaba segura de que todavía no conocía a Henry en aquel entonces.

¿Cuánto tiempo llevaba vigilándome?, pensó Chelsea. Volvió a meter el sobre en la cómoda y encontró la caja de metal. La abrió con la llave de Martha y sonrió al ver la pistola.

Chelsea corrió de vuelta hacia Arthur tan rápido como pudo. Enseguida soltó un suspiro de alivio al ver a Arthur de pie sobre Martha y oír a Henry suplicando en el cobertizo.

—Ayúdame con Henry —le dijo a Arthur, y él asintió.

Chelsea entró en el cobertizo. Henry levantó su única mano buena, sujetando con firmeza el gran cuchillo de cocina. Se rio. —¡Venga!, ¡venga!

Chelsea alzó la pistola y le apuntó. —Suéltalo, Henry, o quienquiera que seas.

Arthur sacudió la cabeza. —Ha traído un cuchillo a un duelo de pistolas. Se acabó, Henry.

Chelsea ladeó la cabeza. —Tira el cuchillo.

Henry se rio, haciendo una mueca de dolor al hacerlo. —¿O qué?

Chelsea miró a Arthur. —Tápate los oídos. —Arthur obedeció. Chelsea apuntó la pistola a la pierna de Henry.

Cuando Henry vio la mirada en sus ojos, suplicó: —¡Espera!

Chelsea apretó el gatillo. Al ver que no pasaba nada, volvió a apretarlo.

Arthur sonrió. —El seguro está puesto, Sea.

Antes de que Chelsea pudiera quitarlo, Henry lanzó el cuchillo a un lado del cobertizo. Chelsea soltó el resto de la cuerda a los pies de Henry y le dio la pistola a Arthur.

—Si intenta algo, mátalo —dijo ella.

Arthur apuntó con el arma al pecho de Henry. —Será un placer.

Chelsea se agachó con cuidado hacia Henry y le rodeó los pies con la cuerda. Cuando terminó, lo miró.

—Baja la mano —le ordenó—. Y no intentes nada.

Arthur puso el dedo en el gatillo. Henry bajó la cabeza y su brazo sano. Chelsea le ató la mano al nudo que había hecho en sus pies.

Chelsea se puso en pie y miró a Henry. Tenía los pies y la mano bien atados.

—¿Niñas exploradoras? —preguntó Arthur.

—Niñas exploradoras —repitió Chelsea con una sonrisa de suficiencia—. ¿Puedes darnos un momento, Arthur?

Arthur asintió. —Desde luego. —Le entregó la pistola—. Termina de pasar página. —Arthur salió del cobertizo cojeando.

Chelsea se agachó, cogió el cuchillo y se lo metió en el cinturón. Volvió a mirar a Henry mientras este se quejaba en el suelo.

—¿Qué has hecho? —le preguntó él—. Habríamos tenido una vida maravillosa juntos.

—Todo era mentira —dijo Chelsea—. Todo. —Le apuntó con la pistola—. ¡Nunca me quisiste!

—¡Te quería! —gritó Henry.

Chelsea sacudió la cabeza, viendo a Henry de verdad por primera vez. —¿Me acosaste cuando estaba en la unidad psiquiátrica? ¿Cuánto tiempo llevabas vigilándome?

—Te quise desde el momento en que te vi —dijo Henry, con una lágrima cayéndole por la cara—. Quería que tuviéramos la vida perfecta. La familia perfecta juntos. Sabía que podíamos. Solo tenía que hacerte ver el potencial que teníamos.

Chelsea volvió a negar con la cabeza. —Viste lo vulnerable que era. Te aprovechaste de mí. —Chelsea miró fuera del cobertizo y vio a Martha retorciéndose en la tierra. Sabía que había apretado bien esas cuerdas. No iría a ninguna parte. Miró más allá de Martha, hacia el jardín.

Se giró y apuntó con la pistola a la cabeza de Henry. —Nos usaste a todos. A mí, a Carrie, a Arthur, a Martha y a quienquiera que enterraras en el jardín. —Chelsea apretó los labios—. Tú mataste a Neil.

—¡Él era el que quería usarte a ti! —gritó Henry.

Chelsea miró a Henry y bajó el arma. —No voy a matarte, ni a ti ni a Martha. No voy a enterrarte en el jardín como habrías hecho tú conmigo.

—Siempre has sido demasiado buena para hacer lo que es necesario. ¡Por eso me necesitas!

Chelsea puso el seguro de la pistola. —No soy una psicópata. Vas a pagar por cada vida que enterraste en ese campo. No puedes elegir a tu familia, Henry. No puedes fingir que tienes la familia perfecta. Ninguna familia lo es. Lo que sí puedo es elegir no estar contigo. —Chelsea se rio—. Quiero el puto divorcio.

Chelsea se dio la vuelta y lo dejó en el cobertizo. Mientras salía, él le gritó: —¡Sea! ¡Me necesitas! ¡Me necesitas a mí! —Chelsea lo ignoró. Pasó por delante de Martha, que seguía moviéndose en el suelo con los brazos y las piernas atados. También la ignoró a ella.

Se acercó a Arthur. —¿Estás listo para irte, Arthur?

Él sonrió. —Lo estoy, pero no me llames más Arthur.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Tras reunir provisiones, Fred y Chelsea se abrieron paso por el bosque. Esta vez, Chelsea se dirigiría hacia el camión aparcado en el descampado. Aunque seguiría teniendo las ruedas pinchadas, seguirían el camino hasta la carretera. Llevaban caminando más de una hora, pero no se habían alejado mucho de la cabaña.

Fred se apoyó en un árbol para recuperar el aliento. —Esto no va a funcionar —dijo—. No puedo hacer esta caminata.

—No voy a dejarte —dijo Chelsea—. No voy a volver a hacer eso.

Fred respiró hondo. —No me estás dejando. Te estoy pidiendo que te vayas. No me obligues a suplicar. Si vamos juntos, tardaremos días en llegar a la carretera. Vete tú sola. Llega a la carretera. Busca ayuda. Sé que volverás a por mí. No me detendré. Seguiré moviéndome. Vuelve a buscarme, ¿vale?

Chelsea lo miró, intentando pensar en algo que decirle para que cambiara de opinión. —Está bien —admitió—, pero llévate esto. —Sacó la pistola de la cintura de su pantalón.

Fred negó con la cabeza. —Me llevaré el cuchillo. Tú eres nuestra mejor baza para salir de aquí. Necesitas el arma más que yo. Eso sí, no olvides quitar el seguro si te hace falta. —Le dedicó una media sonrisa.

Chelsea sonrió. —Eres mucho más testarudo de lo que pensaba.

—Eso es lo que mi verdadera mujer me decía siempre —dijo él.

—¿De verdad estás casado?

—Viudo. —Fred se impulsó para separarse del árbol—. Tendremos tiempo de sobra para conocernos si logramos salir de

este infierno. ¡Venga, vete! Estaré bien.

Chelsea asintió y le dio el cuchillo. —Volveré a por ti.

Fred le devolvió la sonrisa. —Sé que lo harás, Sea. Ahora, ten cuidado.

Chelsea lo dejó, se tomó un momento para orientarse y se dirigió en la dirección en la que creía que estaba el aparcamiento. A ratos corría, a ratos trotaba o caminaba. Tras varias horas, divisó una línea de valla rota.

Le dio un vuelco el corazón al saber que era el aparcamiento. Desde la distancia, divisó el camión de Henry. Sacó de la mochila un brownie que ella y Henry habían comprado en la gasolinera y una botella de agua. Se puso a comer y beber mientras se acercaba al camión. Todo lo que tenía que hacer era seguir el camino y este la llevaría a la carretera.

Dejó de caminar al oír un gruñido detrás de ella. Vio al lobo; la fiera le devolvió la mirada, enseñando los dientes. Chelsea sacó la pistola de la mochila y le quitó el seguro. Alzó el arma, dejando caer el agua y el brownie.

—¡Déjame en paz! —le gritó a la bestia—. ¡Déjame en paz! —Retrocedió lentamente, manteniendo el arma apuntándole—. ¡Te odio! —le gritó—. ¡Te odio!

El lobo se acercó mientras Chelsea retrocedía poco a poco. Chelsea siguió gritándole al lobo hasta que este se detuvo. Inclinó la cabeza y engulló el brownie que ella había dejado atrás.

Chelsea se rio para sus adentros, cogió unos cuantos aperitivos más de la mochila y se los lanzó al lobo. El lobo levantó la cabeza hacia Chelsea e inmediatamente volvió a dar buena cuenta de la comida.

Chelsea siguió caminando hacia el aparcamiento, mirando frecuentemente hacia atrás para vigilar al lobo, que ya no la seguía. Chelsea recorrió el camino de tierra, sabiendo que la conduciría a la carretera.

Después de otras pocas horas, la divisó. Cuando por fin pisó la carretera, bajó la cabeza y la apoyó sobre el hormigón frío, riendo.

Al levantar la vista, vio a dos chicos jugando en la cuneta junto a la carretera, observándola. Los reconoció de inmediato como los

chicos que había visto en la gasolinera del pueblo cercano.

—¡Eh, vosotros! —les gritó a los niños. Los chicos salieron de la cuneta al instante y corrieron hacia sus bicicletas, pero Chelsea se adelantó y agarró el manillar de una. —¡Necesito vuestro teléfono! —les exigió.

—Ahora mismo no tenemos —explicó el chico que había intentado robarle el móvil unos días atrás.

—¡Mentira! —le gritó—. ¡No estoy bromeando, necesito llamar a la policía!

—¡Dice la verdad, señora! —gritó el otro chico—. No estamos mintiendo.

Chelsea suspiró. —¿Necesito el teléfono más cercano ya! ¿Dónde hay uno?

El chico de la camiseta roja señaló hacia abajo en la carretera. —La gasolinera donde la vimos antes. Está a una hora en bici.

Chelsea sacó una botella de agua de su mochila y se la bebió de un trago; parte del agua le resbaló por la mano hasta la camiseta.

Le arrebató la bicicleta al chico. —Tu bicicleta estará en la gasolinera. —Chelsea se montó en el sillín y se dio la vuelta. Empezó a pedalear mientras el chico le gritaba.

—¡Pare! ¡Me ha robado la bici!

Chelsea pedaleó tan rápido como pudo. Cada vez que aflojaba el ritmo, pensaba en Fred, solo en el bosque. No sabía qué hora era, pero le pareció que era media tarde. Necesitaba conseguir ayuda y volver a por Fred lo antes posible.

Cuando vio la solitaria gasolinera, casi se echó a llorar. Mantuvo la compostura y llevó la bicicleta hasta la puerta. Se bajó de ella y dejó que cayera sobre el suelo de cemento. Abrió la puerta de la gasolinera de par en par.

El empleado de la gasolinera estaba sentado tras el mostrador leyendo un periódico, sin inmutarse por su presencia en la tienda. —El surtidor está desbloqueado —le dijo—. Cuando haya terminado, vuelva a entrar y pague.

—Necesito su teléfono para llamar a la policía —dijo Chelsea entre jadeos.

El empleado bajó el periódico y la miró de forma extraña. Parecía aún más imbécil de lo que ella recordaba. —¿Por qué? —preguntó con tono desagradable.

Chelsea no respondió. En su lugar, caminó tras el mostrador, agarró el teléfono inalámbrico y se dirigió hacia la salida.

—¡Oiga! —le gritó el hombre, pero ella lo ignoró.

Marcó el 112 y esperó a que alguien contestara.

—112, ¿cuál es su emergencia? —preguntó una mujer.

Chelsea se detuvo frente al tablón de anuncios de la gasolinera. En él estaban todas las personas desaparecidas que había visto antes. Uno de los nombres le llamó la atención de inmediato.

Caroline Sanders. Ahora reconocía la foto de la ex de Henry. Debajo de su nombre, en el cartel, ponía que también se hacía llamar «Carrie».

Chelsea se aclaró la garganta ante el auricular. —Necesito ayuda.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Chelsea tardó varias horas en explicar lo que había sucedido en la cabaña. Cuando les dijo que el cuerpo de Caroline Sanders estaba enterrado allí, empezaron a prestarle más atención. Se formó un gran equipo de búsqueda compuesto principalmente por policías, una unidad canina y paramédicos.

Chelsea exigió guiar ella misma a los inspectores hasta la cabaña. Un paramédico le dio el visto bueno para que fuera y el inspector a cargo aceptó.

Una caravana de vehículos policiales y ambulancias avanzó por la autopista 1. Finalmente, pasaron por la aldea donde se encontraba la gasolinera y Chelsea los guio hasta donde Henry había aparcado su camioneta.

Los vehículos rodearon el de Henry en el aparcamiento casi vacío. Registraron su camioneta de inmediato, pero no encontraron nada fuera de lo común en el interior.

El inspector jefe, el señor Aldridge, era un hombre mayor que se mostraba indiferente ante las cosas terribles que había visto en el trabajo. Tenía un aspecto severo, excepto cuando hablaba con Chelsea, momento en el que su rostro se suavizaba ante sus palabras. A pesar de su actitud imperturbable, Chelsea sabía que debía de haber pasado por mucho durante su tiempo en la policía.

Cuando el inspector Aldridge le dio permiso para salir del coche patrulla, ella lo hizo y señaló la dirección general de la cabaña.

—Es por aquí —indicó—. Respiró hondo mientras observaba el bosque sumido en la oscuridad absoluta—. ¿Qué hora es ahora?

Aldridge miró su reloj.

—Casi las diez.

Chelsea entró en pánico por dentro. Había dejado a Fred en el bosque durante todo el día. Pensó en el lobo. Le había advertido a Aldridge sobre el animal que acechaba con antelación. Él no esperaba muchos problemas con la cantidad de hombres y perros que llevaban en su comitiva.

—¡Encended las luces, muchachos! —gritó Aldridge. En pocos minutos, todo el bosque quedó iluminado como si fuera de día.

—¡Es por aquí! —gritó Chelsea.

Guió al grupo por el sendero que recordaba haber tomado con Henry hacía solo unos días.

—Hay cuatro horas de caminata hasta la cabaña desde aquí —le dijo a Aldridge.

El inspector Aldridge le devolvió la sonrisa.

—Me lo creo. Esto es un parque provincial. Había un cartel destrozado que lo indicaba. ¿Cómo demonios podía vivir alguien aquí fuera sin que nadie lo supiera?

El grupo avanzó por el bosque, iluminando cada palmo de oscuridad a su paso. Los perros ladraban. Los miembros del grupo usaban silbatos.

Tras varias horas de camino, Chelsea empezaba a desesperarse. Aún no habían encontrado a Fred. Estaba segura de que ya habría avanzado más hacia el interior del bosque. Podría haberse perdido al intentar encontrar el aparcamiento.

De vez en cuando, Chelsea gritaba su nombre, esperando oír su voz en la oscuridad. Lo único que oía era a los demás miembros del grupo y a sus perros.

Se imaginó la luz brillante descubriendo su cuerpo tendido en el suelo, muerto. Intentó no pensar en eso y continuó buscándolo en las zonas iluminadas.

De repente, una figura oscura agitó la mano y gritó: —¡Aquí!

Chelsea corrió hacia ella.

—Señora Jameson —gritó el inspector Aldridge, pero ella no se detuvo.

Corrió más allá de los focos de la policía hasta llegar a él.

Fred le sonrió en la oscuridad. —Pensé que no lo habías logrado.

Chelsea le cogió las manos. —Hubo momentos en los que yo tampoco pensé que lo haría. ¿Estás peor?

Fred sacudió la cabeza. —No. Igual. Me siento como una mierda. No podía caminar mucho más.

—No te preocupes —Chelsea giró la cabeza y gritó a su grupo —: ¡Necesito un paramédico aquí!

Los paramédicos colocaron inmediatamente a Fred en una camilla y lo levantaron. Varios lo sujetaron mientras regresaban hacia el aparcamiento. Un agente de policía los siguió.

Chelsea se despidió de Fred con la mano. —¡Lo conseguimos!

Él le devolvió el gesto. —No, lo has conseguido tú. ¡Te debo la vida! ¡Ven a verme!

Chelsea sabía que Fred también había intentado salvarla a ella más de una vez, pero aceptó el cumplido. —¡Iré! ¡Recupérate! —Buscó al inspector Aldridge—. Deberíamos estar en la cabaña en una hora más o menos.

Pronto, las luces de la policía alcanzaron el establo en la oscuridad. Chelsea se lo señaló a Aldridge. —¡Até a Martha justo fuera del cobertizo, cerca del establo! ¡Henry también está dentro del cobertizo!

Chelsea volvió a adelantarse al grupo. Necesitaba saber que Martha y Henry seguían allí. El inspector Aldridge mantuvo el ritmo, desenfundando su revólver y llevándolo al costado.

—Vaya más despacio, señora Jameson —le dijo.

Chelsea negó con la cabeza. —No me llame por ese nombre.

Estaba cerca del cobertizo, pero no veía a Martha. Escudriñó la oscuridad, con la sola luz de la luna iluminando su campo de visión. El inspector Aldridge sacó su linterna y la miró.

—Podría haberse arrastrado hasta el establo —dijo Chelsea, respirando con dificultad.

—Me temo que no —dijo el inspector Aldridge, agachándose. Cuando se levantó, le entregó las gruesas cuerdas—. Parece que las han cortado.

Chelsea supo inmediatamente lo que había pasado. El cuchillo de Martha. Lo llevaba encima cuando Chelsea la ató. ¿Cómo se le había podido olvidar?

Martha había esperado a que ella se fuera para escapar, con él.

Chelsea corrió hacia el cobertizo, pero entró lentamente. Una parte de ella temía que Martha y Henry la estuvieran esperando en la oscuridad, hasta que encendió la luz interior y se tapó la boca con la mano.

La cabeza de Henry estaba caída hacia un lado. Su camisa blanca tenía varios jirones, con manchas rojas brotando de cada uno. En el centro de su pecho había una pequeña navaja suiza con un corazón rosa.

CAPÍTULO CUARENTA

Un año después.

Chelsea seguía preparando su sección en la exposición. Aún faltaban unas horas para que los estudiantes del programa de arte de la Universidad de Toronto presentaran sus obras a todo aquel que tuviera interés en verlas. Le habían dicho que asistirían principalmente familiares. Chelsea sabía que, al no quedarle familia, era posible que no recibiera a muchos invitados en su pared. Aun así, tenía preparado un discurso. Nunca se sabe quién puede aparecer.

Había tenido más de sus quince minutos de gloria tras lo ocurrido en la cabaña. Se habían grabado varios documentales. Otro equipo de rodaje la había entrevistado la semana anterior para que contara cómo le iba un año después. Un biógrafo quería trabajar con ella en la historia de su vida; afirmaba que ya había un estudio de televisión interesado en los derechos para una película.

Sin embargo, Chelsea se negó. Era hora de pasar página.

Levantó un lienzo grande y lo colgó en la pared de exposición. Ya tenía más del doble de cuadros que cualquier otro estudiante. Tenía tantas ideas que le faltaban manos para pintarlas todas a la vez; no obstante, solo unos pocos habían llegado a la pared para la gala.

Otra artista llamada Theresa ocupaba el espacio de al lado. Sus obras incluían muchos espejos. Había titulado su sección «Reflejo» con letras brillantes de espejo. Theresa forcejeaba con un espejo de gran tamaño que estuvo a punto de caerse. Chelsea corrió hacia ella y lo agarró por el otro lado.

—¡Gracias! —dijo Theresa. Señaló el lugar donde debía ir colgado y Chelsea la ayudó.

Una vez que la gran pieza de espejo estuvo en la pared, Chelsea se tomó un momento para contemplarse. Se veía esbelta con su vestido rojo sin mangas. Todavía se estaba acostumbrando a llevar los brazos al aire. A veces la gente se fijaba en los cortes, pero a Chelsea ya no le importaba.

Sonrió a su imagen en el espejo. Su sonrisa se ensanchó al ver a un hombre cojeando detrás de ella.

—Estás estupenda, Sea —dijo Fred.

Chelsea lo abrazó con fuerza—. ¡No pensaba que viajarías desde tan lejos!

—No me lo perdería por nada del mundo —respondió él. Una niña pequeña corrió hacia él y se le abrazó a las piernas—. ¡Esta es Debbie! —dijo agachándose para cogerla en brazos—. Mi nieta, ya tiene siete años. Se había perdido años de la vida de su nieta mientras estuvo en la cabaña, pero por la sonrisa de su rostro nadie lo habría adivinado.

Detrás de Fred, una mujer más joven les saludó con la mano.

—Mi hija, Eve —dijo Fred—. Eve, bueno, esta es mi otra hija, Chelsea.

Eve se acercó a ellos haciéndole cosquillas a su hija, que soltó una risita—. Quiero darte las gracias —le dijo a Chelsea—. No pensé que..., bueno, ha vuelto. —Sonrió—. Gracias.

—Él también me salvó a mí más de una vez —dijo Chelsea con una sonrisa pícara.

Fred se rio—. Escucha, queremos llevarte a cenar después de la gala. ¿Te parecería bien? Estaremos en la ciudad unos días.

—Estoy libre, sin duda —dijo Chelsea.

—¡Mira todo esto! —dijo Eve, contemplando sus cuadros—. Son preciosos.

—¿Me das uno, mami? —preguntó la pequeña Debbie.

—Son magníficos —dijo Fred—. Aunque juraría que uno de estos ya lo he visto antes. —Señaló el cuadro abstracto que ella había pintado para Henry, colgado en un lugar prominente en el centro de su pared.

—No es mi favorito —admitió Chelsea—. Aunque a veces no siempre estás contenta con el pasado. —Se miró las muñecas y volvió a mirar a Fred—. Pero tienes que perdonarte a ti misma, porque eso forma parte de ti. De hecho, es el tema de mi exposición.

Fred sonrió. —Me gusta. ¿Estás lista para mostrar tus cuadros a todo el mundo?

—Siento que para mí sois todo mi público de esta noche. No creo que a mucha más gente le importe, aparte de a vosotros.

Eve se rió. —He visto unos cuantos equipos de televisión fuera. Uno de ellos ha mencionado tu nombre. Yo no diría eso. Creo que hoy vas a recibir bastante atención.

Chelsea sacudió la cabeza. —¡Ay, maldita sea!

—¿Qué pasa? —preguntó Fred—. ¿Qué ocurre?

—El discurso que voy a dar sobre mis cuadros. Odio los discursos. De verdad esperaba que solo estuvierais vosotros.

—Bueno —dijo Fred—, ensaya el discurso con nosotros. —Chelsea se rió, pero Fred se cruzó de brazos, esperando—. Adelante. Puedes equivocarte delante de nosotros si quieres.

Chelsea sonrió. De algún modo, sabía que Fred era un hombre tan testarudo como el que había conocido en la cabaña cuando lo llamaba Arthur. —Está bien. —Se colocó delante de su pared y se dirigió a su pequeño público—. Señoras y señores. *Cambios*. Todos cambiamos a lo largo de la vida. Algunos cambios son para mejor y otros no. Estos cuadros reflejan algunos de mis cambios. —Señaló hacia una zona vacía—. Imaginaos que aquí hay un cuadro. Un cuadro muy bueno. Todavía me estoy preparando. —Se aclaró la garganta—. Este cuadro refleja mi cambio hacia el futuro. Está lleno de promesas. Llevo conmigo todo mi equipaje del pasado. Depende de mí qué haga con las lecciones que he aprendido.

Chelsea señaló el cuadro de una niña con un micrófono y las manos alzadas, subida a la cabeza de un gigante. El gigante tenía una melena larga que iba a juego con la de la niña. —Encontrar tu propia voz puede ser difícil, pero si te quieres a ti misma, con todos tus defectos... —Chelsea se miró el brazo desnudo un momento, sonriendo para sus adentros—, entonces se vuelve más fácil. —

Chelsea avanzó por la pared y señaló el cuadro de una mujer joven con un vestido veraniego, apoyada en una calavera—. En el camino hacia encontrarse y amarse a una misma, reflexionarás sobre las personas de tu círculo. A veces puedes sentir que ciertas personas son el único motivo por el que tu vida es buena. Puedes volverte codependiente de los demás para tu propia felicidad y, cuando eso ocurre, ojalá esas personas tengan buenas intenciones contigo. Está bien apoyarse en los demás cuando necesitas ayuda. —Chelsea miró a Fred y sonrió—. Pero también tienes que valerte por ti misma. —Chelsea volvió al cuadro abstracto que había pintado en la cabaña al final. Lo miró, recordando toda la emoción que sintió al pintarlo—. Es importante recordar, sin embargo, que no importa en qué punto de la vida te encuentres, no estás atrapada. Puedes cambiar.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Adam Kilbourn estaba sentado a la mesa del restaurante, esperando a que su cita regresara del baño. No recordaba la última vez que se lo había pasado tan bien con una mujer desde que falleció su esposa. De hecho, ni siquiera recordaba la última vez que había tenido una cita.

Habían pasado años desde que su mujer dejó este mundo y sentía que aún le quedaba mucho amor por dar. Sin embargo, tener citas a los sesenta no era algo sencillo. Las cosas habían cambiado mucho desde que era un joven soltero que andaba a la caza de mujeres.

Aplicaciones de citas. Tinder. Nada de eso tenía sentido para él. Los encuentros esporádicos parecían ser la nueva norma en el mundo del ligue, pero lo único que quería Adam era una buena mujer a su lado. Hablar durante horas. Disfrutar de la compañía del otro.

A Adam le sorprendía haber podido conocer a alguien a través de un periódico local que prometía concertar citas a ciegas para parejas de edad avanzada.

Su acompañante era hermosa. Con su vaporoso vestido veraniego, tenía un aspecto juvenil. Decía estar en los cincuenta, pero no aparentaba ni un día más de cuarenta.

La conversación había fluido bien. Ya habían descubierto que tenían muchas cosas en común. Una de ellas, bastante triste, era el hecho de que ella también era viuda tras haber pasado muchos años con su marido.

El camarero pasó junto a la mesa y le preguntó si quería más vino, pero Adam negó con la cabeza. No quería arruinar la noche. Ella parecía encontrarlo encantador. Más vino no ayudaría en eso.

Finalmente, ella regresó a la mesa con una sonrisa que igualaba la de Adam.

—Espero no haberte hecho esperar mucho —dijo ella.

—Te habría esperado toda la vida —dijo Adam—. Sabía que era una cursilería, pero a su mujer siempre le habían encantado sus coqueteos cursis.

—Eres demasiado bueno —dijo ella con una sonrisa.

Adam se aclaró la garganta y se inclinó hacia delante.

—Y bien, Rachel, ¿qué buscas en este momento?

Rachel sonrió.

—No te andas con rodeos, ¿verdad?

—No a mi *tierna* edad.

Rachel bebió un sorbo de vino.

—Busco amor. Que alguien me quiera. Quiero una familia.

—¿Una familia? —preguntó Adam con una sonrisa.

Rachel sonrió.

—Oh, sí. Sé que estamos en una *edad tierna*, pero nunca es tarde para elegir a tu propia *familia.*

* * *

Nota de la autora:

Espero de todo corazón que hayas disfrutado de la lectura de mi historia tanto como yo disfruté creándola. Como autora independiente, lo único que me importa es lo que pienses de mi libro. Si te ha gustado mi historia, te agradecería mucho que te tomaras un momento para dejar tu reseña en la tienda de Amazon. Significaría muchísimo para mí.

Gracias por leer, y espero que me acompañes la próxima vez.

James